Cuadernillo de Lengua y literatura

Curso 4°

Turno mañana

Profesora María Virginia Gallo

Índice

América antes de ser América: Diarios de los conquistadores **Pág. 2**
Contexto histórico **Pág. 2**
Literatura hispanoamericana **Pág. 3**
Selección de Crónicas **Pág. 3**
A. Hernán Cortés **Pág. 3**
B. *Naufragios* - Álvar Núñez Cabeza de Vaca **Pág. 26**
C. Inca Garcilaso de la Vega **Pág. 31**
Literatura indígena: Tragedia del fin de Atawallpa *(Versión de Jesús Lara)* **Pág. 46**
Lo barroco y lo real maravilloso – Alejo Carpentier **Pág. 66**
Nueva narrativa Latinoamericana **Pág. 68**
Cine y literatura **Pág. 78**
Cuentos negreros de Marcelino Freire **Pág. 82**
Anexo gramatical **Pág. 85**

América antes de ser América: Diarios de los conquistadores

Introducción

1. Contexto histórico

La expedición hispana que en 1492 arribó a las costas de la isla "la Española" —hoy República Dominicana— encabezad por el navegante Cristóbal Colón, interrumpió abruptamente todos los contextos de la evolución natural del "Nuevo Mundo". Las sucesivas expediciones al sur del continente pudieron realizarse mediante un endeudamiento de la corona española con el banquero Jakon Fugger*. La deuda contraída fue cancelada mediante el saqueo de metales preciosos de cada Wak´a *(término quechua que designa lugar sagrado, adoratorio, deidad. Lugar notorio de la naturaleza que se diferencia de los demás como montañas, nevados).*

Dos años después de ocurrida la invasión del nuevo continente, los reinos de España y Portugal mediante el Tratado de Tordesillas se repartieron el "Nuevo Mundo", fijando una línea de demarcación sobre los derechos de colonización. El Tratado sirvió de instrumento jurídico internacional para regular el control y dominio de las rutas marítimas para el comercio y, sobre todo, el dominio económico y político y cultural en beneficio de ambos reinos. La justificación jurídica y teológica de la expansión colonial, asumió los argumentos de las "causas justas" para hacer guerra a los "bárbaros", justificando, de paso, la necesidad de expansión del cristianismo. El resultado fue un sistemático etnocidio amparado en una supuesta "superioridad religiosa" y cultural de los invasores.

La tesis jurídica del "Derecho de descubrimiento y ocupación", amparó la potestad de España al dominio colonial del "Nuevo Mundo" y otras tierras en Asia. Dicha "legitimidad jurídica" de dominio fue autorizada por el Papa o el emperador. Se consideró como cuarta forma de adquisición de dominio de "nuevas tierras" e incluiría a la población autóctona. El Papa Alejandro VI otorgó la primera bula *inter caetera* el 3 de mayo de 1493 *(conjunto de documentos pontificios que otorgaron a la Corona de Castilla el derecho a conquistar América y la obligación de evangelizarla a pedido de los Reyes Católicos)* donde enuncia en sus argumentos que, "entre todas las obras agradables a Dios, es la principal la exaltación y la ampliación de la fe católica en las naciones bárbaras".

Fuente: Mazzi Huaycucho, Víctor. *Inkas y filósofos. Posturas, teorías, estudio de fuentes y reinterpretación*. Lima: Edición del autor, 2016.

*Alberdi Vallejo, investigador del Instituto de estudios latinoamericanos de la Universidad de Alcalá (España), sostuvo en una entrevista: "Existe suficiente documentación del siglo XVI donde consta que el Perú estaba "hipotecado" por "ocho años" al banquero alemán Jakob Fugger, según un acuerdo con la Corona hispana firmada en 1531; de ahí que Pizarro no podía disponer el reparto de las tierras sino hasta después de 1539. Nos preguntamos: ¿en el año de 1532 y siguientes, con el oro de Atahualpa, con las joyas de los templos de Pachacamac, el Qorikancha del Cusco, el templo del Sol de Vilcashuamán, etc., habrían pagado la deuda militar española al banquero alemán? Casi nada se sabe sobre este asunto económico de esa lejana etapa, pero en el futuro, las generaciones venideras, tal vez tengan la tarea de aclarar este panorama poco visible en la historia peruana."
Véase: http://www.alberdi.de/entrevistaAlGPA.pdf

2. Literatura hispanoamericana

A la literatura española de los primeros años de la conquista de América suele considerársela como un primer Renacimiento y se la caracteriza por sus importaciones de formas e ideas, especialmente desde Italia. Conquistadores y misioneros trajeron esa literatura al nuevo mundo. La trajeron en sus barcos y en sus cabezas. Hasta vinieron escritores. Al ponerse a escribir sobre América, pues, los españoles siguieron las líneas culturales dominantes en España.
Los libros que circulaban y se imprimían eran en su mayoría eclesiásticos y educacionales. Pero dos géneros son los que, al contacto con la nueva realidad americana, adquieren fuerza creadora: la crónica y el teatro.
Si bien los hombres que llegaron al nuevo mundo estaban impulsados por las fuerzas espirituales del Renacimiento, las crónicas no tienen la composición, la unidad y la congruencia de este movimiento. Los cronistas dieron a sus páginas una nueva clase de vitalidad, de emoción anticonvencional. Sea porque espontáneamente y casi sin educación escribían lo que habían vivido o porque, por más cultos que fueran, dejaron que las maravillas del mundo los exaltaran.

Fuente: Imbert, Anderson. *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.

3. Selección de Crónicas

A. Hernán Cortés

Biografía

(Medellín, Badajoz, 1485 - Castilleja de la Cuesta, Sevilla, 1547) Conquistador español de México.
Hernán Cortés Monroy Pizarro Altamirano, 1er Marqués del Valle de Oaxaca, es uno de los conquistadores españoles más famosos de todos los tiempos. Él fue el responsable de una parte importante de la conquista y de la posterior colonización española de las Américas, en particular de la región que hoy se conoce como México. Uno de los logros de Hernán Cortés fue el haber dirigido la expedición española que derrocó el poderoso imperio azteca.
Hernán Cortés nació en 1485 en la ciudad de Medellín, en el Reino de Castilla (en lo que es hoy en día Extremadura). Su padre era un capitán de infantería, de buen linaje, pero la familia llevaba una vida muy modesta. Hernán se fue a estudiar a la prestigiosa Universidad de Salamanca a los 14 años, pero regresó a su casa después de sólo haber completado dos cursos. Por este tiempo, las noticias de los descubrimientos de Colón al Nuevo Mundo estaban llegando a España…
A la edad de 19 años, Hernán Cortés hizo planes para navegar a las colonias españolas del Nuevo Mundo. Llegó a Santo Domingo, la capital de La Española, en 1504 y se convirtió en un colono. Una vez allí el gobernador de La Española, pariente lejano de Cortés, le nombró como notario en Azua de Compostela. Hernán Cortés, junto a Diego Velázquez de Cuéllar, ayudó a conquistar el resto de la Española y Cuba por lo que fue recompensado debidamente. Velázquez, que había llegado a ser gobernador de Cuba, nombraría a Cortés como su secretario, una posición de poder, y lo nombró en dos ocasiones como magistrado municipal de Santiago. El conquistador español había conseguido la riqueza, el poder y la reputación de líder audaz y valiente en Cuba.
Las luchas de poder y las relaciones de Cortés con la cuñada de Velázquez, Catalina, enfriaron su relación. En 1518, Velázquez sustituyó a última hora a Cortés como comandante de una expedición a México. En un acto de desafío, Hernán Cortés reunió 11 barcos, 500 hombres, caballos y cañones y los dirigió a la península de Yucatán, parte del territorio maya, que reclamó para la corona española en marzo de 1519. Gracias a la obtención de ayuda de varias fuentes a lo largo del camino, Cortés procedió a conquistar Tabasco, donde obtuvo la ayuda de una mujer indígena

llamada La Malinche, la futura madre de su hijo Martín. Con su ayuda como traductora, Hernán Cortés descubrió los secretos del rico Imperio azteca.
En julio de 1519, Cortés y sus hombres tomaron Veracruz y a mediados de agosto continuaron hacia Tenochtitlán. Hicieron alianzas a lo largo del camino con varias tribus indígenas que ayudarían a los españoles tomar el control de Cholula, la segunda ciudad más grande de México. Moctezuma II, el emperador azteca, recibió al ejército español pacíficamente el 8 de noviembre de 1519 y lo cubrió de espléndidos regalos, posiblemente porque creían que Hernán Cortés era un emisario del dios azteca Quetzalcóatl. El conquistador español tomó como rehén al emperador azteca y le exigió jurar lealtad a la corona española.
Al tratar de conquistar el imperio azteca, Hernán Cortés afrontaría varias batallas y contratiempos, incluyendo una expedición enviada por Velázquez para oponerse a él, antes de recibir refuerzos de Cuba. El conquistador español, entonces se apoderó de la ciudad de Tenochtitlán, la destruyó y capturó al líder azteca Cuauhtémoc. El 13 de agosto de 1521 el imperio azteca se derrumbó.
El nuevo territorio se denominó "Nueva España" y emperador Carlos I nombró a Cortés capitán general y justicia mayor (jefe del Tribunal Supremo) del territorio. Hernán Cortés llegó a colonizar activamente el territorio y reconstruyó la recién nombrada "Ciudad de México" y evangelizó a la población nativa.
Durante todo el tiempo que Cortés gobernó México siguió sufriendo amargas rivalidades con sus compatriotas que ponían a prueba su relación con la corona española. Finalmente Hernán perdería su título y se exilió. Luego viajó a España para justificarse ante el emperador Carlos V, que lo condecoró en 1529 con la Orden de Santiago y el título nobiliario de Marqués del Valle de Oaxaca, pero no lo devolvió a una posición de poder.
Cortés regresó a México y se instaló allí. De 1530 a 1541 se dedicó a la exploración de la parte noroeste de México, donde descubriría la Península de Baja California.
En 1541, Hernán Cortés regresó a España, donde fue recibido con poco reconocimiento por sus contribuciones a la colonización española del Nuevo Mundo. Disgustado y amargado por el trato que había recibido, en 1547 decidió regresar a México, pero murió en Sevilla de disentería el 2 de diciembre de 1547.

SEGUNDA CARTA DE RELACIÓN

Cortés, Hernán. *Segunda carta de relación y otros textos.* Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Corregidor, 2012.

Enviada a su sacra majestad del emperador nuestro señor, por el capitán general de la Nueva España, llamado don Fernando Cortés, en la cual hace relación de las tierras y provincias sin cuento que ha descubierto nuevamente en el Yucatán del año de diez y nueve a esta parte, y ha sometido a la corona real de Su Majestad.
En especial hace relación de una grandísima provincia muy rica, llamada Culúa, en la cual hay muy grandes ciudades y de maravillosos edificios y de grandes tratos y riquezas, entre las cuales hay una más maravillosa y rica que todas, llamada Tenustitlan, que está, por maravilloso arte, edificada sobre una grande laguna; de la cual ciudad y provincia es rey un grandísimo señor llamado Mutezuma; donde le acaecieron al capitán y a los españoles espantosas cosas de oír. Cuenta largamente del grandísimo señorío del dicho Mutezuma, y de sus ritos y ceremonias y de cómo se sirven.[1]

[1] El encabezamiento no pertenece a Cortés, se supone que corresponde al primer editor de la carta. En cualquier caso, era costumbre común que este tipo de texto llevara una breve alusión a su contenido, como presentación para el lector.

Muy alto y Poderoso y Muy Católico Príncipe, Invictísimo Emperador y Señor Nuestro[2]:
En una nao *(nave)* que de esta Nueva España de vuestra sacra majestad despaché a diez y seis días de julio del año de quinientos y diez y nueve, envié a vuestra Alteza muy larga y particular relación de las cosas hasta aquella sazón, después que yo a ella vine, en ella sucedidas. La cual relación llevaron Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo, Procuradores de la Rica Villa de la Vera Cruz, que yo el nombre de vuestra alteza fundé.
Y después acá, por no haber oportunidad, así por falta de navíos y estar yo ocupado en la conquista y pacificación[3] de esta tierra, como por no haber sabido de la dicha nao y procuradores, no he tornado a relatar a vuestra majestad lo que después se ha hecho; de que Dios sabe la pena que he tenido. Porque he deseado que vuestra alteza supiese las cosas de esta tierra, que son tantas y tales que, como ya en la otra relación escribí se puede intitular de nuevo emperador de ella, y con título y no menos mérito que el de Alemaña, que por la gracia de Dios vuestra sacra majestad posee[4]. Y porque querer de todas las cosas de estas partes y nuevos reinos de vuestra alteza decir todas las particularidades y cosas que en ellas hay y decir se debían, sería casi proceder a infinito.
Si de todo a vuestra alteza no diere tan larga cuenta como debo, a vuestra sacra majestad suplico me mande perdonar; porque ni mi habilidad, ni la oportunidad del tiempo en que a la sazón me hallo para ello me ayudan. Mas con todo, me esforzaré a decir a vuestra alteza lo menos mal que yo pudiere, la verdad y lo que al presente es necesario que vuestra majestad sepa. Y asimismo suplico a vuestra alteza me mande perdonar si todo lo necesario no contare, el cuándo y cómo muy cierto, y si no acertare algunos nombres, así de ciudades y villas como de señoríos de ellas, que a vuestra majestad han ofrecido su servicio y dádose por sus súbditos y vasallos. Porque en cierto infortunio ahora nuevamente acaecido, de que adelante en el proceso a vuestra alteza daré entera cuenta, se me perdieron todas las escrituras y autos que con los naturales de estas tierras yo he hecho, y otras muchas cosas.[5]
En la otra relación, muy excelentísimo Príncipe, dije a vuestra majestad las ciudades y villas que hasta entonces a su real servicio se habían ofrecido y yo a él tenía sujetas y conquistadas. Y dije así mismo que tenía noticia de un gran señor que se llamaba Mutezuma, que los naturales de esta tierra me habían dicho que en ella había, que estaba, según ellos señalaban las jornadas, hasta noventa o ciento leguas de la costa y puerto donde yo desembarqué. Y que confiado en la grandeza de Dios y con esfuerzo del real nombre de vuestra alteza, pensara irle a ver a doquiera que estuviese, y aun me acuerdo que me ofrecí, en cuanto a la demanda de este señor, a mucho más de lo a mí posible, porque certifiqué a vuestra alteza que lo habría, preso o muerto, o súbdito a la corona real de vuestra majestad'.
Y con este propósito y demanda me partí de la ciudad de Cempoal, que yo intitulé Sevilla[6], a diez y seis de agosto, con quince de bailo y trescientos peones lo mejor aderezados de guerra que yo pude y el tiempo dio a ello lugar, y dejé en la Villa de la Vera Cruz ciento y cincuenta hombres con dos de caballo, haciendo una fortaleza que ya tengo casi acabada; y dejé toda aquella provincia de Cempoal toda la sierra comercana a la villa, que serán hasta

---

2 El encabezamiento de la carta (que cumple también la función de una dedicatoria y una interpelación al rey) muestra una de las características del discurso dirigido a las autoridades: el uso de una retórica específica que subraya la subordinación del enunciador y la jerarquía del destinatario.
3 El término "pacificación" es habitual en las cartas cortesianas, en especial en la segunda y tercera; también se presenta de manera profusa en el resto del corpus de Indias, y sustituirá el de "conquista" en las ordenanzas dictadas por Felipe II en 1573. A través de este término, se intenta dar cuenta de un tipo de conquista y colonización que respondería fehacientemente a los deseos y ordenanzas del Emperador.
4 Este es un llamado de atención al rey por parte del capitán al aludir la destacada importancia de la Nueva España entre las posesiones del emperador, más ocupado en sus asuntos de Europa que de lo que acontece en el Nuevo Mundo.
5 El narrador apenas insinúa la debacle de la Noche Triste, durante la cual huyen de Tenochtitlan, perdidos tesoros e importante documentación.
6 En el avance de conquista, el cambio de toponimia era norma, práctica colonizadora fundamental y fundante de las representaciones europeas del continente. Martin Lienhard sostiene que "a través de la cristianización de la toponimia autóctona, el poder europeo se inscribe, algo más metafóricamente, en el paisaje. […] El repertorio de los nuevos topónimos, no es difícil de constatarlo, es la esfera del doble poder político-religioso que representan los conquistadores".

cincuenta mil hombres de guerra y cincuenta villas y fortalezas, muy seguros y pacifico y por ciertos y leales vasallos de vuestra majestad, como hasta ahora lo han estado y están, porque ellos eran súbditos de aquel señor Mutezuma, y según fui informado lo era por fuerza y de poco tiempo acá.

Y como por mí tuvieron noticias de vuestra alteza y de su muy grande y real poder, dijeron que querían ser vasallos de vuestra majestad y mis amigos, y que me rogaban que los defendiese de aquel gran señor que los tenía por fuerza y tiranía, y que les tomaba sus hijos para los matar y sacrificar a sus ídolos. Y me dijeron otras muchas quejas de él, y con esto han estado y están muy ciertos y leales en servicio de vuestra alteza y creo lo estarán siempre por ser libres la tiranía de aquél, y porque de mí han sido siempre bien tratados favorecidos. Y para más seguridad de los que en la villa quedaba traje conmigo algunas personas principales de ellos con alguna ge te, que no poco provechosos me fueron en mi camino.

Y porque, como ya creo, en la primera relación escribí a vuestra majestad que algunos de los que en mi compañía pasaron, que eran criados y amigos de Diego Velázquez, les había pesado de lo que yo en servicio de vuestra alteza hacía, y aun algunos de ellos se me quisieron alzar e írseme de la tierra, en especial cuatro españoles que se decían Juan Escudero y Diego Cermeño, piloto, y Gonzalo de Ungría, así mismo piloto, y Alonso Peñate, los cuales, según lo que confesaron espontáneamente, tenían determinado de tomar un bergantín que estaba en el puerto, con cierto pan y tocinos, y matar al maestre de él, e irse a la isla Fernandina a hacer saber a Diego Velázquez cómo yo enviaba la nao que a vuestra alteza envié y lo que en ella iba y el camino que la dicha nao había de llevar, para que el dicho Diego Velázquez pusiese navíos en guarda para que la tomasen, como después que lo supo lo puso por obra, que según he sido informado envió tras la dicha nao una carabela. Y así mismo confesaron que otras personas tenían la misma voluntad de avisar al dicho Diego Velázquez; y vistas las confesiones de estos delincuentes los castigué conforme a justicia y a lo que según el tiempo me pareció que había necesidad y al servicio de vuestra alteza cumplía7.

Y porque demás de los que por ser criados y amigos de Diego Velázquez tenían voluntad de se salir de la tierra, había otros que por verla tan grande y de tanta gente y tal, y ver los pocos españoles que éramos, estaban del mismo propósito, creyendo que si allí los navíos dejase, se me alzarían con ellos, y yéndose todos los que de esta voluntad estaban, yo quedaría casi solo, por donde se estorbara el gran servicio que a Dios y a vuestra alteza en esa tierra se ha hecho, tu manera como, so color que los dichos navíos no estaban para navegar, los eché a la costa por donde todos perdieron la esperanza de salir de la tierra. Y yo hice mi camino más seguro y sin sospechas q vueltas las espaldas no había de faltarme la gente que yo en la vi había de dejar.

[…]

Estando, muy católico señor, en aquel real que tenía en el campo cuando en la guerra de esta provincia estaba, vinieron a mi seis señores muy principales vasallos de Mutezuma, con hasta doscientos hombres para su servicio y me dijeron que venían de parte del dicho Mutezuma a decirme cómo él quería ser vasallo de vuestra alteza y mi amigo y que viese yo qué era lo que quería que él diese por vuestra alteza en cada año de tributo, así de oro como de plata, piedras, esclavos, ropa de algodón y otras cosas de las que él tenía y que todo lo daría con tanto que yo no fuese a su tierra y que lo hacía porque era muy estéril y falta de todos mantenimientos y que le pesaría de que yo padeciese necesidad y los que conmigo venían y con ellos me envió hasta mil pesos de oro y otras tantas piezas de ropa de algodón de la que ellos visten.

Y estuvieron conmigo en mucha parte de la guerra hasta el fin de ella, que vieron bien lo que los españoles podían y las paces que con los de esta provincia se hicieron y el ofrecimiento que al servicio de vuestra sacra majestad los señores y toda la tierra hicieron, de que según pareció y ellos mostraban, no hubieron mucho placer, porque trabajaron muchas vías y formas de revolverme con ellos, diciendo cómo no era cierto lo que me decían, ni verdadera la amistad que afirmaban y que lo hacían por mi asegurar para hacer a su salvo alguna traición.

7 Uno de los principales ejes narrativo-argumentativo es el enfrentamiento con Velázquez, siempre asociado, directa o indirectamente, a la figura del traidor, en comparación con la supuestamente leal, dedicada y astuta imagen del capitán extremeño.

Los de esta provincia, por consiguiente, me decían y avisaban muchas veces que no me fiase de aquellos vasallos de Motezuma porque eran traidores y sus cosas siempre las hacían a traición y con mañas y con éstas habían sojuzgado toda la tierra y que me avisaban de ello como verdaderos amigos y como personas que los conocían de mucho tiempo acá.

Vista la discordia y disconformidad de los unos y de los otros, no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho a mi propósito y que podría tener manera de más aína sojuzgarlos y que me dijese aquel común decir de monte, etc. y aún me acordé de una autoridad evangélica que dice*: Omne regnum in se ipsum divisum desolabitur* ***(trad. Todo reino dividido contra sí mismo será devastado)***, y con los unos y con los otros maneaba y a cada uno en secreto le agradecía el aviso que me daba y le daba crédito de más amistad que al otro.

Después de haber estado en esta ciudad veinte días y más, me dijeron aquellos señores mensajeros de Mutezuma que siempre estuvieron conmigo, que me fuese a una ciudad que está a seis leguas de esta de Tascaltecal, que se dice Churultecal, porque los naturales de ella eran amigos de Mutezuma su señor y que allí sabríamos la voluntad del dicho Mutezuma, si era que yo fuese a su tierra y que algunos de ellos irían a hablar con él y a decirle lo que yo les había dicho8. Y me volverían con la respuesta y aunque sabían que allí estaban algunos mensajeros suyos para hablarme, yo les dije que me iría y que partiría para un día cierto que les señalase.

Y sabido por los de esta provincia de Tlascaltecal lo que aquéllos habían concertado conmigo y cómo yo había aceptado de irme con ellos a aquella ciudad, vinieron a mí con mucha pena los señores y me dijeron que en ninguna manera fuese porque me tenían ordenada cierta traición para matarme en aquella ciudad a mí y a los de mi compañía y que para ello había enviado Mutezuma de su tierra, porque alguna parte de 1 ella confina con esta ciudad, cincuenta mil hombres y que los tenía en guarnición a dos leguas de la dicha ciudad, según señalaron y que tenían cerrado el camino real por donde solían ir y hecho otro nuevo de muchos hoyos y palos agudos hincados y encubiertos para que los caballos cayesen y se mancasen y que tenía muchas de las calles tapiadas y por las azoteas de las casas muchas piedras para que después que entrásemos en la ciudad tomarnos seguramente y aprovecharse de nosotros a su voluntad y que si yo quería ver cómo era verdad lo que ellos me decían, que mirase cómo los señores de aquella ciudad nunca habían venido a verme ni hablar estando tan cerca de ésta, pues habían venido los de Guasincango, que estaban más lejos que ellos y que los enviase a llamar y vería cómo no querían venir.

Yo les agradecí su aviso y les rogué que me diesen ellos personas que de mi parte los fuesen a llamar y así me los dieron y yo les envié a rogar que viniesen a verme porque les quería hablar ciertas cosas de Parte de vuestra alteza y decirles la causa de mi venida a esta tierra.

Los cuales mensajeros fueron y dijeron mi mensaje a los señores de la dicha ciudad y con ellos vinieron dos o tres personas, no de mucha autoridad y me dijeron que ellos venían de parte de aquellos señores porque ellos no podían venir por estar enfermos, que a ellos les dijese lo que quería. Los de esta ciudad me dijeron que era burla y que aquellos mensajeros eran hombres de poca calidad y que en ninguna manera me partiese sin que los señores de la ciudad viniesen aquí.9

Yo les hablé a aquellos mensajeros y les dije que embajada de tan alto príncipe como vuestra sacra majestad, que no se debía de dar a tales personas como ellos y que aun sus señores eran poco para oírla; por tanto, que dentro de tres días pareciesen ante mía dar la obediencia a vuestra alteza y a ofrecerse por sus vasallos, con apercibimiento que pasado el término que les daba, si no viniesen, iría sobre ellos y los destruiría y procedería contra ellos como contra personas rebeldes y que no se querían someter debajo del dominio de vuestra alteza.

Y para ello les envié un mandamiento firmado de mi nombre y de un escribano con relación larga de la real persona de vuestra sacra majestad y de mi venida, diciéndoles cómo todas estas partes y otras muy mayotes tierras y señoríos eran de vuestra alteza y que los que quisiesen ser sus vasallos serían honrados y favorecidos y por el contrario, los que fuesen rebeldes, serían castigados conforme a justicia.

---

8 Cholula era una de las urbes más importantes del valle, junto con Tlaxcala y Huejotzinco. Era una ciudad-santuario dedicada a Quetzalcóatl.

9 Línea a línea la carta enfatiza un incremento de constante decodificación de las acciones del *otro*, gracias a la ayuda de los aliados. Toda esta puesta en escena previa al avance hacia Cholula anticipa la traición y justifica el castigo.

Y otro día vinieron algunos de los señores de la dicha ciudad o casi todos y me dijeron que si ellos no habían venido antes, la causa era porque los de esta provincia eran sus enemigos y que no osaban entrar por su tierra porque no pensaban venir seguros y que bien creían que me habían dicho algunas cosas de ellos; que no les diese crédito porque las decían como enemigos y no porque pasara así y que me fuese a su ciudad y que allí conocería ser falsedad lo que éstos me decían y la verdad lo que ellos me certificaban, que desde entonces se daban y ofrecían por vasallos de vuestra sacra majestad y que lo serían para siempre y servían y contribuían en todas las cosas, que de parte de vuestra alteza se les mandase y así lo asentó un escribano, por las lenguas que yo tenía.

Y todavía determiné de irme con ellos, así por no mostrar flaqueza, como porque desde allí pensaba hacer mis negocios con Moctezuma, porque confina con su tierra, como ya he dicho y allí usaban venir y los de allí ir allá, porque en el camino no tenían requesta alguna.

Y como los de Tascaltecal vieron mi determinación, pesóles mucho y dijéronme muchas veces que lo erraba. Pero, que pues ellos se habían dado por vasallos de vuestra sacra majestad y mis amigos, que querían ir conmigo a ayudarme en todo lo que se ofreciese. Y puesto que yo se lo defendiese y rogué que no fuesen porque no había necesidad, todavía me siguieron hasta cien mil hombres muy bien aderezados de guerra y llegaron conmigo hasta dos leguas de la ciudad y desde allí por mucha importunidad mía, se volvieron, aunque todavía quedaron en mi compañía hasta cinco o seis mil de ellos.

Dormí en un arroyo que allí estaba a las dos leguas, por despedir la gente porque no hiciesen algún escándalo en la ciudad y también porque era ya tarde y no quise entrar en la ciudad sobre tarde. Otro día de mañana salieron de la ciudad'' a recibirme al camino, con muchas trompetas y atabales y muchas personas de las que ellos tienen por religiosas en sus mezquitas, vestidas de las vestiduras que usan y cantando a su manera como lo hacen en las dichas mezquitas. Y con esta solemnidad nos llevaron hasta entrar en la ciudad y nos metieron en un aposento muy bueno a donde toda la gente de mi compañía se aposentó a mi placer.

Allí nos trajeron de comer, aunque no cumplidamente y en el camino topamos muchas señales de las que los naturales de esta provincia nos habían dicho, porque hallamos el camino real cerrado y hecho otro y algunos hoyos, aunque no muchos y algunas calles de la ciudad tapiadas y muchas piedras en todas las azoteas. Con esto nos hicieron estar más sobre aviso y a mayor recaudo.10

Allí hallé ciertos mensajeros de Mutezuma que venían a hablar con los que conmigo estaban y a mí no me dijeron cosa alguna más de que venían a saber de aquéllos lo que conmigo habían hecho y concertado, para irlo a decir a su señor y así se fueron después de los haberles hablado ellos y aun el uno de los que antes conmigo estaban, que era el más principal. En tres días que allí estuve, proveyeron muy mal y cada día peor y muy pocas veces me venían a ver ni hablar los señores y personas principales de la ciudad. Y estando algo perplejo en esto, a la lengua que yo tengo**, que es una india desta tierra**, que hube en Potonchán, que es el río grande que ya en la primera relación a vuestra majestad hice memoria, le dijo otra natural de esta ciudad cómo muy cerquita de allí estaba mucha gente de Mutezuma junta y que los de la ciudad tenían fuera sus mujeres e hijos y toda su ropa y que había de dar sobre nosotros para matarnos a todos y si ella se quería salvar que se fuese con ella, que ella la guarecería; la cual lo dijo a aquel Jerónimo de Aguilar, lengua que yo hube en Yucatán de que asimismo a vuestra alteza hube escrito y me lo hizo saber. Y yo tuve uno de los naturales de la dicha ciudad que por allí andaba y le aparté secretamente que nadie lo vio y le interrogué y confirmó todo lo que la india y los naturales de Tascaltecal me habían dicho.

***** INDIA DESTA TIERRA: Sin mencionarla por su nombre propio (cristiano), esta es la única referencia directa a doña Marina-Malinche en la segunda carta. Personaje fundamental en la conquista y en la historia de México, esta indígena –cuyo origen y nombre aun están en discusión– le es entregada a Cortés como regalo en Potonchán, en un grupo de veinte mujeres. Numerosas versiones insisten en que Marina**

10 Ya desde la entrada, la ciudad se articula a partir de señales de amenaza y traición, que se suman a las advertencias de los tlaxcaltecas. En la trama de la carta, estas anticipaciones enfatizan la imagen de un capitán siempre alerta, agudo lector de signos.

provenía de una familia noble de la zona maya o tabasqueña, y que fue entregada como esclava a unos mercaderes de la zona, para asegurar así el acceso al poder de uno de sus hermanos.
***Soldadera* de las tropas conquistadoras, doña Marina pronto se destaca, entrometida y desenvuelta, y se hace reconocer por Cortés, quien ve en ella la llave del tipo de conquista que prefiere.**
Para Cortés en la quinta carta, es "Marina, la que siempre yo conmigo he traído", negociadora, intermediaria y espía de rol crucial en Cholula. En cualquier caso, su imagen es tan cercana a la del capitán que los relatos indígenas suelen referir a Cortés como el capitán Malinche. Más avanzada la expedición, Marina se une al capitán, junto a quien tiene un hijo, Martín Cortés, muy querido por su padre. Terminada la conquista, los rastros históricos se pierden: Marina no vuelve a aparecer en las crónicas

Y así por esto como por las señales que para ello veía, acordé de prevenir antes de ser prevenido[11], e hice llamar a algunos de los señores de la ciudad diciendo que les quería hablar y les metí en una sala y en tanto hice que la gente de los nuestros estuviese apercibida y que en soltando una escopeta diesen en mucha cantidad de indios que había junto al aposento y muchos dentro de él. Así se hizo, que después que tuve los señores dentro de aquella sala, dejélos atando y cabalgué e hice soltar la escopeta y dímosles tal mano, que en pocas horas **murieron más de tres mil hombres**.[12] Y porque vuestra majestad vea cuán apercibidos estaban, antes que yo saliese de nuestro aposento tenían todas las calles tomadas y toda la gente a punto, aunque como los tomamos de sobresalto fueron buenos de desbaratar, mayormente que les faltaban los caudillos porque los tenía ya presos e hice poner fuego a algunas torres y casas fuertes donde se defendían y nos ofendían y así anduve por la ciudad peleando, dejando a buen recaudo el aposento, que era muy fuerte, bien cinco horas, hasta que eché toda la gente fuera de la ciudad por muchas partes de ella, porque me ayudaban bien cinco mil indios de Tascaltecal y otros cuatrocientos de Cempoal.
Vuelto al aposento, hablé con aquellos señores que tenía presos y les pregunté qué era la causa que me querían matar a traición y me respondieron que ellos no tenían la culpa porque los de Culúa que son los vasallos de Mutezuma, los habían puesto en ello y que el dicho Mutezuma tenía allí en tal parte, que, según después pareció, sería legua y media, cincuenta mil hombres en guarnición para hacerlo, pero que ya conocían cómo habían sido engañados, que soltase uno o dos de ellos y que harían recoger la gente de la ciudad y tornar a ella todas las mujeres, niños y ropa que tenían fuera y que me rogaban que aquel yerro les perdonase, que ellos me certificaban que de allí adelante nadie les engañaría y serían muy ciertos y leales vasallos de vuestra alteza y mis amigos. Después de haberles hablado muchas cosas acerca de su yerro, solté dos de ellos y otro día siguiente estaba toda la ciudad poblada y llena de mujeres y niños muy seguros, como si cosa alguna de lo pasado no hubiera acaecido y luego solté todos los otros señores que tenía presos, con que me prometieron servir a vuestra majestad muy

---

11 Vemos cómo funciona hasta aquí la traducción: Malinche, que conoce varias lenguas autóctonas (el náhuatl, el tabasqueño y el maya), recibe la noticia de la celada que se está preparando, la traduce del náhuatl al maya para Jerónimo de Aquilar (el ex cautivo que estuvo español que estuvo varios años en la Península de Yucatán), quien a su vez lo traduce al castellano para Cortés. No obstante, pronto –en cuanto Marina aprenda el castellano– esa relación se simplificará y toda la traducción (lingüística, pero también semiótica y cultural) quedará en manos de Malinche.
12 En un escueto párrafo –la brevedad y el decoro contribuyen aquí a atemperar la naturaleza brutal y cruel de lo hecho– se refiere a uno de los acontecimientos más polémicos de la conquista cortesiana. El 18 de octubre de 1519, Cortés encierra a los principales nobles cholultecas y desata a sus tropas y a los aliados tlaxcaltecas sobre la población de la ciudad. **Una matanza feroz de hombres, mujeres y niños**, que dura horas, se extiende por toda la ciudad; con ella, el saqueo, el fuego y la destrucción. (…) Más allá de la matanza en sí, se destaca además el lugar elegido por el capitán para desatar el castigo ejemplar –cuyas noticias se extienden por todo el territorio mesoamericano, atemorizando a numerosas poblaciones–: la ciudad sagrada de Quetzalcóatl.
Quetzalcóatl: El origen de su nombre parte del náhuatl y significa "Quetzal", ave de hermoso plumaje y "Coatl" que quiere decir serpiente, derivando en lo que comúnmente se conoce como la "Serpiente Emplumada". Esta deidad fue una de las más populares en la tradición prehispánica, hace referencia a la unión de las aguas pluviales y las terrestres, lo cual, entre los pueblos agrícolas, era indispensable para su sobrevivencia, por lo que marcaba el origen de la vida misma.

lealmente y en obra de quince o veinte días que allí estuve quedó la ciudad y tierra tan pacífica y tan poblada que parecía que nadie faltaba de ella, en sus mercados y tratos por la ciudad como antes lo solían tener e hice que los de esta ciudad de Churultecal y los de Tascaltecal fuesen amigos, porque lo solían ser antes y muy poco tiempo había que Mutezuma con dádivas los había seducido a su amistad y hechos enemigos de estos otros.

Esta ciudad de Churultecal está asentada en un llano y tiene hasta veinte mil casas dentro, en el cuerpo de la ciudad y tiene de arrabales otras tantas. Es señorío por sí y tiene sus términos conocidos; no obedece a señor ninguno, excepto que se gobiernan como estos otros de Tascaltecal. La gente de esta ciudad es más vestida que los de Tascaltecal, en alguna manera; porque los honrados ciudadanos de ellos todos traen albornoces encima de la otra ropa, aunque son diferenciados de los de áfrica porque tienen maneras; pero en la hechura, tela y los rapacejos son muy semejantes. Todos éstos han sido y son después de este trance pasado, muy ciertos vasallos de vuestra majestad y muy obedientes a lo que yo en su real nombre les he requerido y dicho y creo lo serán de aquí adelante. Esta ciudad es muy fértil de labranzas porque tiene mucha tierra y se riega la más parte de ella y aun es la ciudad más hermosa de fuera que hay en España, porque es muy torreada y llana y certifico a vuestra alteza que yo conté desde una mezquita cuatrocientas treinta tantas torres en la dicha ciudad y todas son de mezquitas. Es la ciudad más a propósito de vivir españoles que yo he visto de los puertos acá, porque tiene algunos baldíos y aguas para criar ganados, lo que no tienen ningunas de cuantas hemos visto, porque es tanta la multitud de la gente que en estas partes mora, que ni un palmo de tierra hay que no esté labrada y aun con todo en muchas partes padecen necesidad por falta de pan y aun hay mucha gente pobre y que piden entre los ricos por las calles y por las casas y mercados, como hacen los pobres en España y en otras partes que hay gente de razón.

A aquellos mensajeros de Mutezuma que conmigo estaban hablé acerca de aquella traición que en aquella ciudad se me quería hacer y cómo los señores de ella afirmaban que por consejo de Mutezuma se había hecho y que no me parecía que era hecho de tan gran señor enviarme sus mensajeros y personas tan honradas como me había enviado a decirme que era mi amigo y por otra parte buscar maneras de ofenderme con mano ajena, para salvarse él de culpa si no le sucediese como él pensaba. Y que pues así era, que él no me guardaba su palabra ni me decía verdad, que yo quería mudar mi propósito; que así como iba hasta entonces a su tierra con voluntad de verle, hablar, tener por amigo y tener con él mucha conversación y paz, que ahora quería entrar por su tierra de guerra, haciéndole todo el daño que pudiese como a enemigo y que me pesaba mucho de ello, porque más le quisiera siempre por amigo y tomar siempre su parecer en las cosas que en esta tierra hubiera de hacer.

Aquellos suyos me respondieron que ellos había muchos días que estaban conmigo y que no sabían nada de aquel concierto más de lo que allí en aquella ciudad después de aquello se ofreció supieron y que no podían creer que por consejo y mandado de Mutezuma se hiciese y que me rogaban que antes que me determinase a perder su amistad y hacerle la guerra que decía, me informase bien de la verdad y que diese licencia a uno de ellos para ir a hablarle, que él volvería muy presto. Hay de esta ciudad a donde Mutezuma residía, veinte leguas. Yo les dije que me placía y dejé ir al uno de ellos y dende a seis días volvió él y otro que primero se había ido y trajéronme diez platos de oro, mil quinientas piezas de ropa, mucha provisión de gallinas, pan y cacao, que es cierto brebaje que ellos beben y me dijeron que a Mutezuma le había pesado mucho de aquel desconcierto que en Churultecal se quería hacer, porque yo no creería ya sino que había sido por su consejo y mandado y que él me hacía cierto que no era así y que la gente que allí estaba en guarnición era verdad que era suya, pero que ellos se habían movido sin habérselo él mandado, por inducimiento de los de Churultecal, porque eran de dos provincias suyas que se llamaban la una Acancingo y la otra Yzcucan, que confina con la tierra de la dicha ciudad de Churultecal y que entre ellos conciertan alianzas de vecindad para ayudarse los unos a los otros Y que de esta manera habían venido allí y no por su mandado; pero que adelante yo vería en sus obras si era verdad lo que él me había enviado a decir o no y que todavía me rogaba que no curase de ir a su tierra porque era estéril y padeceríamos necesidad y que donde quiera que yo estuviese le enviase a pedir lo que yo quisiese y que lo enviaría muy cumplidamente.

Yo le respondí que la ida a su tierra no se podía excusar porque había de enviar de él y de ella relación a vuestra majestad y que yo creía lo que él me enviaba a decir; por tanto, que pues yo no había de dejar de llegar a verle, que él lo hubiese por bien y que no se pusiese en otra cosa porque sería mucho daño suyo y a mí me pesaría de cualquiera que le viniese. Y desde que ya vio que mi determinada voluntad era de verle a él y a su tierra, me envió a

decir que fuese en hora buena, que él me hospedaría en aquella gran ciudad donde estaba y envióme muchos de los suyos para que fuesen conmigo porque ya entraba por su tierra, los cuales me querían encaminar por cierto camino donde ellos debían de tener algún concierto para ofendernos, según después pareció, porque lo vieron muchos españoles que yo enviaba después por la tierra. Había en aquel camino tantas puentes y pasos malos, que yendo por él, muy a su salvo pudieran ejecutar su propósito. Mas como Dios haya tenido siempre cuidado de encaminar las reales cosas de vuestra sacra majestad desde su niñez y como yo y los de mi compañía íbamos en su real servicio, nos mostró otro camino aunque algo agro, no tan peligroso corno aquel por donde nos querían llevar y fue de esta manera:

Que a ocho leguas de esta ciudad de Churultecal están dos sierras muy altas y muy maravillosas, porque en fin de agosto tienen tanta nieve que otra cosa de lo alto de ellas si no la nieve, se parece. Y de la una que es la más alta sale muchas veces, así de día como de noche, tan grande bulto de humo como una gran casa y sube encima de la sierra hasta las nubes, tan derecho como una vita, que, según parece, es tanta la fuerza con que sale que aunque arriba en la sierra andaba siempre muy recio el viento, no lo puede torcer. Y porque yo siempre he deseado de todas las cosas de esta tierra poder hacer a vuestra alteza muy particular relación, quise de ésta, que me pareció algo maravillosa, saber el secreto y envié a diez de mis compañeros, tales cuales para semejante negocio eran necesarios y con algunos naturales de la tierra que los guiasen y les encomendé mucho procurasen de subir la dicha sierra y saber el secreto de aquel humo, de dónde y cómo salía. Los cuales fueron y trabajaron lo que fue posible para subirla y jamás pudieron, a causa de la mucha nieve que en la sierra hay y de muchos torbellinos que de la ceniza que de allí sale andan por la sierra y también porque no pudieron sufrir la gran frialdad que arriba hacía, pero llegaron muy cerca de lo alto y tanto que estando arriba comenzó a salir aquel humo y dicen que salía con tanto ímpetu y ruido que parecía que toda la sierra se caía abajo y así se bajaron y trajeron mucha nieve y carámbanos para que los viésemos, porque nos parecía cosa muy nueva en estas partes a causa de estar en parte tan cálida, según hasta ahora ha sido opinión de los pilotos, especialmente, que dicen que esta tierra está en veinte grados, que es en el paralelo de la isla Española, donde continuamente hace muy gran calor. Y yendo a ver esta sierra, toparon un camino y preguntaron a los naturales de la tierra que iban con ellos, que para donde iba y dijeron que a Culúa y que aquél era buen camino y que el otro por donde nos querían llevar los de Culúa no era bueno y los españoles fueron por él hasta encumbrar las sierras, por medio de las cuales entre la una y la otra va el camino y descubrieron los llanos de Culúa y la gran ciudad de Temixtitan y las lagunas que hay en la dicha provincia, de que adelante haré relación a vuestra alteza y vinieron muy alegres por haber descubierto tan buen camino y Dios sabe cuánto holgué yo de ello.

Después de venidos estos españoles que fueron a ver la sierra y haberme informado así de ellos como de los naturales de aquel camino que hallaron, hablé a aquellos mensajeros de Mutezuma que conmigo estaban para guiarme a su tierra y les dije que quería ir por aquel camino y no por el que ellos decían, porque era más cerca. Y ellos respondieron que yo decía verdad que era más cerca y más llano y que la causa porque por allí no me encaminaban, era porque habíamos de pasar una jornada por tierra de Guasucingo, que eran sus enemigos, porque allí no teníamos las cosas necesarias como por las tierras del dicho Mutezuma y que pues yo quería ir por allí, que ellos proveerían cómo por la otra parte saliese bastimento al camino, y así nos partimos con harto temor de que aquéllos quisiesen perseverar en hacernos alguna burla. Pero como ya habíamos publicado ser allá nuestro camino no me pareció fuera bien dejarlo ni volver atrás, porque no creyesen que falta de ánimo lo impedía.

Aquel día que de la ciudad de Churultecal me partí, fui cuatro leguas a unas aldeas de la ciudad de Guasucingo, donde de los naturales fui muy bien recibido y me dieron algunas esclavas, ropas y ciertas piecezuelas de oro, que de todo fue bien poco, porque éstos no lo tienen a causa de ser de la liga y parcialidad de los de Tascaltecal y por tenerlos como he dicho Mutezuma los tiene, cercados con su tierra, en tal manera que con ningunas provincias tiene contratación más de en su tierra y a esta causa viven muy probremente. Otro día siguiente subí al puerto por entre las dos sierras que he dicho y a la bajada de él, ya que la tierra del dicho Mutezuma descubríamos, por una provincia de ella que se dice Chalco, dos leguas antes que llegásemos a las poblaciones hallé un muy buen aposento nuevamente hecho, tal y tan grande que muy cumplidamente todos los de mi compañía y yo nos aposentamos en él,

aunque llevaba conmigo mas de cuatro mil indios de los naturales de estas provincias de Tascaltecal, Guasucingo, Churultecal y Cempoal y para todos muy cumplidamente de comer y en todas las posadas muy grandes fuegos y mucha leña, porque hacía muy gran frío a causa de estar cercado de las dos sierras y ellas con mucha nieve.

Aquí me vinieron a hablar ciertas personas que parecían principales, entre los cuales venía uno que me dijeron que era hermano de Mutezuma y me trajeron hasta tres mil pesos de oro y de parte de él me dijeron que él me enviaba aquello y me rogaba que me volviese y no curase de ir a su ciudad, porque era tierra muy pobre de comida y que para ir allá había muy mal camino y que estaba toda en agua y que no podía entrar allá sino en canoas y otros muchos inconvenientes que para la ida me pusieron. Y que viese todo lo que quería, que Mutezuma su señor, me lo mandaría dar y que asimismo concertarían de darme en cada un año certum quid, el cual me llevarían hasta la mar o donde yo quisiese. Yo los recibí muy bien y les di algunas cosas de las de nuestra España, de las que ellos tenían en mucho, en especial, al que decían que era hermano de Mutezuma y a su embajador le respondí que si en mi mano fuera volverme que yo lo hiciese por hacer placer a Mutezuma; pero que yo había venido en esta tierra por mandado de vuestra majestad y de la principal cosa que de ella me mandó le hiciese relación, fue del dicho Mutezuma y de aquella su gran ciudad, de la cual y de él había mucho tiempo que vuestra alteza tenía noticia y que le dijesen de mi parte que le rogaba que mi ida a verle tuviese por bien, porque de ella a su persona ni tierra ningún daño, antes pro, se le había de seguir y que después que yo le viese, si fuese su voluntad todavía de no tenerme en su compañía, que yo me volvería y que mejor haríamos entre él y yo, orden en la manera que en el servicio de vuestra alteza él había de tener, que por terceras personas, puesto que ellos eran tales a quien todo crédito se debía de dar. Y con esta respuesta se volvieron. En este aposento que he dicho, según las apariencias que para ello vimos y el aparejo que en él había, los indios tuvieron pensamiento que nos pudieran ofender aquella noche y como yo lo sentí, puse tal recaudo, que conociéndolo ellos, mudaron su pensamiento y muy secretamente hicieron ir aquella noche mucha gente que en los montes que estaban junto al aposento tenían junta, que por muchas de nuestras velas y escuchas fue vista y luego siendo de día, me partí a un pueblo que está dos leguas de allí, que se dice Amecameca que es de la provincia de Chalco, que tendrá en la población principal con las aldeas que hay a dos leguas de él más de veinte mil vecinos y en el dicho pueblo nos aposentaron en unas muy buenas casas del señor del lugar y muchas personas que parecían principales me vinieron allí a hablar diciéndome que Mutezuma su señor los había enviado para que me esperasen allí y me hiciesen proveer de todas las cosas necesarias. El señor de esa provincia y pueblo me dio hasta cuarenta esclavas y tres mil castellanos y dos días que allí estuve nos proveyó muy cumplidamente de todo lo necesario para nuestra comida. Y otro día, yendo conmigo aquellos principales que de parte de Mutezuma me dijeron que me esperaban allí, me partí y fui a dormir cuatro leguas de allí a un pueblo pequeño que está junto a una gran laguna y casi la mitad de él sobre el agua de ella y por la parte de la tierra tiene una sierra muy áspera de piedras y peñas donde nos aposentaron muy bien. Y asimismo quisieran allí probar sus fuerzas con nosotros, excepto que según pareció, quisieran hacerlo muy a su salvo y tomarnos de noche descuidados y como yo iba tan sobre aviso, hallábame delante de sus pensamientos y aquella noche tuve tal guarda, que así de espías que venían por el agua en canoas, como de otras que por la sierra bajaban a ver si había aparejo para ejecutar su voluntad, amanecieron casi quince o veinte que las nuestras las habían tomado y muerto, por manera que pocas volvieron a dar su respuesta del aviso que venían a tomar y con hallarnos siempre tan apercibidos, acordaron de mudar el propósito y llevarnos por bien.

Y otro día por la mañana, ya que me quería partir de aquel pueblo, llegaron hasta diez o doce señores muy principales, según después supe y entre ellos un gran señor mancebo, de hasta veinticinco anos, a quien todos mostraban tener mucho acatamiento y tanto, que después de bajado de unas andas en que venía, todos los otros le venían limpiando las piedras y pajas del suelo delante de él y llegados a donde yo estaba me dijeron que venían de parte de Mutezuma su señor y que los enviaba para que se fuesen conmigo y que me rogaba que le perdonase porque no salía en su persona a verme y recibirme y que la causa era estar mal dispuesto, pero que ya su ciudad estaba cerca y que pues yo todavía determinaba de ir a ella, que allá nos veríamos y conocería de él la voluntad que al servicio de Vuestra Alteza tenía, pero que todavía me rogaba que si fuese posible no fuese allá porque padecería mucho trabajo y necesidad y que él tenía mucha vergüenza de no poderme allá proveer como él deseaba y en esto ahincaron y porfiaron mucho aquellos señores y tanto, que no les quedaba sino decir que me defenderían el

camino si todavía porfiase ir. Yo les respondí, satisfice y aplaqué con las mejores palabras que pude, haciéndoles entender que de mi ida no les podía venir daño sino mucho provecho y así se despidieron después de haberles dado algunas cosas de las que yo traía. Y yo partí luego tras ellos muy acompañado de muchas personas que parecían de mucha cuenta como después pareció serio y todavía seguía el camino por la costa de aquella gran laguna y a una legua del aposento donde paré vi dentro en ella, casi dos tiros de ballesta, una ciudad pequeña que podría ser hasta de mil o dos mil vecinos, toda armada sobre el agua, sin haber para ella ninguna entrada y muy torreada, según lo que de fuera parecía y otra legua adelante entramos por una calzada tan ancha como una lanza jineta, por la laguna adentro, de dos tercios de legua y por ella fuimos a dar en una ciudad la más hermosa, aunque pequeña, que hasta entonces habíamos visto, así de muy bien labradas casas y torres como de la buena orden que en el fundamento había por ser armada toda sobre agua y en esta ciudad, que será hasta de dos mil vecinos, nos recibieron muy bien y nos dieron bien de comer y allí me vinieron a hablar el señor y los principales de ella y me rogaron que me quedase allí a dormir y aquellas personas que conmigo iban de Mutezuma me dijeron que no parase, sino que me fuese a otra ciudad que está tres leguas de allí, que se dice Iztapalapa, que es de un hermano del dicho Mutezuma y así lo hice.

Y a la salida de la ciudad donde comimos, cuyo nombre al presente no me ocurre a la memoria, es por otra calzada que tendrá una legua grande hasta llegar a la tierra firme y llegado a esta ciudad de Iztapalapa, me salió a recibir algo fuera de ella el señor y otro de una gran ciudad que está cerca de ella que será obra de tres leguas, que se llama Caluanalcan y otros señores que allí me estaban esperando y me dieron hasta tres mil o cuatro mil castellanos, algunas esclavas, ropa y me hicieron muy buen acogimiento. Tendrá esta ciudad de Iztapalapa doce o quince mil vecinos, la cual está en la costa de una laguna salada, grande, la mitad dentro del agua y la otra mitad en la tierra firme. Tiene el señor de ella unas casas nuevas que aún no están acabadas, que son tan buenas como las mejores de España, digo de grandes y bien labradas, así de obra de cantería como de carpintería, suelos y cumplimientos para todo género de servicios de casa excepto mazonerías y otras cosas ricas que en España usan en las casas, que acá no las tienen. Tiene muchos cuartos altos y bajos, jardines muy frescos de muchos árboles y rosas olorosas; asimismo albercas de agua dulce muy bien labradas, con sus escaleras hasta lo hondo. Tiene una muy grande huerta junto a la casa y sobre ella un mirador de muy hermosos corredores y salas y dentro de la huerta una muy grande alberca de agua dulce, muy cuadrada y las paredes de ella de gentil cantería y alrededor de ella un andén de muy buen suelo ladrillado, tan ancho que pueden ir por él cuatro paseándose y tiene de cuadra cuatrocientos pasos, que son en torno mil seiscientos; de la otra parte del andén hacia la pared de la huerta va todo labrado de cañas con unas vergas y detrás de ellas todo de arboledas y hierbas olorosas y dentro de la alberca hay mucho pescado y muchas aves, así como lavancos, zarzetas y otros géneros de aves de agua, tantas que muchas veces casi cubren el agua.

Otro día después que a esta ciudad llegué me partí y a media legua andada, entré por una calzada que va por medio de esta dicha laguna, dos leguas hasta llegar a la gran ciudad de Temixtitan que está fundada en medio de la dicha laguna, la cual calzada es tan ancha como dos lanzas y muy bien obrada que pueden ir por toda ella ocho de caballo a la par y en estas dos leguas de la una parte y de la otra de la dicha calzada están tres ciudades y la una de ellas que se dice Misicalcingo, está fundada la mayor parte de ella dentro de la dicha laguna y las otras dos, que se llaman la una Niciaca y la otra Huchilohuchico, están en la costa de ella y muchas casas de ellas dentro en el agua. La primera ciudad de éstas tendrá hasta tres mil vecinos y la segunda más de seis mil y la tercera otros cuatro o cinco mil vecinos y en todas muy buenos edificios de casas y torres, en especial las casas de los señores y personas principales y las de sus mezquitas y oratorios donde ellos tienen sus ídolos. En estas ciudades hay mucho trato de sal, que hacen del agua de la dicha laguna y de la superficie que está en la tierra que baña la laguna, la cual cuecen en cierta manera y hacen panes de ella dicha sal, que venden para los naturales y para fuera de la comarca. Y así seguí la dicha calzada y a media legua antes de llegar al cuerpo de la ciudad de Temixtitan, a la entrada de otra calzada que viene a dar de la tierra firme a esta otra, está un muy fuerte baluarte con dos torres cercado de muro de dos estados, con su pretil almacenado por toda la cerca que toma con ambas calzadas y no tiene más de dos puertas, una por donde entran y otra por donde salen.

Aquí me salieron a ver y hablar hasta mil hombres principales, ciudadanos de la dicha ciudad, todos vestidos de una manera de hábito y según su costumbre, bien rico y llegados a hablarme cada uno por sí, hacía en llegando ante mí una ceremonia que entre ellos se usa mucho, que ponía cada uno la mano en tierra y la besaba y así estuve esperando casi una hora hasta que cada uno hiciese su ceremonia.

Y ya junto a la ciudad está un puente de madera de diez pasos de anchura y por allí está abierta la calzada porque tenga lugar el agua de entrar y salir, porque crece y mengua y también por fortaleza de la ciudad porque quitan y ponen algunas vigas muy luengas y anchas de que el dicho puente está hecho, todas las veces que quieren y de éstas hay muchas por toda la ciudad como adelante en la relación que de las cosas de ella haré vuestra alteza verá.

Pasado este puente nos salió a recibir aquel señor Mutezuma con hasta doscientos señores, todos descalzos y vestidos de otra librea o manera de ropa asimismo bien rica a su uso y más que la de los otros venían en dos procesiones muy arrimados a las paredes de la calle, que es muy ancha y muy hermosa y derecha, que de un cabo se parece el otro y tiene dos tercios de legua y de la una parte y de la otra muy buenas y grandes casas, así de aposentamientos como de mezquitas y el dicho Mutezuma venía por medio de la calle con dos señores, el uno a la mano derecha y el otro a la izquierda, de los cuales el uno era aquel señor grande que dije que me había salido a hablar en las andas y el otro era su hermano del dicho Mutezuma, señor de aquella ciudad de Iztapalapa de donde yo aquel día había partido, todos tres vestidos de una manera, excepto el Mutezuma que iba calzado y los otros dos señores descalzos; cada uno lo llevaba de su brazo y como nos juntamos, yo me apeé y le fui a abrazar solo y aquellos dos señores que con él iban, me detuvieron con las manos para que no le tocase y ellos y él hicieron asimismo ceremonia de besar la tierra y hecha, mandó a aquel su hermano que venía con él que se quedase conmigo y me llevase por el brazo y él con el otro se iba adelante de mí poquito trecho.

Y después de haberme él hablado, vinieron asimismo a hablarme todos los otros señores que iban en las dos procesiones, en orden uno en pos de otro y luego se tornaban a su procesión y al tiempo que yo llegué a hablar al dicho Mutezuma, me quité un collar que llevaba de margaritas y diamantes de vidrio y se lo eché al cuello y después de haber andado la calle adelante, vino un servidor suyo con dos collares de camarones envueltos en un paño, que eran hechos de huesos de caracoles colorados, que ellos tienen en mucho y de cada collar colgaban ocho camarones de oro de mucha perfección, tan largos casi como un geme y como se los trajeron se volvió a mí y me los echó al cuello. Y tornó a seguir por la calle en la forma ya dicha hasta llegar a una muy grande y hermosa casa que él tenía para aposentarnos, bien aderezada. Y allí me tomó de la mano y me llevó a una gran sala que estaba frontera del patio por donde entramos y allí me hizo sentar en un estrado muy rico que para él lo tenía mandado hacer y me dijo que le esperase allí y él se fue.

Y dende a poco rato, ya que toda la gente de mi compañía estaba aposentada, volvió con muchas y diversas joyas de oro, plata, plumajes y hasta cinco o seis mil piezas de ropa de algodón, muy ricas y de diversas maneras tejidas y labradas y después de habérmelas dado, se sentó en otro estrado que luego le hicieron allí junto con el otro donde yo estaba y sentado, propuso en esta manera: "Muchos días ha que por nuestras escrituras tenemos de nuestros antepasados noticia que yo ni todos los que en esta tierra habitamos no somos naturales de ella sino extranjeros y venidos a ella de partes muy extrañas y tenemos asimismo que a estas partes trajo nuestra generación un señor cuyos vasallos todos eran, el cual se volvió a su naturaleza y después tornó a venir dende en mucho tiempo y tanto, que ya estaban casados los que habían quedado con las mujeres naturales de la tierra y tenían mucha generación y hechos pueblos donde vivían y queriéndolos llevar consigo, no quisieron ir ni menos recibirle por señor y así se volvió y siempre hemos tenido que los que de él descendiesen habían de venir a sojuzgar esta tierra y a nosotros como a sus vasallos y según de la parte que vos decís que venís, que es a donde sale el sol y las cosas que decís de ese gran señor o rey que acá os envió, creemos y tenemos por cierto, él sea nuestro señor natural, en especial que nos decís que él ha muchos días tenía noticia de nosotros y por tanto, vos sed cierto que os obedeceremos y tendremos por señor en lugar de ese gran señor que vos decís y que en ello no habrá falta ni engaño alguno y bien podéis en toda la tierra, digo que en la que yo en mi señorío poseo, mandar a vuestra voluntad, porque será obedecido y hecho y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos de ello quisiéredes disponer. Y pues estáis en vuestra naturaleza y en vuestra casa, holgad y descansad del trabajo del camino y guerras que habéis tenido, que muy bien sé todos los que se os han ofrecido de Puntunchán acá y bien sé que los de Cempoal y de Tascalecal os

han dicho muchos males e mí. No creáis más de lo que por vuestros ojos veredes, en especial de aquellos que son mis enemigos y algunos de ellos eran mis vasallos y se me han rebelado con vuestra venida y por favorecerse con vos lo dicen; los cuales sé que también os han dicho que yo tenía las casas con las paredes de oro y que las esteras de mis estrados y otras cosas de mi servicio eran asimismo de oro y que yo era y me hacía dios y otras muchas cosas. Las casas ya las véis que son de piedra, cal y tierra" y entonces alzó las vestiduras y me mostró el cuerpo diciendo: "A mí me veis aquí que soy de carne y hueso como vos y como cada uno y que soy mortal y palpable", asiéndose él con sus manos de los brazos y del cuerpo: "Ved cómo os han mentido; verdad es que tengo algunas cosas de oro que me han quedado de mis abuelos; todo lo que yo tuviere tenéis cada vez que vos lo quisiéredes; yo me voy a otras casas donde vivo; aquí seréis provisto de todas las cosas necesarias para vos y para vuestra gente. Y no recibáis pena alguna, pues estáis en vuestra casa y naturaleza". Yo le respondí a todo lo que me dijo, satisfaciendo a aquello que me pareció que convenía, en especial en hacerle creer que vuestra majestad era a quien ellos esperaban y con esto se despidió e ido, fuimos muy bien provistos de muchas gallinas, pan, frutas y otras cosas necesarias, especialmente para el servicio del aposento y de esta manera estuve seis días, muy bien provisto de todo lo necesario y visitado de muchos de aquellos señores.

Ya, muy católico Señor, dije al principio de ésta cómo a la sazón que yo me partí de la Villa de la Veracruz en demanda de este señor Mutezuma, dejé en ella ciento cincuenta hombres para hacer aquella fortaleza que dejaba comenzada y dije asimismo cómo había dejado muchas villas y fortalezas de las comarcanas a aquella villa, puestas debajo del real dominio de vuestra alteza y a los naturales de ella muy seguros.

Y por ciertos vasallos de vuestra majestad, que estando en la ciudad de Chururtecal recibí letras del capitán que yo en mi lugar dejé en la dicha villa, por las cuales me hizo saber cómo Qualpopoca, señor de aquella ciudad que se dice Almería, le había enviado decir por sus mensajeros que él tenía de ser vasallo de vuestra alteza y que si hasta entonces no había venido tu venía a dar obediencia que era obligado y a ofrecerse por tal vasallo de vuestra majestad con todas sus tierras, la causa era que había de pasar por tierra de sus enemigos y que temiendo ser ,de ellos ofendido, lo dejaba; pero que le enviase cuatro españoles que viniesen con el, porque aquellos por cuya tierra había de pasar, sabiendo a lo que él vendría luego y que el dicho capitán, creyendo ser cierto lo que el dicho Qualpopoca le enviaba a decir y que así lo habían hecho otros muchos, le había enviado los dichos cuatro españoles y que después que en su casa los tuvo, los mandó matar por cierta manera, como que pareciese que él no lo hacía y que habían muerto los dos de ellos y los otros dos se habían escapado por unos montes, heridos y que él había ido sobre la dicha cuidad de Almería con cincuenta españoles y los dos de caballo y dos tiros de pólvora y con hasta ocho o diez mil indios de los amigos nuestros y que había peleado con los naturales de la dicha ciudad y le habían matado seis o siete españoles y había tomado la dicha ciudad y muertos muchos de los naturales de ella y los demás echados fuera y que la habían quemado y destruido, porque los indios que en su compañía llevaban, como eran sus enemigos, habían puesto en ello mucha diligencia y que el dicho Qualpopoca, señor de la dicha ciudad, con otros señores sus aliados que en su favor habían venido allí, se habían escapado huyendo y que de algunos prisioneros que tomó en la dicha ciudad, se habían informado cuyos eran los que allí estaban en defensa de ella y la causa porque habían matado a los españoles que él envió, la cual dice que fue el dicho Mutezuma había mandado al dicho Qualpopoca y a los otros que allí habían venido como a sus vasallos que eran, que salido yo de aquella Villa de la Veracruz fuesen sobre aquellos que se le habían alzado y ofrecido al servicio de vuestra alteza y que tuviesen todas las formas que ser pudiesen para matar los españoles que yo allí dejase porque no le ayudasen ni favoreciesen y que a esta causa lo habían hecho.13

---

13 Este confuso hecho (algunos cronistas refrendan la historia de la traición, otros refieren a un conflicto bélico abierto entre españoles y totonacas) sirve como excusa para lo que ocurrirá en Tenochtitlan de inmediato: la toma de Motecuhzoma como rehén de cortés- De allí que la trama dedique estos extensos párrafos a los acontecimientos de Veracruz, desplegando asimismo numerosos vocativos a partir de los cuales llamar la atención.

Motecuhzoma Xocoyotzín nace hacia 1466 y fue el octavo hijo del Rey Axayacatl y nieto de Nezahualcóyotl. (Su madre fue Izelcoatzin, hija de Nezahualcóyotl.) Ascendió al trono en 1502 sucediendo a su tío Ahuizotl, octavo señor de Tenochtitlán, cuando tenía cerca de 34 años.

Pasados, invictísimo Señor, seis días después que en la gran ciudad de Timixtitan entré y habiendo visto algunas cosas de ella, aunque pocas, según las que hay que ver y notar, por aquéllas me pareció y aun por lo que de la tierra había visto, que convenía al real servicio de vuestra majestad y a nuestra seguridad, que aquel señor estuviese en mi poder y no en toda su libertad, porque no mudase el propósito y voluntad que mostraba en servir a vuestra majestad, mayormente que los españoles somos algo incomportables e importunos y porque enojándose nos podría hacer mucho daño y tanto, que no hubiese memoria de nosotros según su gran poder y también porque teniéndole conmigo, todas las otras tierras que a él eran súbditas, vendrían más aína al conocimiento y servicio de vuestra majestad, como después sucedió. Determiné de prenderle y ponerle en el aposento donde yo estaba, que era bien fuerte y porque en su prisión no hubiese algún escándalo ni alboroto, pensado todas las formas y maneras que para hacerlo sin éste debía tener, me acordé de lo que el capitán que en la Veracruz había dejado, me había escrito, cerca de lo que había acaecido en la ciudad de Almería, según que en el capítulo antes de éste he dicho y cómo se había sabido que todo lo allí sucedido había sido por mandado del dicho Mutezuma y dejando buen recaudo en las encrucijadas de las calles, me fui a las casas del dicho Mutezuma como otras veces había ido a verle y después de haberle hablado en burlas y cosas de placer y de haberme él dado algunas joyas de oro y una hija suya y otras hijas de señores a algunos de mi compañía, le dije que ya sabía lo que en la ciudad de Nautecal o Almería había acaecido y los españoles que en ella me habían matado y que Qualpopoca daba por disculpa que todo lo que había hecho había sido por su mandado y que como su vasallo, no había podido hacer otra cosa y porque yo creía que no era así como el dicho Qualpopoca decía, que antes era por excusarse de culpa, que me parecía que debía enviar por él y por los otros principales que en la muerte de aquellos españoles se habían hallado, porque la verdad se supiese y que ellos fuesen castigados y vuestra majestad supiese su buena voluntad claramente y en lugar de las mercedes que vuestra alteza le había de mandar hacer, los dichos de aquellos malos no provocasen a vuestra alteza a ira contra él, por donde le mandase hacer daño, pues la verdad era al contrario de lo que aquéllos decían y yo estaba de él bien satisfecho.

Y luego a la hora mandó llamar ciertas personas de los suyos, a los cuales dio una figura de piedra pequeña, a manera de sello, que él tenía atado en el brazo y les mandó que fuesen a la dicha ciudad de Almería, que está sesenta o setenta leguas de la de Tenuxtitan y que trajesen al dicho Qualpopoca y se informasen en los demás que habían sido en la muerte de aquellos españoles y que asimismo los trajesen y que si por su voluntad no quisiesen venir los trajesen presos y si se pusiesen en resistir la prisión, que requiriesen a ciertas comunidades comarcanas a aquella ciudad que allí les señaló, para que fuesen con mano armada para prenderlos, por manera que no viniesen sin ellos. Los cuales, luego partieron y así idos, le dije al dicho Mutezuma que yo le agradecía la diligencia que ponía en la prisión de aquéllos, porque yo había de dar cuenta a vuestra alteza de aquellos españoles y que restaba para yo darla, que él estuviese en mi posada hasta tanto que la verdad más se aclarase y se supiese él ser sin culpa y que le rogaba mucho que no recibiese pena de ello, porque él no había de estar como preso sino en toda su libertad y que en servicio ni en el mando de su señorío, yo no le ponía ningún impedimento y que escogiese un cuarto de aquel aposento donde yo estaba, cual él quisiese y que allí estaría muy a su placer y que fuese cierto que ningún enojo ni pena se le había de dar, antes además de su servicio, los de mi compañía le servirían en todo lo que él mandase; acerca de esto pasamos muchas pláticas y razones que serían largas para escribir y aun para dar cuenta de ellas a vuestra alteza, algo prolijas y también no sustanciales para el caso y por tanto no diré más de que finalmente él dijo que le placía de irse conmigo y mandó luego ir a aderezar el aposentamiento donde él quiso estar, el cual fue muy puesto y bien aderezado.

Y hecho esto, vinieron muchos señores y quitadas las vestiduras y puestas por bajo de los brazos y descalzos traían unas andas no muy bien aderezadas y llorando lo tomaron en ellas con mucho silencio y así nos fuimos hasta el aposento donde estaba, sin haber alboroto en la ciudad, aunque se comenzó a mover; pero sabido por el dicho Mutezuma, envió a mandar que no lo hubiese. Y así hubo toda quietud según que antes la había y la hubo todo el tiempo que yo tuve preso al dicho Mutezuma, porque él estaba muy a su placer y con todo su servicio, según en su casa lo tenía; que era bien grande y maravilloso, según adelante diré. Y yo y los de mi compañía le hacíamos todo el placer que a nosotros era posible.

Y habiendo pasado quince días o veinte días de su prisión, vinieron aquellas personas que había enviado por Qualpopoca y los otros que habían matado a los españoles y trajeron al dicho Qualpopoca y a un hijo suyo y con ellos quince personas que decían que eran principales y habían sido en la dicha muerte. Y al dicho Qualpopoca traían en unas andas y muy a manera de señor, como de hecho lo era y traídos me los entregaron y yo los hice poner a buen recaudo con sus prisiones y después que confesaron haber matado a los españoles, les hice interrogar si ellos eran vasallos de Mutezuma y el dicho Qualpopoca respondió que si había otro señor de quien pudiese serio, casi diciendo que no había otro y que sí eran. Y asimismo les pregunté si lo que allí se había hecho había sido por su mandado y dijeron que no, aunque después, al tiempo que en ellos se ejecutó la sentencia que fuesen quemados, todos a una voz dijeron que era verdad que el dicho Mutezuma se lo había enviado a mandar y que por su mandado lo habían hecho. Y así fueron éstos quemados públicamente en una plaza, sin haber alboroto alguno y el día que se quemaron, porque confesaron que el dicho Mutezuma les había mandado que matasen a aquellos españoles, le hice echar unos grillos, de que él no recibió poco espanto, aunque después de haberle hablado aquel día, se los quité y él quedó muy contento y de allí adelante siempre trabajé de agradarle y contentarle en todo lo a mí posible, en especial que siempre publiqué y dije a todos los naturales de la tierra, así señores como los que a mí venían, que vuestra majestad era servido que el dicho Mutezuma se estuviese en su señorío reconociendo el que vuestra alteza sobre él tenía y que servirían mucho a vuestra alteza en le obedecer y tener por señor, como antes que yo a la tierra viniese le tenían.

Y fue el buen tratamiento que yo le hice y el contentamiento que de mí tenía, que algunas veces y muchas le acometí con su libertad, rogándole que fuese a su casa y me dijo todas las veces que se lo decía que él estaba bien allí y que no quería irse, porque allí no le faltaba cosa de lo que él quería, como si en su casa estuviese y que podría ser que yéndose y habiendo lugar, que los señores de la tierra sus vasallos le importunasen o le induciesen a que hiciese alguna cosa contra su voluntad, que fuese fuera del servicio de vuestra alteza y que él tenía propuesto de servir a vuestra alteza en todo lo a él posible y que hasta tanto que los tuviese informados de lo que quería hacer y que él estaba bien allí, porque aunque alguna cosa le quisiesen decir, que con responderles que no estaba en su libertad se podría excusar y eximir de ellos y muchas veces me pidió licencia para irse a holgar y pasar tiempo a ciertas casas de placer que él tenía, así fuera de la ciudad como dentro y ninguna vez se la negué. Y fue muchas veces a holgar con cinco o seis españoles a una o dos leguas fuera de la ciudad y volvía siempre muy alegre y contento al aposento donde yo le tenía y siempre que salía hacía muchas mercedes de joyas y ropa, así a los españoles que con él iban, como a sus naturales, de los cuales siempre iba tan acompañado, que cuando menos con él iban, pasaban de tres mil hombres, que los más de ellos eran señores y personas principales y siempre les hacía muchos banquetes y fiestas, que los que con él iban tenían bien que contar.

Después que yo conocí de él muy por entero tener mucho deseo al servicio de vuestra majestad, le rogué que porque más enteramente yo pudiese hacer relación a vuestra majestad de las cosas de esta tierra, que me mostrase las minas de donde se sacaba el oro, el cual con muy alegre voluntad, según mostró, dijo que le placía y luego hizo venir ciertos servidores suyos y de dos en dos repartió para cuatro provincias donde dijo que se sacaba y pidióme que le diese españoles que fuesen con ellos para que lo viesen sacar y asimismo yo le di a cada dos de los suyos, otros dos españoles. Y los unos fueron a una provincia que se dice Cuzula, que es ochenta leguas de la gran ciudad de Temixtitan y los naturales de aquella provincia son vasallos del dicho Mutezuma y allí les mostraron tres ríos y de todos me trajeron muestras de oro y muy buena, aunque sacada con poco aparejo porque no tenían otros instrumentos más de aquel con que los indios lo sacan y en el camino pasaron tres provincias, según los españoles dijeron, de muy hermosa tierra y de muchas villas, ciudades y otras poblaciones en mucha cantidad y de tales y tan buenos edificios, que dicen que en España no podían ser mejores. En especial me dijeron que habían visto una casa de aposentamiento y fortaleza que es mayor y más fuerte y mejor edificada que el castillo de Burgos y la gente de una de estas provincias que se llama Tamazulapa, era mas vestida que esta otra que hemos visto y según a ellos les pareció, de mucha razón. Los otros fueron a otra provincia que se dice Malinaltepeque, que es otras setenta leguas de la dicha gran ciudad, que es más hacia la costa del mar y asimismo me trajeron muestra de oro de un río grande que por allí pasa. Y los otros fueron a una tierra que está este río arriba, que es de una gente diferente de la lengua de Culúa, a la cual llaman Tenis y el señor de aquella tierra se llama Coatelicamat y por tener su tierra en unas

sierras muy altas y ásperas no es sujeto al dicho Mutezuma y también porque la gente de aquella provincia es gente muy guerrera y pelean con lanzas de veinticinco y treinta palmos y por no ser éstos vasallos del dicho Mutezuma, los mensajeros que con los españoles iban no osaron entrar en la tierra sin hacerlo saber primero al señor de ella y pedir para ello licencia, diciéndole que iban con aquellos españoles a ver las minas de oro que tenían en su tierra y que le rogaban de mi parte y del dicho Mutezuma su señor, que lo hubiesen por bien. El cual dicho Coatelicamat respondió que los españoles, que él era muy contento que entrasen en su tierra y viesen las minas y todo lo demás que ellos quisiesen, pero que los de Culúa, que son los de Mutezuma, no habían de entrar en su tierra porque eran sus enemigos.

Algo estuvieron los españoles perplejos en si irían o no, porque los que con ellos iban les dijeron que no fuesen que les matarían y que por matarlos no consentían que los de Culúa entrasen con ellos y al fin se determinaron a entrar solos y fueron del dicho señor y de los de su tierra muy bien recibidos y les mostraron siete u ocho ríos de donde dijeron que ellos sacaban el oro y en su presencia los sacaron los indios y ellos me trajeron muestra de todos y con los dichos españoles me envió el dicho Coatelicamat ciertos mensajeros suyos con los cuales me envió a ofrecer su persona y tierra al servicio de vuestra sacra majestad y me envió ciertas joyas de oro y ropa de la que ellos tienen; los otros fueron a otra provincia que se dice Tuchitebeque, que es casi en el mismo derecho hacia la mar, doce leguas de la provincia de Malinaltebeque, donde ya he dicho que se halló oro y allá les mostraron otros dos ríos de donde asimismo sacaron muestra de oro.

Y porque allí, según los españoles que allá fueron me informaron, que hay mucho aparejo para hacer estancias para sacar oro, rogué al dicho Mutezuma que en aquella provincia de Malinaltebeque, porque era para ello más aparejada, hiciese hacer una estancia para Vuestra Majestad y puso en ello tanta diligencia, que dende en dos meses que yo se lo dije, estaban sembradas sesenta hanegas de maíz, diez de fríjoles y dos mil de cacao, que es una fruta como almendras, que ellos venden molida y la tienen en tanto, que se trata por moneda en toda la tierra y con ella se compran todas las cosas necesarias en los mercados y otras partes. Y había hechas cuatro casas muy buenas, en que la una, demás de los aposentamientos hicieron un estanque de agua y en él pusieron quinientos patos, que acá tienen en mucho, porque se aprovechan de la pluma de ellos y los pelan cada año y hacen sus ropas con ella y pusieron hasta mil quinientas gallinas, sin otros aderezos de granjerías, que muchas veces juzgadas por los españoles que las vieron, las apreciaban en veinte mil pesos de oro.

Asimismo le rogué al dicho Mutezuma que me dijese si en la costa de la mar había algún río o ancón en que los navíos que viniesen pudiesen entrar y estar seguros. El cual me respondió que no lo sabía; pero que él me haría pintar toda la costa, ancones y ríos de ella y que enviase yo españoles a verlos y que él me daría quien los guiase y fuese con ellos y así lo hizo. Otro día me trajeron figurada en un paño toda la costa y en ella parecía un río que salía a la mar, más abierto, según la figura, que los otros; el cual parecía estar entre las sierras que dicen San Martín y son tan altas que forman un ancón por donde los pilotos hasta entonces creían que se partía la tierra en una provincia que se dice Mazamalco y me dijo que viese yo a quién quería enviar y que él proveería a quién y cómo se viese y supiese todo. Y luego señalé diez hombres y entre ellos algunos pilotos y personas que sabían de la mar y con el recaudo que él dio se partieron y fueron por toda la costa desde el puerto de Chalchilmeca, que dicen de San Juan, donde yo desembarqué y anduvieron por ella setenta y tantas leguas, que en ninguna parte hallaron río ni ancón donde pudiesen entrar navíos ningunos, puesto que en la dicha costa había muchos y muy grandes y todos los sondaron con canoas y así llegaron a la dicha provincia de Cuacalcalco, donde el dicho río está.

El señor de aquella provincia, que se dice Tuchintecla, los recibió muy bien y les dio canoas para mirar el río y hallaron en la entrada de él dos brazas y media largas en lo más bajo del bojar y subieron por el dicho río arriba, doce leguas y lo más bajo que en él hallaron fueron cinco o seis brazas. Y según lo que de él vieron, se cree que sube más de treinta leguas de aquella hondura y en la ribera de él hay muchas y grandes poblaciones y toda la provincia es muy llana y muy fuerte y abundosa de todas las cosas de la tierra y de mucha y casi innumerable gente. Y los de esta provincia no son vasallos ni súbditos de Mutezuma, antes sus enemigos. Asimismo, el señor de ella, al tiempo que los españoles llegaron, les envió a decir que los de Culúa no entrasen en su tierra, porque eran sus enemigos. Y cuando se volvieron los españoles a mí con esta relación, envió con ellos ciertos mensajeros con los cuales me envió ciertas joyas de oro, cueros de tigres, plumajes, piedras y ropa y ellos me dijeron de su parte que había

muchos días que Tuchintecla, su señor, tenía noticia de mí porque los de Putunchán, que es el río de Grijalva, que son sus amigos, le habían hecho saber cómo yo había pasado por allí y había peleado con ellos porque no me dejaban entrar en su pueblo y cómo después quedamos amigos y ellos por vasallos de vuestra majestad y que él asimismo se ofrecía a su real servicio con toda su tierra y me rogaba que les tuviese por amigo, con tal condición que los de Culúa no entrasen en su tierra y que yo viese las cosas que en ella había de que se quisiese servir vuestra alteza y que él daría de ellas las que yo señalase en cada un año.

Como de los españoles que vinieron de esta provincia me informé ser ella aparejada para poblar y del puerto que en ella habían hallado, holgué mucho, porque después que en esta tierra salté siempre he trabajado de buscar puerto en la costa de ella, tal que estuviese a propósito de poblar y jamás lo había hallado ni lo hay en toda la costa desde el río San Antón, que es junto al de Grijalva, hasta el de Pánuco, que es la costa abajo, adonde ciertos españoles, por mandado de Francisco de Garay, fueron a poblar, de que adelante a vuestra alteza haré relación.

Y para más certificarme de las cosas de aquella provincia y puerto y de la voluntad de los naturales de ella y de las otras cosas necesarias a la población, torné a enviar ciertas personas de las de mi compañía, que tenían alguna experiencia, para alcanzar lo susodicho. Los cuales fueron con los mensajeros que aquel señor Tuchintecla me había enviado y con algunas cosas que yo les di para él y llegados fueron de él bien recibidos y tornaron a ver y sondar el puerto y el río y ver los asientos que había en él para hacer el pueblo y de todo me trajeron verdadera y larga relación y dijeron que había todo lo necesario para poblar y que el señor de la provincia estaba muy contento y con mucho deseo de servir a vuestra alteza. Y venidos con esta relación, luego despaché un capitán con ciento cincuenta hombres, para que fuesen a trazar y formar el pueblo y hacer una fortaleza, porque el señor de aquella provincia se me había ofrecido de hacerla y asimismo todas las cosas que fuesen menester le mandasen y aun hizo seis en el asiento que para el pueblo señalaron y dijo que era muy contento que fuésemos allí a poblar y estar en su tierra.

En los capítulos pasados, muy poderoso señor, dije cómo al tiempo que yo iba a la gran ciudad de Temixtitan, me había salido al camino un gran señor que venía de parte de Mutezuma y según lo que después de él supe, él era muy cercano deudo del dicho Mutezuma y tenía su señorío junto al del dicho Mutezuma, cuyo nombre era Haculuacán. Y la cabeza de él es una muy gran ciudad que está junto a esta laguna salada, que hay desde ella, yendo en canoas por la dicha laguna hasta la dicha ciudad de Temixtitan, seis leguas y por la tierra diez. Llámase esta ciudad Tezcuco y será de hasta treinta mil vecinos. Tienen, señor, en ella, muy maravillosas casas, mezquitas y oratorios muy grandes y muy bien labrados. Hay muy grandes mercados y demás de esta ciudad tiene otras dos, la una de tres leguas de esta de Tezcuco, que se llama Acuruman y la otra a seis leguas, que se dice Otumpa. Tendrá cada una de éstas, hasta tres mil o cuatro mil vecinos. Tiene la dicha provincia y señorío de Haculuacán, otras aldeas y alquerías en mucha cantidad y muy buenas tierras y sus labranzas. Confina todo este señorío, Por la una parte con la provincia de Tascaltecal, de que ya a vuestra majestad he dicho. Este señor que se dice Cacamazin, después de la prisión de Mutezuma se rebeló así contra el servicio de vuestra alteza, a quien se había ofrecido, como contra el dicho Mutezuma. Y puesto que por muchas veces fue requerido que viniese a obedecer los reales mandamientos de vuestra majestad, nunca quiso, aunque demás de lo que yo le enviaba a requerir, el dicho Mutezuma se lo enviaba a mandar; antes respondía que si algo le querían, que fuesen a su tierra y que allá verían para cuánto era y el servicio que era obligado a hacer. Y según yo me informé, tenia gran copia de gente de guerra junta y todos para ella bien a punto. Y como por amonestaciones ni requerimientos yo no lo pude atraer, hablé al dicho Mutezuma y le pedí su parecer de lo que debíamos hacer para que aquél no quedase sin castigo de su rebelión. El cual me respondió que quererle tomar por guerra que se ofrecía mucho peligro, porque él era gran señor y tenía muchas fuerzas y gente y que no se podía tomar tan sin peligro que no muriese mucha gente. Pero que él tenía en su tierra del dicho Cacamazin muchas personas principales que vivía con él y les daba su salario, que él hablaría con ellos para que atrajesen alguna de la gente del dicho Cacamazin a sí y que atraída y estando seguros que aquéllos favorecerían nuestro partido y se podría prender seguramente. Y así fue que el dicho Mutezuma hizo sus conciertos de tal manera, que aquellas personas atrajeron al dicho Cacamazin a que se juntase con ellos en la dicha ciudad de Tezcuco, para dar orden en las cosas que convenían a su estado como personas principales y que les dolía que él hiciese cosas por donde se perdiese. Y así se juntaron en una muy gentil casa del

dicho Cacamazin, que está junto a la costa de la laguna y es de tal manera edificada, que por debajo de toda ella navegan las canoas y salen a la dicha laguna. Allí secretamente tenían aderezadas ciertas canoas con mucha gente apercibida, para si el dicho Cacamazin quisiese resistir la prisión. Y estando en la consulta lo tomaron todos aquellos principales antes que fuesen sentidos de la gente del dicho Cacamazin y lo metieron en aquellas canoas y salieron a la laguna y pasaron a la gran ciudad, que como ya dije, está seis leguas de allí y llegados lo pusieron en unas andas como su estado requería y lo acostumbraban y me lo trajeron; al cual yo hice echar unos grillos y poner a mucho recaudo. Y tomado el parecer de Mutezuma, puse en nombre de vuestra alteza, en aquel señorío, a un hijo suyo que se decía Cucuzcacin, al cual hice que todas las comunidades y señores de la dicha provincia y señorío le obedeciesen por señor hasta tanto que vuestra alteza fuese servido de otra cosa. Y así se hizo, que de allí adelante todos lo tuvieron y lo obedecieron por señor como al dicho Cacamazin y él fue obediente en todo o que yo de parte de vuestra majestad le mandaba.

Pasados algunos pocos días después de la prisión de este Cacamazin, el dicho Mutezuma hizo llamamiento y congregación de todos los señores de las ciudades y tierras allí comarcanas y juntos, me envió a decir que subiese allí adonde él estaba con ellos y llegado yo, les habló de esta manera: "Hermanos y amigos míos, ya sabéis que de mucho tiempo acá vosotros y vuestros padres y abuelos habéis sido y sois súbditos y vasallos de mis antecesores y míos y siempre de ellos y de mí habéis sido muy bien tratados y honrados y vosotros asimismo habéis hecho lo que buenos y leales vasallos son obligados a sus naturales señores y también creo que de vuestros antecesores tenéis memoria cómo nosotros no somos naturales de esta tierra y que vinieron a ella de muy lejos tierra y los trajo un señor que en ella los dejó, cuyos vasallos todos eran. El cual volvió dende ha mucho tiempo y halló que nuestros abuelos estaba ya poblados y asentados en esta tierra y casados con las mujeres de esta tierra y tenían mucha multiplicación de hijos, por manera que no quisieron volverse con el ni menos lo quisieron recibir por señor de la tierra y él se volvió y dejó dicho que tornaría o enviaría con tal poder, que los pudiese costreñir y atraer a su servicio. Y bien sabéis que siempre lo hemos esperado y según las cosas que el capitán nos ha dicho de aquel rey y señor que le envió acá y según la parte de donde él dice que viene, tengo por acierto y así lo debéis vosotros tener, que aqueste es el señor que esperábamos, en especial que nos dice que allá tenía noticia de nosotros y pues nuestros predecesores no hicieron lo que a su señor eran obligados, hagámoslo nosotros y demos gracias a nuestros dioses porque en nuestros tiempos vino lo que tanto aquéllos esperaban. Y mucho os ruego, pues a todos es notorio todo esto, que así como hasta aquí a mí me habéis tenido y obedecido por señor vuestro, de aquí en adelante tengáis y obedezcáis a este gran rey, pues él es vuestro natural señor y en su lugar tengáis a este su capitán y todos los tributos y servicios que hasta aquí a mí me hacíades, hacedlos y dadlos a él, porque yo asimismo tengo de contribuir y servir con todo lo que me mandare y demás de hacer lo que debéis y sois obligados, a mí me haréis en ello mucho placer". Lo cual todo lo dijo llorando con las mayores lágrimas y suspiros que un hombre podía manifestar y asimismo todos aquellos señores que le estaban oyendo lloraban tanto, que en gran rato no le pudieron responder. Y certifico a vuestra sacra majestad, que no había tal de los españoles que oyese el razonamiento, que no hubiese mucha compasión.

Y después de algo sosegadas sus lágrimas, respondieron que ellos lo tenían por su señor y habían prometido de hacer todo lo que les mandase y que por esto y por la razón que para ello les daba, que eran muy contentos de hacerlo y que desde entonces para siempre se daban ellos por vasallos de vuestra alteza y desde allí todos juntos y cada uno por sí prometían y prometieron, de hacer y cumplir todo aquello que con el real nombre de vuestra majestad les fuese mandado, como buenos y leales vasallos lo deben hacer y de acudir con todos los atributos y servicios que antes al dicho Mutezuma hacían y eran obligados y con todo lo demás que le fuese mandado en nombre de vuestra alteza. Lo cual todo pasó ante un escribano público y lo asentó por auto en forma y yo lo pedí así por testimonio en presencia de muchos españoles.

Pasado este auto y ofrecimiento que estos señores hicieron al real servicio de vuestra majestad, hablé un día al dicho Mutezuma y le dije que vuestra alteza tenía necesidad de oro para ciertas obras que mandaba hacer y que le rogaba que enviase algunas personas de los suyos y que yo enviaría asimismo algunos españoles por las tierras y casas de aquellos señores que allí se habían ofrecido, a rogarles que de lo que ellos tenían sirviesen a vuestra majestad con alguna parte, porque demás de la necesidad que vuestra alteza tenía, parecería que ellos comenzaban

a servir y vuestra alteza tendría más concepto de las voluntades que a su servicio mostraban y que él asimismo me diese de lo que tenía, porque lo quería enviar, como el oro y como las otras cosas que había enviado a vuestra majestad con los pasajeros. Y luego mandó que le diese los españoles que quería enviar y de dos en dos y de cinco en cinco, los repartió para muchas provincias y ciudades, cuyos nombres, por haberse perdido las escrituras, no me acuerdo, porque son muchos y diversos, más de que algunas de ellas están a ochenta y a cien leguas de la dicha gran ciudad de Temixtitan y con ellos envió de los suyos y les mandó que fuesen a los señores de aquellas provincias y ciudades y les dijese cómo yo mandaba que cada uno de ellos diese cierta medida de oro que les dio. Y así se hizo que todos aquellos señores a que él envió dieron muy cumplidamente lo que se les pidió, así en joyas como en tejuelos y hojas de oro y plata. Y otras cosas de las que ellos tenían, que fundido todo lo que era para fundir, cupo a vuestra majestad del quinto, treinta y dos mil y cuatrocientos y tantos pesos de oro, sin todas las joyas de oro, plata, plumajes, piedras y otras muchas cosas de valor que para vuestra sacra majestad yo asigné y aparté, que podrían valer cien mil ducados y más suma; las cuales demás de su valor eran tales y tan maravillosas que consideradas por su novedad y extrañeza, no tenían precio ni es de creer que alguno de todos los príncipes del mundo de quien se tiene noticia las pudiese tener tales y de tal calidad. Y no le parezca a vuestra majestad fabuloso lo que digo, pues es verdad que todas las cosas criadas así en la tierra como en la mar, de que el dicho Mutezuma pudiese tener conocimiento, tenían contrahechas muy al natural, así de oro como de plata, como de pedrería y de plumas, en tanta perfección, que casi ellas mismas parecían; de las cuales todas me dio para vuestra alteza mucha parte, sin otras que yo le di figuradas y él las mandó hacer de oro, así como imágenes, crucifijos, medallas, joyeles, collares y otras muchas cosas de las nuestras, que les hice contrahacer. Cupieron asimismo a vuestra alteza del quinto de la plata que se hubo, ciento y tantos marcos, los cuales hice labrar a los naturales, de platos grandes y pequeños, escudillas, tazas y cucharas y lo labraron tan perfecto como se lo podíamos dar a entender.

Demás de esto, me dio el dicho Mutezuma mucha ropa de la suya, que era tal, que considerada ser toda de algodón y sin seda, en todo el mundo no se podía hacer ni tejer otra tal ni de tantas ni tan diversos y naturales colores ni labores; en que había ropas de hombres y de mujeres muy maravillosas, y había paramentos para camas, que hechos de seda no se podían comparar; y había otros paños como de tapicería que podían servir en salas y en iglesias; había colchas y cobertores de cama, así de pluma como de algodón, de diversos colores asimismo muy maravillosos, y otras muchas cosas que por ser tantas y tales no las sé significar a vuestra majestad. También me dio una docena de cerbatanas de las con que él tiraba, que tampoco no sabré decir a vuestra alteza su perfección porque eran todas pintadas de muy excelentes pinturas y perfectos matices, en que había figuradas muchas maneras de avecicas y animales y árboles y flores y otras diversas cosas, y tenían los brocales y puntería tan grandes como un geme de oro, y en el medio otro tanto muy labrado. Dióme para con ellas un carniel de red de oro para los bodoques, que también me dijo que me había de dar de oro, y dióme unas turquesas de oro y otras muchas cosas, cuyo número es casi infinito.

Porque para dar cuenta, muy poderoso señor, a vuestra real excelencia, de la grandeza, extrañas y maravillosas cosas de esta gran ciudad de **Temixtitan**, del señorío y servicio de este Mutezuma, señor de ella, y de los ritos y costumbres que esta gente tiene, y de la orden que en la gobernación, así de esta ciudad como de las otras que eran de este señor, hay, sería menester mucho tiempo y ser muchos relatores y muy expertos; no podré yo decir de cien partes una, de las que de ellas se podrían decir, mas como pudiere diré algunas cosas de las que vi, que aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos, no las podemos con el entendimiento comprender. Pero puede vuestra majestad ser cierto que si alguna falta en mi relación hubiere, que será antes por corto que por largo, así en esto como en todo lo demás de que diere cuenta a vuestra alteza, porque me parecía justo a mi príncipe y señor, decir muy claramente la verdad sin interponer cosas que la disminuyan y acrecienten.14

14 El narrador, en un giro retórico ya característico, vuelve a poner en escena lo inefable y lo inenarrable, dando cuenta además de la construcción discursiva atenta a cierto modo de escritura de la historia donde la función del detalle y el testimonio cobran particular importancia, refrendando la verdad de lo visto y vivo-experimentado.

Antes que comience a relatar las cosas de esta gran ciudad y las otras que en este capítulo dije, me parece, para que mejor se puedan entender, que débese decir de la manera de México, que es donde esta ciudad y algunas de las otras que he hecho relación están fundadas, y donde está el principal señorío de este Mutezuma. La cual dicha provincia es redonda y está toda cercada de muy altas y ásperas sierras, y lo llano de ella tendrá en torno hasta setenta leguas, y en el dicho llano hay dos lagunas que casi lo ocupan todo, porque tienen canoas en torno más de cincuenta leguas. Y la una de estas dos lagunas es de agua dulce, y la otra, que es mayor, es de agua salada; divídelas por una parte una cuadrilla pequeña de cerros muy latos que están en medio de esta llanura, y al cabo se van a juntar las dichas lagunas en un estrecho de llano que entre estos cerros y las sierras altas se hace. El cual estrecho tendrá un tiro de ballesta, y por entre una laguna y la otra, y las ciudades y otras poblaciones que están en las dichas lagunas, contratan las unas con las otras en sus canoas por el agua, sin haber necesidad de ir por la tierra. Y porque esta laguna salada grande crece y mengua por sus mareas según hace la mar todas las crecientes, corre el agua de ella a la otra dulce tan recio como si fuese caudaloso río, y por consiguiente a las menguantes va la dulce a la salada.

Esta gran ciudad de Temixtitan está fundada en esta laguna salada, y desde la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquiera parte que quisieren entrar a ella, hay dos leguas. Tienen cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jinetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles de ella, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas de éstas y todas las demás son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas, y todas las calles de trecho a trecho están abiertas por donde atraviesa el agua de las unas a las otras, y en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas hay sus puentes de muy anchas y muy grandes vigas, juntas y recias y bien labradas, y tales, que por muchas de ellas pueden pasar diez de a caballo juntos a la par. Y viendo que si los naturales de esta ciudad quisiesen hacer alguna traición, tenían para ello mucho aparejo, por ser la dicha ciudad edificada de la manera que digo, y quitadas las puentes de las entradas salidas, nos podrían dejar morir de hambre sin que pudiésemos salir a la tierra; luego que entré en la dicha ciudad di mucha prisa en hacer cuatro bergantines, y los hice en muy breve tiempo, tales que podían echar trescientos hombres en la tierra y llevar los caballos cada vez que quisiésemos.

Tiene esta ciudad muchas plazas donde hay continuo mercado y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercadurías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y de plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas. Véndese cal, piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, halcones, gavilanes y cernícalos; y de algunas de estas aves de rapiña, venden los cueros con su pluma y cabezas y pico y uñas.

Venden conejos, liebres, venados, y perros pequeños, que crían para comer, castrados. Hay calle de herbolarios, donde hay todas las raíces y hierbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios donde se venden las medicinas hechas, así potables como ungüentos y emplastos. Hay casas como de barberos, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio. Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas. Hay mucha leña, carbón, braseros de barro y esteras de muchas maneras para camas, y otras más delgadas para asiento y esterar salas y cámaras. Hay todas las maneras de verduras que se hallan, especialmente cebollas, puerros, ajos, mastierzo, berros, borrajas, acederas y cardos y tagarninas. Hay frutas de muchas maneras, en que hay cerezas, y ciruelas, que son semejantes a las de España. Venden miel de abejas y cera y miel de cañas de maíz, que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de unas plantas que llaman en las otras islas maguey, que es mucho mejor que arrope, y de estas plantas hacen azúcar y vino, que asimismo venden. Hay a vender muchas maneras de hilados de algodón de todos colores, en sus madejicas, que parece propiamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha más cantidad. Venden colores ara pintores, cuantos se pueden hallar en España, y de tan excelentes matices cuanto pueden ser. Venden cueros de venado con pelo y sin él; teñidos, blancos y de diversas colores. Venden mucha loza en gran manera muy

buena, venden muchas vasijas de tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, ladrillos y otras infinitas maneras de vasijas, todas de singular barro, todas o las más, vidriadas y pintadas.
Venden mucho maíz en grano y en pan, lo cual hace mucha ventaja, así en el grano como en el sabor, a todo lo de las otras islas y tierra firme. Venden pasteles de aves y empanadas de pescado. Venden mucho pescado fresco y salado, crudo y guisado. Venden huevos de gallinas y de ánsares, y de todas las otras aves que he dicho, en gran cantidad; venden tortillas de huevos hechas. Finalmente, que en los dichos mercados se venden todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que demás de las que he dicho, son tantas y de tantas calidades, que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria, y aun por no saber poner los nombres, no las expreso. Cada genero de mercaduría se venden en su calle, sin que entremetan otra mercaduría ninguna, y en esto tienen mucha orden. Todo se vende por cuenta y medida, excepto que hasta ahora no se ha visto vender cosa alguna por peso.
Hay en esta gran plaza una gran casa como de audiencia, donde están siempre sentadas diez o doce personas, que son jueces y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen, y mandan castigar los delincuentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente, mirando lo que se vende y las medidas con que miden lo que venden; y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa.
Hay en esta gran ciudad muchas mezquitas o casas de sus ídolos de muy hermosos edificios, por las colaciones y barrios de ella, y en las principales de ella hay personas religiosas de su secta, que residen continuamente en ellas, para los cuales, demás de las casas donde tienen los ídolos, hay buenos aposentos.15 Todos estos religiosos visten de negro y nunca cortan el cabello, ni lo peinan desde que entran en la religión hasta que salen, y todos los hijos de las personas principales, así señores como ciudadanos honrados, están en aquellas religiones y hábito desde edad de siete u ocho años hasta que los sacan para casarlos, y esto más acaece en los primogénitos que han de heredar las casas, que en los otros. No tienen acceso a mujer ni entra ninguna en las dichas casas de religión. Tienen abstinencia en no comer ciertos manjares, y más en algunos tiempos del año que no en los otros; y entre estas mezquitas hay una que es la principal, que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza y particularidades de ella, porque es tan grande que dentro del circuito de ella, que es todo cercado de muro muy alto, se podía muy bien hacer una villa de quinientos vecinos; tiene dentro de este circuito, todo a la redonda, muy gentiles aposentos en que hay muy grande salas y corredores donde se aposentan los religiosos que allí están. Hay bien cuarenta torres muy altas y bien obradas, que la mayor tienen cincuenta escalones para subir al cuerpo de la torre; la más principal es más alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla. Son tan bien labradas, así de cantería como de madera, que no pueden ser mejor hechas ni labradas en ninguna parte, porque toda la cantería de dentro de las capillas donde tienen los ídolos, es de imaginería y zaquizamíes, y el maderamiento es todo de masonería muy pintado de cosas de monstruos y otras figuras y labores. Todas estas torres son enterramiento de señores, y las capillas que en ellas tienen son dedicadas cada una a su ídolo, a que tienen devoción.
Hay tres salas dentro de esta gran mezquita, donde están los principales ídolos, de maravillosa grandeza y altura, y de muchas labores y figuras esculpidas, así en la cantería como en el maderamiento, y dentro de estas salas están otras capillas que las puertas por donde entran a ellas son muy pequeñas, y ellas asimismo no tienen claridad alguna, y allí no están sino aquellos religiosos, y no todos, y dentro e éstas están los bultos y figuras de los ídolos, aunque, como he dicho, de fuera hay también muchos. **Los más principales de estos ídolos, y en quien ellos más fe y creencia tenían, derroqué de sus sillas y los hice echar por las escaleras abajo e hice limpiar aquellas capillas donde los tenían, porque todas estaban llenas de sangre que sacrifican, y puse en ellas imágenes de Nuestra Señora y de otros santos que no poco el dicho Mutezuma y los naturales sintieron; los cuales**

15 Los templos organizaban una parte fundamental del trazado urbano; además, el templo mayor estaba ubicado en el centro del cuadrante de la ciudad. "Estos edificios juegan el papel del centro del universo, de *axis mundi ('eje del mundo' es un símbolo ubicuo presente en numerosas culturas. La idea expresa un punto de conexión entre el cielo y la tierra en el que convergen todos los rumbos de una brújula. En este punto, los viajes y las correspondencias son hechas entre reinos superiores e inferiores)* de la ciudad, y siempre estarán orientados hacia el poniente, hacia el rumbo donde se oculta el sol. También se asocian con sacrificios humanos." (Matos Moctezuma). Además de los espacios ceremoniales, en ellos se encontraban patios y otras dependencias, así como espacio anexos para los sacerdotes dedicados al culto de cada deidad.

primero me dijeron que no lo hiciese, porque si se sabía por las comunidades se levantaría contra mí, porque tenían que aquellos ídolos les daban todos los bienes temporales, y que dejándolos maltratar, se enojarían y no les darían nada, y les sacarían los frutos de la tierra y moriría la gente de hambre. Yo les hice entender con las lenguas cuán engañados estaban en tener su esperanza en aquellos ídolos, que eran hechos por sus manos, de cosas no limpias, y que habían de saber que había un solo Dios, universal Señor de todos, el cual había criado el cuelo y la tierra y todas las cosas, y que hizo a ellos y a nosotros, y que Este era sin principio e inmortal, y que a El había de adorar y creer y no a otra criatura ni cosa alguna, y les dije todo lo demás que yo en este caso supe, para los desviar de sus idolatrías y atraer al conocimiento de Dios Nuestro Señor; y todos, en especial el dicho Mutezuma, me respondieron que ya me habían dicho que ellos no eran naturales de esta tierra, y que había muchos tiempos que sus predecesores habían venido a ella, y que bien creían que podrían estar errados en algo de aquello que tenían, por haber tanto tiempo que salieron de su naturaleza, y que yo, como más nuevamente venido, sabría las cosas que debían tener y creer mejor que no ellos; que se las dijese e hiciese entender, que ellos harían lo que yo les dijese que era lo mejor. Y el dicho Mutezuma y muchos de los principales de la ciudad dicha, estuvieron conmigo hasta quitar los ídolos y limpiar las capillas y poner las imágenes, y todo con alegre semblante, y les defendí que no matasen criaturas a los ídolos, como acostumbraban, porque, demás de ser muy aborrecible a Dios, vuestra sacra majestad por sus leyes lo prohíbe, y manda que el que matare lo maten.16 Y de ahí adelante se apartaron de ello, y en todo el tiempo que yo estuve en la dicha ciudad, nunca se vio matar ni sacrificar criatura alguna.17

Los bultos y cuerpos de los ídolos en quien estas gentes creen son de muy mayores estaturas que el cuerpo de un hombre. Son hechos de masa de todas las semillas y legumbres que ellos comen, molidas y mezcladas unas con otras, y amásanlas con sangre de corazón de cuerpos humanos, los cuales abren por los pechos, vivos, y les sacan el corazón, y de aquella sangre que sale de él, amasan aquella harina, y así hacen tanta cantidad cuanta basta para hacer aquellas estatuas grandes. Y también, después de hechas, les ofrecían más corazones, que así mismo les sacrificaban, y les untaban las caras con la sangre. Y a cada cosa tienen su ídolo lo dedicado, al uso de los gentiles, que antiguamente honraban a sus dioses. Por manera que para pedir favor para la guerra tienen un ídolo, y para sus labranzas otro, y así para cada cosa de las que ellos quieren o desean que se hagan bien, tienen sus ídolos a quien honran y sirven.

[…]

Por lo que yo he visto y comprendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en otras muchas cosas que la equiparan a ella, me pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del mar Oceáno; y así, en nombre de vuestra majestad se le puso aqueste nombre. Humildemente suplico a vuestra alteza lo tenga por bien y mande que se nombre así.

Yo he escrito a vuestra majestad, aunque mal dicho, la verdad de todo lo sucedido en estas partes y aquello que de más necesidad hay de hacer saber a vuestra alteza; y por otra mía, que va con la presente, envío a suplicar a vuestra real excelencia mande enviar una persona de confianza que haga inquisición y pesquisa de todo e informe

---

16 Los sacrificios humanos en Mesoamérica (innegables y espectaculares entre los mexicas) han sido siempre el objeto de controversia, al tiempo que constituyeron la tríada (junto a la antropofagia y la sodomía) que justificaba la conquista al estigmatizar al indígena. En las últimas décadas se han llevado a cabo importantes estudios sobre el tema, que lograron entrecruzar el funcionamiento mítico-histórico y el uso político de los sacrificios, especialmente importantes en sociedades militarizadas como las del centro de México.

17 Este episodio se puede denominar como silencio cortesiano, donde deliberadamente el capitán oculta el malestar de los principales indígenas e incluso de Motecuhzoma ante el derrocamiento de sus ídolos. Además, dadas las implicancias mítico-religiosas de los sacrificios, resulta muy improbable que éstos cesaran de inmediato a partir de la recriminación de Cortés. Se trata en verdad de cosmovisiones enfrentadas, en un relato donde resulta evidente el límite de la percepción de la alteridad y la astuta reconversión que el narrador hace de los hechos, para construir una imagen propia de influencia y control sobre las poblaciones indígenas.

a vuestra sacra majestad de ello. También en ésta lo torno humildemente a suplicar, porque en tan señalada merced lo tendré como en dar entero crédito a lo que escribo.
Muy alto y muy excelentísimo príncipe, Dios Nuestro señor la vida y muy real persona y muy poderoso estado de vuestra sacra majestad conserve y aumente por muy largos tiempos, con acrecentamiento de muy mayores reinos y señoríos, como su real corazón desea. De la villa Segura de la Frontera de esta Nueva España, a 30 de octubre de mil quinientos veinte años. De vuestra sacra majestad muy humilde siervo y vasallo que los muy reales pies y manos de vuestra alteza besa. Fernán Cortés.
Después de ésta, en el mes de marzo primero que pasó vinieron nuevas de la dicha Nueva España, cómo los españoles habían tomado por fuerza la grande ciudad de Temixtitan, en la cual murieron más indios que en Jerusalén judíos en la destrucción que hizo Vespasiano; ya así mismo había en ellas más número de gente que en la dicha ciudad santa. Hallaron poco tesoro, a causa que los naturales lo habían echado y sumido en las lagunas. Sólo doscientos mil pesos de oro tomaron, y quedaron muy fortalecidos en la dicha ciudad los españoles, de los cuales hay al presente en ella mil quinientos peones y quinientos de caballo; y tienen más de cien mil indios de los naturales de la tierra en el campo en su favor. Son cosas grandes y extrañas, y es otro mundo sin duda, que de sólo verlo tenemos harta codicia los que a los confines de él estamos.
Estas nuevas son hasta principio de abril de mil quinientos veintidós años, las que acá tenemos dignas de fe.

B. Naufragios - Álvar Núñez Cabeza de Vaca

Núñez Cabeza de Vaca, Alvar. *Naufragios*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Corregidor, 2013. Edición, prólogo y notas de Vanina M. Teglia.

Varias expediciones europeas que se dirigieron al Nuevo Mundo concluyeron fatalmente con el naufragio de sus naves y la muerte o desaparición de sus integrantes. Por esto, en 1536, nadie pensó que todavía quedaban sobrevivientes de la armada que había zarpado en 1527 a conquistar y gobernar la Tierra Florida, región que hoy comprende toda América del Norte por encima del Golfo de México y del Río Grande. Sin embargo, nueve años después, Álvar Núñez Cabeza de Vaca y tres de sus compañeros regresaron a tierra de cristianos, desnudos, hablando lenguas extranjeras y realizando prácticas indígenas chamánicas. El relato de esta travesía, escrito a su regreso y con prodigiosa memoria de lo vivido, constituye uno de los más eminentes textos entre las Crónicas de Indias por su elaborada y sorprendente escritura y, del mismo modo, por su valor histórico, de interés también antropológico.
Esta edición de Naufragios despliega la sugerente complejidad del texto. Tanto el prólogo como las notas al pie y el Anexo ponen de relieve la riqueza de esta crónica en relación con los relatos de viaje, la ficción literaria, el cautiverio entre indígenas y el espacio americano no tocado aún por ojos europeos, o ya colonial en ciernes, del siglo XVI de las Indias Occidentales.

Proemio[18]

Sacra, cesárea y católica Majestad[19]

[18]En la retórica clásica el proemio corresponde a la primera parte de un texto que, por lo general, buscaba el aval del destinatario y exponía el plan de la obra y los motivos de su publicación.
[19] Álvar Núñez dedica este relato a Carlos I (1500-1558), rey de España de 1516 a 1556. En aquel entonces, el imperio español comprendía las comunidades de Castilla, Aragón, Navarra, islas Canarias, las Indias, Nápoles y Sicilia. Como nieto de los Reyes Católicos, Carlos fue educado para gobernar según los principios del catolicismo.

Entre cuantos príncipes sabemos haya habido en el mundo, ninguno pienso se podría hallar a quien con tan verdadera voluntad, con tan gran diligencia y deseo hayan procurado los hombres servir como vemos que a Vuestra Majestad hacen hoy. Bien claro se podrá aquí conocer y que esto no será sin gran causa y razón, ni son tan ciegos los hombres, que a ciegas y sin fundamento todos siguiesen este camino, pues vemos que no sólo los naturales a quien la fe y la subjeción obliga a hacer esto, mas aún los extraños trabajan por hacerle ventaja. Mas ya que el deseo y voluntad de servir y a todos en esto haga conformes, allende la ventaja que cada uno puede hacer, hay una muy gran diferencia no causada por culpa de ellos, sino solamente de la fortuna, o más cierto sin culpa de nadie, mas por sola voluntad y juicio de Dios; donde nace que uno salga con más señalados servicios que pensó, y a otro le suceda todo tan al revés, que no pueda mostrar de su propósito más testigo que a su diligencia, y aun ésta queda a las veces tan encubierta que no puede volver por sí. De mí puedo decir que en la jornada que por mandado de Vuestra Majestad hice de Tierra Firme, bien pensé que mis obras y servicios fueran tan claros y manifiestos como fueron los de mis antepasados y que no tuviera yo necesidad de hablar para ser contado entre los que con entera fe y gran cuidado administran y tratan los cargos de Vuestra Majestad, y les hace merced.

(…)

Mas como ni mi consejo ni diligencia aprovecharon para que aquello a que éramos idos fuese ganado conforme al servicio de Vuestra Majestad, y por nuestros pecados permitiese Dios que de cuantas armadas a aquellas tierras han ido ninguna se viese en tan grandes peligros ni tuviese tan miserable y desastrado fin, no me quedó lugar para hacer más servicio de éste, que es traer a Vuestra Majestad relación de lo que en diez años que por muchas y muy extrañas tierras que anduve perdido y en cueros, pudiese saber y ver, así en el sitio de las tierras y provincias de ellas, como en los mantenimientos y animales que en ella se crían, y las diversas costumbres de muchas y muy bárbaras naciones con quien conversé y viví, y todas las otras particularidades que pude alcanzar y conocer, que de ello en alguna manera Vuestra Majestad será servido: porque aunque la esperanza de salir de entre ellos tuve, siempre fue muy poca, el cuidado y diligencia siempre fue muy grande de tener particular memoria de todo, para que si en algún tiempo Dios nuestro Señor quisiese traerme a donde ahora estoy, pudiese dar testigo de mi voluntad, y servir a Vuestra Majestad. Lo cual yo escribí con tanta certinidad[20], que aunque en ella se lean algunas cosas muy nuevas y para algunos muy difíciles de creer, pueden sin duda creerlas: y creer por muy cierto, que antes soy en todo más corto que largo, y bastará para esto haberlo ofrecido a Vuestra Majestad por tal. A la cual suplico la reciba en nombre del servicio, pues éste solo es el que un hombre que salió desnudo pudo sacar consigo[21].

Capítulo III

Cómo llegamos a la Florida

En este mismo día salió el contador Alonso Enríquez y se puso en una isla que está en la misma bahía y llamó a los indios[22], los cuales vinieron y estuvieron con él buen pedazo de tiempo, y por vía de rescate[23] le dieron

---

20 Con la Modernidad y el Renacimiento, aparecen muy lentamente las obsesiones acerca de lo verdadero ("la certinidad"), el estilo del individuo y la jerarquización de lo visto y experimentado por el sujeto. El relato histórico del siglo XVI debía señalar y enfatizar la verdad de lo que narraba –como se observa en este proemio– para diferenciarse de los relatos fabulosos como los libros de Caballerías y los Libros de viajes maravillosos.

21 La *captatio benevolentiae* era el recurso típico para que el orador declarara su propia impericia en el tema y, de este modo, inclinaba la simpatía natural del auditorio. Cabeza de Vaca no se declara incapaz para escribir como prescribía el tópico, pero se confiesa modestamente "desnudo", solo con su palabra y su relación.

22 Se cree que los indios habitantes de la Florida al sur de Tampa, en aquellos años, eran los calusas o calusan, hábiles para la caza y la pesca.

23 El rescate o trueque era la forma de comercio que solían entablar los viajeros con los pueblos desconocidos por ellos. En la mayoría de las crónicas de Indias, el rescate era considerado una práctica primitiva, propia de las culturas arcaicas

pescado y algunos pedazos de carne de venado. Otro día siguiente, que era Viernes Santo, el gobernador se desembarcó con la más gente que en los bateles que traía pudo sacar, y como llegamos a los buhíos o casas que habíamos visto de los indios, hallámoslas desamparadas y solas, porque la gente se había ido aquella noche en sus canoas. El uno de aquellos buhíos era muy grande, que cabrían en él más de trescientas personas; los otros eran más pequeños, y hallamos allí una sonaja de oro entre las redes. Otro día el gobernador levantó pendones por Vuestra Majestad y tomó la posesión de la tierra en su real nombre, presentó sus provisiones y fue obedecido por gobernador, como Vuestra Majestad lo mandaba. Asimismo presentamos nosotros las nuestras ante él, y él las obedeció como en ellas se contenía. Luego mandó que toda la otra gente desembarcase y los caballos que habían quedado, que no eran más de cuarenta y dos, porque los demás, con las grandes tormentas y mucho tiempo que habían andado por la mar, eran muertos; y estos pocos que quedaron estaban tan flacos y fatigados, que por el presente poco provecho pudimos tener de ellos. Otro día los indios de aquel pueblo vinieron a nosotros, y aunque nos hablaron, como nosotros no teníamos lengua24, no los entendíamos; mas hacíannos muchas señas y amenazas, y nos pareció que nos decían que nos fuésemos de la tierra, y con esto nos dejaron, sin que nos hiciesen ningún impedimento, y ellos se fueron.

Capítulo IV

Cómo entramos por la tierra

Otro día adelante el gobernador acordó de entrar por la tierra, por descubrirla25 y ver lo que en ella había. Fuímonos con él el comisario y el veedor y yo, con cuarenta hombres, y entre ellos seis de caballo, de los cuales poco nos podíamos aprovechar. Llevamos la vía del norte hasta que a hora de vísperas llegamos a una bahía muy grande, que nos pareció que entraba mucho por la tierra; quedamos allí aquella noche, y otro día nos volvimos donde los navíos y gente estaban. El gobernador mandó que el bergantín fuese costeando la vía de la Florida, y buscase el puerto que Miruelo el piloto había dicho que sabía; mas ya él lo había errado, y no sabía en qué parte estábamos, ni adónde era el puerto; y fuele mandado al bergantín que si no lo hallase, travesase a La Habana, y buscase el navío que Álvaro de la Cerda tenía, y tomados algunos bastimentos, nos viniesen a buscar. Partido el bergantín, tornamos a entrar en la tierra los mismos que primero, con alguna gente más, y costeamos la bahía que habíamos hallado; y andadas cuatro leguas, tomamos cuatro indios, y mostrámosles maíz para ver si le conocían, porque hasta entonces no habíamos visto señal de él. Ellos nos dijeron que nos llevarían donde lo había; y así, nos llevaron a su pueblo, que es al cabo de la bahía, cerca de allí, y en él nos mostraron un poco de maíz, que aún no estaba para cogerse. Allí hallamos muchas cajas de mercaderes de Castilla, y en cada una de ellas estaba un cuerpo de hombre muerto, y los cuerpos cubiertos con unos cueros de venado pintados. Al comisario le pareció que esto

---

con las cuales condescendían los comerciantes y exploradores occidentales. En el proceso de conquista americana, los rescates fueron estimados como forma pacífica de encuentro entre las culturas y de intercambio de bienes para la subsitencia, por esto fueron instituidos por la Corona española mediante regulaciones e instrucciones dadas por la Corona española mediante regulaciones e instrucciones a los capitanes y adelantados.

24 Lengua: se toma por intérprete o traductor. Generalmente, en las expediciones de conquista americana, solían ser indios nativos tomados a la fuerza que aprendían castellano y que luego eran utilizados para la comunicación con otros hablantes de la misma comunidad lingüística nativa.

25 El término “descubrir” tenía más de una acepción en la época, entre ellas, contaba con el significado de “ejercer dominio y soberanía sobre una tierra no perteneciente al reino”.

era especie de idolatría, y quemó la caja con los cuerpos. Hallamos también pedazos de lienzo y de paño, penachos que parecían de la Nueva España; hallamos también muestras de oro. Por señas preguntamos a los indios de adónde habían habido aquellas cosas; señaláronnos que muy lejos de allí había una provincia que se decía Apalache, en la cual había mucho oro, y hacían seña de haber muy gran cantidad de todo lo que nosotros estimamos en algo. Decían que en Apalache había mucho, y tomando aquellos indios por guía, partimos de allí; y andadas diez o doce leguas, hallamos otro pueblo de quince casas, donde había buen pedazo de maíz sembrado, que ya estaba para cogerse, y también hallamos alguno que estaba ya seco; y después de dos días que allí estuvimos, nos volvimos donde el contador y la gente y navíos estaban, y contamos al contador y pilotos lo que habíamos visto, y las nuevas que los indios nos habían dado.

Capítulo VII

De la manera que es la tierra

La tierra, por la mayor parte, desde donde desembarcamos hasta este pueblo y tierra de Apalache, es llana; el suelo, de arena y tierra firme; por toda ella hay muy grandes árboles y montes claros, donde hay nogales y laureles, y otros que se llaman liquidámbares, cedros, sabinas y encinas y pinos y robles, palmitos bajos, de la manera de los de Castilla. Por toda ella hay muchas lagunas grandes y pequeñas, algunas muy trabajosas de pasar, parte por la mucha hondura, parte por tantos árboles como por ellas están caídos. El suelo de ellas es de arena, y las que en la comarca de Apalache hallamos son muy mayores que las de hasta allí. Hay en esta provincia muchos maizales, y las casas están tan esparcidas por el campo, de la manera que están las de los Gelves. Los animales que en ellas vimos son: venados de tres maneras, conejos y liebres, osos y leones, y otras salvajinas, entre los cuales vimos un animal que trae los hijos en una bolsa que en la barriga tiene; y todo el tiempo que son pequeños los trae allí, hasta que saben buscar de comer; y si acaso están fuera buscando de comer, y acude gente, la madre no huye hasta que los ha recogido en su bolsa. Por allí la tierra en muy fría; tiene muy buenos pastos para ganados; hay aves de muchas maneras, ánsares en gran cantidad, patos, ánades, patos reales, dorales y garzotas y garzas, perdices; vimos muchos halcones, neblíes, gavilanes, esmerejones y otras muchas aves. Dos horas después que llegamos a Apalache, los indios que allí habían huido vinieron a nosotros de paz, pidiéndonos a sus mujeres e hijos, y nosotros se los dimos, salvo que el gobernador detuvo un cacique de ellos consigo, que fue causa por donde ellos fueron escandalizados; y luego otro día volvieron en pie de guerra, y con tanto denuedo y presteza nos acometieron, que llegaron a nos poner fuego a las casas en que estábamos; mas como salimos, huyeron, y acogiéronse a las lagunas, que tenían muy cerca; y por esto, y por los grandes maizales que había, no les pudimos hacer daño, salvo a uno que matamos. Otro día siguiente, otros indios de otro pueblo que estaba de la otra parte vinieron a nosotros y acometiéronnos de la misma arte que los primeros y de la misma manera se escaparon, y también murió uno de ellos. Estuvimos en este pueblo veinte y cinco días, en que hicimos tres entradas por la tierra y hallámosla muy pobre de gente y muy mala de andar, por los malos pasos y montes y lagunas que tenía. Preguntamos al cacique que les habíamos detenido, y a los otros indios que traíamos con nosotros, que eran vecinos y enemigos de ellos, por la manera y población de la tierra, y la calidad de la gente, y por los bastimentos y todas las otras cosas de ella. Respondiéronnos cada uno por sí, que el mayor pueblo de toda aquella tierra era aquel Apalache, y que adelante había menos gente y muy más pobre que ellos, y que la tierra era mal poblada y los moradores de ella muy repartidos; y que yendo adelante, había grandes lagunas y espesura de montes y grandes desiertos y despoblados. Pregutámosles luego por la tierra que estaba hacia el sur, qué pueblos y mantenimientos tenía. Dijeron que por aquella vía, yendo a la mar nueve jornadas, había un pueblo que llamaban Aute, y los indios de él tenían mucho maíz, y que tenían frísoles y calabazas, y que por estar tan cerca de la mar alcanzaban pescados, y que éstos eran amigos suyos. Nosotros, vista la pobreza de la tierra, y las malas nuevas que de la población y de todo lo demás nos daban, y como los indios nos hacían continua guerra hiriéndonos la gente y los caballos en los lugares donde íbamos a tomar agua, y esto desde las lagunas, y tan a salvo, que no los podíamos ofender, porque metidos en ellas nos flechaban, y mataron un señor de Tezcuco que se llamaba don Pedro, que el comisario llevaba consigo,

acordamos de partir de allí, e ir a buscar la mar y aquel pueblo de Aute que nos habían dicho; y así nos partimos al cabo de veinte y cinco días que allí habíamos llegado. El primero día pasamos aquellas lagunas y pasos sin ver indio ninguno, mas al segundo día llegamos a una laguna de muy mal paso, porque daba el agua a los pechos y había en ella muchos árboles caídos. Ya que estábamos en medio de ella nos acometieron muchos indios que estaban escondidos detrás de los árboles porque no les viésemos; otros estaban sobre los caídos, y comenzáronnos a flechar de manera que nos hirieron muchos hombres y caballos, y nos tomaron la guía que llevábamos, antes que de la laguna saliésemos, y después de salidos de ella, nos tornaron a seguir, queriéndonos estorbar el paso; de manera que no nos aprovechaba salirnos afuera ni hacernos más fuertes y querer pelear con ellos, que se metían luego en la laguna, y desde allí nos herían la gente y caballos. Visto esto, el gobernador mandó a los de caballo que se apeasen y les acometiesen a pie. El contador se apeó con ellos, y así los acometieron, y todos entraron a vueltas en una laguna, y así les ganamos el paso. En esta revuelta hubo algunos de los nuestros heridos, que no les valieron buenas armas que llevaban; y hubo hombres este día que juraron que habían visto dos robles, cada uno de ellos tan grueso como la pierna por bajo, pasados de parte a parte de las flechas de los indios; y esto no es tanto de maravillar, vista la fuerza y maña con que las echan; porque yo mismo vi una flecha en un pie de un álamo, que entraba por él un jeme. Cuantos indios vimos desde la Florida aquí todos son flecheros; y como son tan crecidos de cuerpo y andan desnudos, desde lejos parecen gigantes. Es gente a maravilla bien dispuesta, muy enjutos y de muy grandes fuerzas y ligereza. Los arcos que usan son gruesos como el brazo, de once o doce palmos de largo, que flechan a doscientos pasos con tan gran tiento, que ninguna cosa yerran. Pasados que fuimos de este paso, de ahí a una legua llegamos a otro de la misma manera, salvo que por ser tan largo, que duraba media legua, era muy peor; éste pasamos libremente y sin estorbo de indios; que como habían gastado en el primero toda la munición que de flechas tenían, no quedó con qué osarnos acometer. Otro día siguiente, pasando otro semejante paso, yo hallé rastro de gente que iba delante, y di aviso de ello al gobernador, que venía en la retaguardia; y así, aunque los indios salieron a nosotros, como íbamos apercibidos, no nos pudieron ofender; y salidos a lo llano, fuéronnos todavía siguiendo; volvimos a ellos por dos partes, y matámosles dos indios, y hiriéronme a mí y dos o tres cristianos; y por acogérsenos al monte no les pudimos hacer más mal ni daño. De esta suerte caminamos ocho días, y desde este paso que he contado, no salieron más indios a nosotros hasta una legua adelante, que es lugar donde he dicho que íbamos. Allí, yendo nosotros por nuestro camino, salieron indios, y sin ser sentidos, dieron en la retaguardia, y a los gritos que dio un muchacho de un hidalgo de los que allí iban, que se llamaba Avellaneda, el Avellaneda volvió, y fue a socorrerlos, y los indios le acertaron con una flecha por el canto de las corazas, y fue tal la herida, que pasó casi toda la flecha por el pescuezo, y luego allí murió y lo llevamos hasta Aute. En nueve días de camino, desde Apalache hasta allí, llegamos. Y cuando fuimos llegados, hallamos toda la gente de él, ida, y las casas quemadas, y mucho maíz y calabazas y frísoles, que ya todo estaba para empezarse a coger. Descansamos allí dos días, y estos pasados, el gobernador me rogó que fuese a descubrir la mar, pues los indios decían que estaba tan cerca de allí; ya en este camino la habíamos descubierto por un río muy grande que en él hallamos, a quien habíamos puesto por nombre el río de la Magdalena. Visto esto, otro día siguiente yo me partí a descubrirla, juntamente con el comisario y el capitán Castillo y Andrés Dorantes y otros siete de caballo y cincuenta peones, y caminamos hasta hora de vísperas, que llegamos a un ancón o entrada de la mar, donde hallamos muchos ostiones, con que la gente holgó; y dimos muchas gracias a Dios por habernos traído allí. Otro día de mañana envié veinte hombres a que conociesen la costa y mirasen la disposición de ella, los cuales volvieron al otro día en la noche, diciendo que aquellos ancones y bahías eran muy grandes y entraban tanto por la tierra adentro, que estorbaban mucho para descubrir lo que queríamos, y que la costa estaba muy lejos de allí. Sabidas estas nuevas y vista la mala disposición y aparejo que para descubrir la costa por allí había, yo me volví al gobernador, y cuando llegamos, hallámosle enfermo con otros muchos, y la noche pasada los indios habían dado en ellos y puéstolos en grandísimo trabajo, por la razón de la enfermedad que les había sobrevenido; también les habían muerto un caballo. Yo di cuenta de lo que había hecho y de la mala disposición de la tierra. Aquel día nos detuvimos allí.

C. Inca Garcilaso de la Vega

Biografía

(Garcilaso de la Vega, llamado El Inca; Cuzco, actual Perú, 1539 - Córdoba, España, 1616) Escritor e historiador peruano. Era hijo del conquistador español Sebastián Garcilaso de la Vega y de la princesa incaica Isabel Chimpo Ocllo. Gracias a la privilegiada posición de su padre, que perteneció a la facción de Francisco Pizarro hasta que se pasó al bando del virrey La Gasca, el Inca Garcilaso de la Vega recibió en Cuzco una esmerada educación al lado de los hijos de Francisco y Gonzalo Pizarro, mestizos e ilegítimos como él.

A los veintiún años se trasladó a España, donde siguió la carrera militar. Con el grado de capitán, participó en la represión de los moriscos de Granada, y más tarde combatió también en Italia, donde conoció al filósofo neoplatónico León Hebreo. En 1590, muy probablemente dolido por la poca consideración en que se le tenía en el ejército por su condición de mestizo, dejó las armas y entró en religión. Frecuentó los círculos humanísticos de Sevilla, Montilla y Córdoba y se volcó en el estudio de la historia y en la lectura de los poetas clásicos y renacentistas. Fruto de esas lecturas fue la traducción del italiano que el Inca Garcilaso hizo de los Diálogos de amor, de León Hebreo, que dio a conocer en Madrid el mismo año de su retiro.

Garcilaso de la Vega el Inca

Siguiendo las corrientes humanistas en boga, Garcilaso el Inca inició un ambicioso y original proyecto historiográfico centrado en el pasado americano, y en especial en el del Perú. Considerado como el padre de las letras del continente, en 1605 dio a conocer en Lisboa su Historia de la Florida y jornada que a ella hizo el gobernador Hernando de Soto, título que quedó sintetizado en La Florida del Inca. La obra contiene la crónica de la expedición de aquel conquistador, de acuerdo con los relatos que recogió él mismo durante años, y defiende la legitimidad de imponer en aquellos territorios la soberanía española para someterlos a la jurisdicción cristiana.

Por el heroísmo allí desplegado y las penalidades sufridas, la historia tenía harto aliciente para tentar a un escritor. Sorprende, no obstante, que Garcilaso lo eligiese, él que desconocía en absoluto aquel territorio y poseía en cambio tan directa información de su país natal, como mostraría después. El mismo Garcilaso se adelantó a explicarlo: la empresa de Soto le fue referida tan repetidamente por uno de sus participantes, que decidió exponerla por escrito, para lo que usó, además, de datos aportados por otros dos testigos. Lo hizo con bastante extensión (un libro por cada año) y mostró, sobre todo, sus dotes literarias acertando a reflejar la trágica belleza de aquel heroico intento.

El título más célebre de Garcilaso el Inca, sin embargo, fueron los Comentarios reales. La primera parte de esta obra se publicó en la ciudad de Lisboa en 1609 y la segunda, que llevó el título puesto por los editores de Historia general del Perú, fue editada póstumamente en Córdoba (1617). Los Comentarios del Inca son una mezcla de autobiografía, reivindicación de su glorioso linaje e intento de dar una visión histórica del imperio incaico y su conquista por parte de los españoles. Esta conjunción de argumentos de diverso interés ha originado una larga polémica acerca de la verosimilitud histórica de los datos aportados por el Inca Garcilaso en sus escritos. En cambio, desde el punto de vista meramente literario, su prosa está considerada como una de las más elevadas manifestaciones de la lengua castellana y como una referencia inexcusable en la formación de una tradición literaria latinoamericana. La primera parte de los Comentarios Reales (1609) aborda la historia y la cultura del Imperio Incaico, enalteciendo que el Cuzco fue "otra Roma", rebatiendo a quienes trataban de "bárbaros" a los indígenas peruanos. Su visión providencialista distingue un tiempo salvaje, anterior a la misión civilizadora de los incas; con éstos, en cambio, se instaló una etapa de alta civilización, a la cual los españoles debían perfeccionar con la evangelización, igual que Roma fue cristianizada en el Viejo Mundo. La segunda parte (la Historia General del Perú) enfoca la conquista, vista como gesta épica; el problema es que la conquista debió culminar en la

cristianización del Perú, pero "la labor del demonio" azuzó los pecados capitales de los españoles, conduciéndolos a las guerras civiles, a la destrucción de sabias instituciones incaicas y a la política toledana adversa a indios y mestizos.

Artísticamente, el Inca Garcilaso de la Vega combinó hábilmente recursos de la epopeya, la utopía (género platónico de gran cultivo entre humanistas) y la tragedia. Epopeya y utopía se ligan y refuerzan hasta la mitad de La Florida y los Comentarios, anunciándose entonces la tragedia que termina precipitándose conforme se acerca el final de ambas crónicas. A pesar de esos finales desastrados, Garcilaso mira esperanzado el futuro, como claramente se manifiesta en la dedicatoria de la segunda parte de los Comentarios. Escritos a partir de sus propios recuerdos de infancia y juventud, de contactos epistolares y visitas a personajes destacados del virreinato del Perú, los Comentarios constituyen, pese a los problemas de sus fuentes orales y escritas y a las incongruencias de muchas fechas, uno de los intentos más logrados, tanto conceptual como estilísticamente, de salvaguardar la memoria de las tradiciones de la civilización andina. Por esta razón es considerada su obra maestra y se la ha reconocido como el punto de partida de la literatura hispanoamericana.

Comentarios reales

Inca Garcilaso de la Vega

Fuente: http://shemer.mslib.huji.ac.il/lib/W/ebooks/001531300.pdf

Primera Parte

PROEMIO AL LECTOR

Aunque ha habido españoles curiosos que han escrito las repúblicas del Nuevo Mundo, como la de México y la del Perú, y la de otros reinos de aquella gentilidad, no ha sido con la relación entera que de ellos se pudiera dar, que lo he notado particularmente en las cosas que del Perú he visto escritas, de las cuales, como natural de la ciudad del Cozco, que fue otra Roma en aquel imperio, tengo más larga y clara noticia que la que hasta ahora los escritores han dado. Verdad es que tocan muchas cosas de las muy grandes que aquella república tuvo: pero escríbenlas tan cortamente, que aun las muy notorias para mí (de la manera que las dicen) las entiendo mal. Por lo cual, forzado del amor natural de patria, me ofrecí al trabajo de escribir estos Comentarios, donde clara y distintivamente se verán las cosas que en aquella república había antes de los españoles, así en los ritos de su vana religión, como en el gobierno que en paz y en guerra sus reyes tuvieron, y todo lo demás que de aquellos indios se puede decir, desde lo más ínfimo del ejercicio de los vasallos, hasta lo más alto de la corona real. Escribimos solamente del imperio de los Incas, sin entrar en otras monarquías, porque no tengo la noticia de ellas que de ésta. En el discurso de la historia protestamos la verdad de ella, y que no diremos cosa grande, que no sea autorizándola con los mismos historiadores españoles que la tocaron en parte o en todo: que mi intención no es contradecirles, sino servirles de comento y glosa, y de intérprete en muchos vocablos indios que como extranjeros en aquella lengua interpretaron fuera de la propiedad de ella, según que largamente se verá en el discurso de la Historia, la cual ofrezco a la piedad del que la leyere, no con pretensión de otro interés más que de servir a la república cristiana, para que se den gracias a Nuestro Señor Jesucristo y a la Virgen María su Madre, por cuyos méritos e intercesión se dignó la Eterna Majestad de sacar del abismo de la idolatría tantas y tan grandes naciones, y reducirlas al gremio de su Iglesia católica romana, Madre y Señora nuestra. Espero que se recibirá con la misma intención que yo le ofrezco, porque es la correspondencia que mi voluntad merece, aunque la obra no la merezca. Otros dos libros se quedan

escribiendo de los sucesos que entre los españoles en aquella tierra pasaron, hasta el año de 1560 que yo salí de ella: deseamos verlos ya acabados, para hacer de ellos la misma ofrenda que de éstos. Nuestro Señor, etc.

ADVERTENCIAS ACERCA DE LA LENGUA GENERAL DE LOS INDIOS DEL PERÚ

Para que se entienda mejor lo que, (con) el favor divino, hubiéramos de escribir en esta Historia (porque en ella hemos de decir muchos nombres de la lengua general de los indios del Perú) será bien dar algunas advertencias acerca de ella. La primera sea que tiene tres maneras diversas para pronunciar algunas sílabas, muy diferentes de como la pronunciaba la lengua española, en las cuales pronunciaciones consisten las diferentes significaciones de un mismo vocablo: que unas sílabas se pronuncias en los labios, otras en el paladar, otras en el interior de la garganta, como adelante daremos los ejemplos donde se ofrecieren. Para acentuar las dicciones, se advierte que tienen sus acentos casi siempre en la sílaba penúltima, y pocas veces en la antepenúltima, y nunca jamás en la última, esto es, contradiciendo a los que dicen que las dicciones bárbaras se han de acentuar en la última, lo que dicen por no saber el lenguaje. También es de advertir que en aquella lengua general de Cozco (de quien es mi intención hablar, y no de las particularidades de cada provincia, que son innumerables) falta las letras siguientes: b, d, f, g, j, l sencilla, que no la hay, sino ll duplicada; y al contrario no hay pronunciación de rr duplicada en principio de parte, ni en medio de la dicción, sino que siempre se ha de pronunciar sencilla. Tampoco hay x; de manera que del todo faltan seis letras del a, b, c, español o castellano; y podremos decir que faltan ocho con la l sencilla y con la rr duplicada: los españoles añaden estas letras en perjuicio y corrupción del lenguaje, y como los indios no las tienen, comúnmente pronuncian mal las dicciones españolas que las tienen. Para atajar esta corrupción me sea lícito, pues soy indio, que en esta Historia yo escriba como indio, con las mismas letras que aquellas tales dicciones se deben escribir; y no se les haga de mal a los que las leyeron ver la novedad presente en contra del mal uso introducido, que antes debe dar gusto leer aquellos nombres en su propiedad y pureza, y porque me conviene alegrar muchas cosas de las que dicen los historiadores españoles para comprobar las que yo fuere diciendo, y porque las he de sacar a la letra con su corrupción como ellos las escriben: quiero advertir que no parezca que me contradigo escribiendo las letras (que he dicho) que no tiene aquel lenguaje, que no lo hago sino por sacar fielmente lo que el español escribe. También se debe advertir que no hay número plural en este general lenguaje; aunque hay partículas que significan pluralidad. Sírvense del singular en ambos números. Si algún nombre indio pusiere yo en plural, será por la corrupción española, o por el buen adjetivar de las dicciones, que sonarían mal si escribiésemos las dicciones indias en singular, y los adjetivos o relativos castellanos en plural. Otras muchas cosas tiene aquella lengua, diferentísimas de la castellana, italiana y latina, las cuales notarán los mestizos y criollos curiosos, pues son las de su lenguaje, que yo harto hago en enseñarles con el dedo desde España los principios de su lengua, para que la sustenten en su pureza, que cierto es lástima que se pierda o se corrompa, siendo una lengua tan galana, en la cual han trabajado mucho los padres de la Santa Compañía de Jesús (como las demás religiones) para saberla bien hablar, y con su buen ejemplo (que es lo que más importa) han aprovechado mucho en la doctrina de los indios. También se advierte que este nombre vecino se entendía en el Perú por los españoles que tenían repartimiento de indios; y en este sentido lo pondremos siempre que se ofrezca. Asimismo es de advertir que en mis tiempos, que fueron hasta el año de mil quinientos y sesenta, ni veinte años después, no hubo en mi tierra moneda labrada: en lugar de ella se entendían los españoles en el comprar y vender pesando la plata y el oro por marcos y onzas: y como en España dicen ducados, decían en el Perú pesos o castellanos: cada peso de plata o de oro, reducido a buena ley, valía cuatrocientos cincuenta maravedís. De manera que reducidos los pesos a ducados de Castilla, cada cinco pesos son seis ducados. Decimos esto, para que no cause confusión al contar en la Historia por pesos y ducados. De la cantidad del peso de la plata al peso del oro, había mucha diferencia, como en España la hay; más el valor todo era uno. Al trocar el oro por plata, daban su interés de tanto por ciento. También allí había interés al trocar de la plata ensayada por la plata que llaman corriente, que era la por ensayar.
Este nombre de galpón no es el de la lengua general del Perú, debe de ser de las islas de Barlovento: los españoles lo han introducido en su lenguaje con otros muchos que se notarán en la Historia. Quiere decir sala grande. Los

reyes Incas las tuvieron tan grandes, que servían de plaza para hacer sus fiestas en ella, cuando el tiempo era lluvioso y no daba lugar a que se hiciesen en las plazas; y baste esto de advertencias.

I. SI HAY MUCHOS MUNDOS. TRATA DE LAS CINCO ZONAS

Habiendo de tratar del Nuevo Mundo, o de la mejor y más principal parte suya, que son los reinos y provincias del imperio llamado Perú, de cuyas antiguallas y origen de su reyes pretendemos escribir, parece que fuera justo, conforme a la común costumbre de los escritores, tratar aquí al principio si el mundo es uno solo, o si hay muchos mundos, si es llano o redondo, y si también lo es el cielo redondo o llano. Si es habitable toda la tierra o no, más de las Zonas templadas: si hay paso de la una templada a la otra; si hay antípodas y cuáles son; de las cuales y otras cosas semejantes los antiguos filósofos muy larga y curiosamente trataron, y los modernos no dejan de platicar y escribir, siguiendo cada cual la opinión que más le agrada. Mas porque no es aqueste mi principal intento, ni las fuerzas de un indio pueden presumir tanto; y también porque la experiencia, después que se descubrió lo que llaman Nuevo Mundo, nos ha desengañado de la mayor parte de estas dudas, pasaremos brevemente por ellas por ir a otra parte, a cuyos términos finales temo no llegar; mas, confiado en la infinita misericordia, digo que a lo mejor se podrá afirmar que no hay más que un mundo, y aunque llamamos Mundo Viejo y Mundo Nuevo es por haberse descubierto éste nuevamente para nosotros, y no porque sean dos, sino todo uno. Y a los que todavía imaginaren que hay muchos mundos, no hay para qué responderles, sino que se estén en sus heréticas imaginaciones hasta que el infierno les desengañe dellas. Y a los que dudan, si hay alguno que lo dude, si es llano o redondo, se podrá satisfacer con el testimonio de los que han dado vuelta a todo él, o a la mayor parte, como los de la Nao Victoria, y otros que después acá le han rodeado. Y a lo del cielo, si también es llano o redondo, se podrá responder con las palabras del real profeta: *Extendens coelum sicut pellem*, en las cuales no quiso mostrar la forma y hechura de la obra, dando la una por ejemplo de la otra, diciendo: que extendiese el cielo así como la piel, esto es, cubriendo con el cielo este gran cuerpo de los cuatro elementos en redondo, así como cubriste con la piel en redondo el cuerpo del animal: no solamente lo principal dél; mas que afirman que de las cinco partes del mundo que llaman Zona no son habitables más de las dos templadas, y que la del medio, por su excesivo calor, y las dos de los cabos, por el demasiado frío son inhabitables, y que de la una Zona habitable no se puede pasar a la otra habitable, por el calor demasiado que hay en medio, puedo afirmar, demás de lo que todos saben, que yo nací en la Tórrida Zona, que es en el Cozco, y me crié en ella hasta los veinte años, y he estado en la otra Zona Templada, de la otra parte del Trópico de Capricornio, a la parte del Sur, en los últimos términos de los Charcas, que son los Chichas; y para venir a estotra templada de la parte del Norte, donde escribo esto, pasé por la Tórrida Zona y la atravesé toda, y estuve tres días naturales debajo de la línea equinoccial, donde dicen que pasa perpendicularmente, que es en el cabo de Pasau; por todo lo cual digo que es habitable la Tórrida también como las templadas. De las Zonas frías quisiera poder decir, por vista de ojos, como de las otras tres: remítome a los que saben dellas más que yo. A lo que dicen que por su mucha frialdad son inhabitables, osaré decir con los que tienen lo contrario que también son habitables como las demás; porque en buena consideración no es de imaginar, cuanto más de creer, que partes tan grandes del mundo las hiciese Dios inútiles, habiéndolo criado todo para que lo habitasen los hombres; y que se engañan los antiguos en lo que dicen de las Zonas frías, también como se engañaron en lo que dijeron de la Tórrida, que era inhabitable por su mucho calor. Antes se debe creer que el Señor, como padre sabio y poderoso, y la naturaleza como madre universal y piadosa, hubiesen remediado los inconvenientes de la frialdad con templanza de calor, como remediaron el demasiado calor de la Tórrida Zona con tantas nieves, fuentes, ríos y lagos como en el Perú se hallan, que la hacen templada de tanta variedad de temples; unas que declinan a calor, y a más calor, hasta llegar a regiones tan bajas, y por ende tan calientes, que por su mucho son casi inhabitables, como dijeron los antiguos della. Otras regiones que declinan a frío, y más frío, hasta subir a partes tan altas, que también llegan a ser inhabitables, por la mucha frialdad de la nieve perpetua que sobre sí tienen, en contra de lo que de esta Tórrida Zona los filósofos dijeron, que no imaginaron jamás que en ella pudiese haber nieve, habiéndola perpetua debajo de la misma línea equinoccial, sin menguar jamás, ni mucho, ni poco, a lo menos en la Cordillera grande, si no es en las faldas o puertos della. Y es de saber que en la Tórrida Zona, en lo que della alcanza el Perú, no consiste el calor

ni el frío en distancia de regiones, ni en estar más lejos ni más cerca de la equinoccial, sino en estar más alto o más bajo en una misma región, y en muy poca distancia de tierra, como adelante se dirá más largo. Digo, pues, que a esta semejanza se puede creer que también las zonas frías están templadas y están habitables, como lo dicen muchos graves autores, aunque no por vista vista y experiencia, pero basta haberlo dado a entender asimismo Dios cuando crió al hombre y le dijo: "Creced y multiplicad, y henchid la tierra y sojuzgadla": por donde se ve que es habitable, porque si no lo fuera, ni se podría sojuzgar, ni llenar de habitaciones. Yo espero en su omnipotencia que a su tiempo descubrirá estos secretos (como descubrió el Nuevo Mundo) para mayor confusión y afrenta de los atrevidos que con sus filosofías naturales y entendimientos humanos quieren tasar la potencia y sabiduría de Dios, que no pueda hacer sus obras más de como ellos las imaginan, habiendo tanta disparidad de un saber al otro cuanta hay de los finito a lo infinito, etc.

VIII LA DESCRIPCIÓN DEL TEMPLO DEL SOL Y SUS GRANDES RIQUEZAS

Uno de los principales ídolos que los reyes Incas y sus vasallos tuvieron fue la imperial ciudad del Cozco, que la adoraban los indios como a cosa sagrada, por haberla fundado el primer Inca Manco Cápac, y por las innumerables victorias que ella tuvo en las conquistas que hizo, y porque era casa y corte de los Incas sus dioses. De tal manera era su adoración, que aun en cosas muy menudas la demostraban; que si dos indios de igual condición se topaban en los caminos, el uno que fuese del Cozco y el otro que viniese a él, el que iba era respetado y acatado del que venía, como superior del inferior, sólo por haber estado e ir de la ciudad, cuanto más si era vecino della, y mucho más si era natural. Lo mismo era en las semillas y legumbres, o cualquiera otra cosa que llevasen del Cozco a otras partes; que aunque en la calidad no se aventajase, sólo por ser de aquella ciudad era más estimada que las de otras regiones y provincias. De aquí se sacará lo que habría en cosas mayores. Por tenerla en esta veneración la ennoblecieron aquellos reyes lo más que pudieron con edificios suntuosos y casas reales, que muchos dellos hicieron para sí, como en la descripción della diremos que algunas de las casas; entre las cuales, y en la que más se esmeraron, fue la Casa y Templo del Sol, que la adornaron de increíbles las grandezas de aquella casa, que no me atreviera yo a escribirlas si no las hubieran escrito todos los españoles historiadores del Perú; ni lo que ellos dicen, ni lo que yo diré, alcanza a significar las que fueron. Atribuyen el edificio de aquel templo al rey Inca Yupanqui, abuelo de Huayna Cápac, no porque él lo fundase, que desde el primer Inca quedó fundado, sino porque lo acabó de ordenar y poner en la riqueza y majestad que los españoles lo hallaron.

Viniendo, pues, a la traza del templo, es de saber que el aposento del Sol era lo que agora es la iglesia del divino Santo Domingo, que por no tener la precisa anchura y largura suya, no la pongo aquí; la piedra, en cuanto su tamaño, vive hoy. Es labrada de cantería llana, muy prima y pulida.

El altar mayor (digámoslo así para darnos a entender, aunque aquellos indios no supiesen hacer altar) estaba al Oriente. La techumbre era de madera muy alta, porque tuviese mucha corriente; la cubija fue de paja, porque no alcanzaron a hacer teja. Todas las cuatro paredes del templo estaban cubiertas de arriba abajo de planchas y tablones de oro. En el testero, que llamamos altar mayor, tenían puesta la figura del Sol, hecha de una plancha de oro, al doble más gruesa que las otras planchas que cubrían las paredes. La figura estaba hecha con su rostro en redondo, y con sus rayos y llamas de fuego, todo de una pieza, ni más ni menos que la pintan los pintores. Era tan grande, que tomaba todo el testero del templo de pared a pared. No tuvieron los Incas otros ídolos suyos ni ajenos con la imagen del Sol en aquel templo ni otro alguno, porque no adoraban otros sino al Sol, aunque no falta quien diga lo contrario.

Esta figura del Sol cupo en suerte, cuando los españoles entraron en aquella ciudad, a un hombre noble, conquistador de los primeros, llamado Mancio Sierra de Leguizamón, que yo conocí y dejé vivo cuando me vine a España, gran jugador de todos los juegos, que con ser tan grande la imagen la jugó y perdió en una noche. De donde podremos decir, siguiendo al padre M. Acosta, que nació el refrán que dice: "Juega el sol antes que amanezca". Después el tiempo adelante, viendo el cabildo de aquella ciudad cuán perdido andaba este su hijo por el juego, por apartarlo dél lo eligió un año por alcalde ordinario. El cual acudió al servicio de su patria con tanto cuidado y diligencia (porque tenía muy buenas partes de caballero), que todo aquel año no tomó naipe en la mano. La ciudad,

viendo esto, le ocupó otro año, y otros muchos en oficios públicos. Mancio Sierra, con la ocupación ordinaria, olvidó el juego, y lo aborreció para siempre, acordándose de los muchos trabajos y necesidades en que cada día se ponía. Donde se ve claro cuánto ayude la ociosidad al vicio, y cuán de provecho sea la ocupación a la virtud. Volviendo a nuestra historia, decimos que por sola aquella pieza que cupo de parte de un español, se podrá sacar el tesoro que en aquella ciudad y su templo hallaron los españoles. A un lado y a otro de la imagen del Sol estaban los cuerpos de los reyes muertos puestos por su antigüedad como hijos de ese Sol, embalsamados que (no se sabe cómo) parecían estar vivos; estaban asentados en sus sillas de oro, puestas sobre los tablones de oro en que solían asentarse. Tenían los rostros hacia el pueblo; sólo Huayna Cápac se aventajaba de los de más, que estaba puesto delante de la figura del Sol, vuelto el rostro hacia él, como hijo más querido y amado, por haberse aventajado de los demás; pues mereció que en vida le adorasen por dios por las virtudes y ornamentos reales que mostró desde muy mozo. Estos cuerpos escondieron los indios con el demás tesoro, que los más dellos no han parecido hasta hoy. El año 1559, el licenciado Polo descubrió cinco dellos, tres de reyes y dos de reinas. La puerta principal del templo miraba al Norte, como hoy está, sin la cual había otras menores para servicio del templo. Todas éstas estaban aforradas con planchas de oro en forma de portada. Por defuera del templo, por lo alto de las paredes del templo, corría una azanefa de oro de un tablón de más de una vara en ancho en forma de corona que abrazaba todo el templo.

Segunda Parte

XXI. Las ciencias que los Incas alcanzaron, tratase primero de la astrología

La astrología y la filosofía natural que los Incas alcanzaron fue muy poca, porque, como no tuvieron letras, aunque entre ellos hubo hombres de buenos ingenios que llamaron amautas, que filosofaron cosas sutiles, como muchas que en su república platicaron, no pudieron dejarlas escritas para que los sucesores las llevaran adelante, perecieron con los mismos inventores. Y así quedaron cortos en todas ciencias o no las tuvieron, sino algunos principios rastreados con la lumbre natural, y esos dejaron señalados con señales toscas y groseras para que las gentes las viesen y notasen. Diremos de cada cosa lo que tuvieron. La filosofía moral alcanzaron bien, y en práctica la dejaron escrita en sus leyes, vida y costumbres, como en el discurso se verá por ellas mismas. Ayudábales para esto la ley natural que deseaban guardar y la experiencia que hallaban en las buenas costumbres, y, conforme a ella, iban cultivando de día en día en su república. De la filosofía natural alcanzaron poco o nada, porque no trataron de ella. Que como para su vida simple y natural no tuviesen necesidad que les forzase a investigar y rastrear los secretos de naturaleza, pasábanse sin saberlos ni procurarlos. Y así no tuvieron ninguna práctica de ella, ni aun de las calidades de los elementos, para decir que la tierra es fría y seca y el fuego caliente y seco, sino era por la experiencia de que les calentaba y quemaba, mas no por vía de ciencia de filosofía; solamente alcanzaron la virtud de algunas yerbas y plantas medicinales con que se curaban en sus enfermedades, como diremos de algunas cuando tratemos de su medicina. Pero eso lo alcanzaron más por experiencia (enseñados de su necesidad), que no por su filosofía natural, porque fueron poco especulativos de lo que no tocaban con las manos. De la astrología tuvieron alguna más práctica que de la filosofía natural, porque tuvieron más iniciativas que les despertaron a la especulación de ella, como fue el Sol y la Luna y el movimiento vario del planeta Venus, que unas veces la venía ir delante del Sol y otras en pos de él. Por el semejante veían la Luna crecer y menguar, ya perdida de vista en la conjunción, a la cual llaman muerte de la Luna, porque no la veían en los tres días de ella. También el Sol los incitaba a que mirasen en él, que unos tiempos se les apartaba y otros se les allegaba; que unos días eran mayores que las noches y otros menores y otros iguales, las cuales cosas los movieron a mirar en ellos, y las miraron tan materialmente que no pasaron de la vista. Admirábanse de los efectos, pero no procuraban buscar las causas, y así no trataron si había muchos cielos o no más de uno, ni imaginaron que había más de uno. No supieron de qué se causaba el crecer y menguar de la Luna ni los movimientos de los demás planetas, ya apresurados, ya espaciosos, ni tuvieron cuenta más de con los tres planetas nombrados, por el grandor, resplandor y hermosura de ellos; no miraron en los otros cuatro planetas. De los signos no hubo imaginación, y menos de sus influencias. Al Sol

llamaron Inti, a la Luna Quilla y al lucero Venus Chasca, que es crinita o crespa, por sus muchos rayos. Miraron en las siete cabrillas por verlas tan juntas y por la diferencia que hay de ellas a las otras estrellas, que les causaba admiración, mas no por otro respecto. Y no miraron en más estrellas porque, no teniendo necesidad forzosa, no sabían a qué propósito mirar en ellas, ni tuvieron más nombres de estrellas en particular que los dos que hemos dicho. En común las llamaron coyllur, que quiere decir estrella.

XXII. Alcanzaron la cuenta del año y los solsticios y equinoccios.

Mas con toda su rusticidad, alcanzaron los Incas que el movimiento del Sol se acababa en un año, al cual llamaron huata: es nombre y quiere decir año, y la misma dicción, sin mudar pronunciación ni acento, en otra significación es verbo y significa atar. La gente común contaba los años por las cosechas.

Alcanzaron también los solsticios del verano y del invierno, los cuales dejaron escritos con señales grandes y notorias, que fueron ocho torres que labraron al oriente y otras ocho al poniente de la ciudad del Cozco, puestas de cuatro en cuatro, dos pequeñas de a tres estados poco más o menos de alto en medio de otras dos grandes: las pequeñas estaban diez y ocho o veinte pies la una de la otra; a los lados, otro tanto espacio, estaban las otras dos torres grandes, que eran mucho mayores que las que en España servían de atalayas, y éstas grandes servían de guardar y dar viso para que descubriesen mejor las torres pequeñas.

El espacio que entre las pequeñas había, por donde el Sol pasaba al salir y al ponerse, era el punto de los solsticios; las unas torres del oriente correspondían a las otras del poniente del solsticio vernal o hiemal.

Para verificar el solsticio se ponía un Inca en cierto puesto al salir el Sol y al ponerse, y miraba a ver si salía y se ponía por entre las dos torres pequeñas que estaban al oriente y al poniente. Y con este trabajo se certificaban en la Astrología de sus solsticios. Pedro de Cieza, capítulo noventa y dos, hace mención de estas torres. El Padre Acosta también trata de ellas, libro sexto, capítulo tercero, aunque no les dan su punto. Escribiéronlos con letras tan groseras porque no supieron fijarlos con los días de los meses en que son los solsticios, porque contaron los meses por lunas, como luego diremos, y no por días, y, aunque dieron a cada año doce lunas, como el año solar exceda al año lunar común en once días, no sabiendo ajustar el un año con el otro, tenían cuenta con el movimiento del Sol por los solsticios, para ajustar el año y contarlo, y no con las lunas. Y de esta manera dividían el un año del otro rigiéndose para sus sembrados por el año solar, y no por el lunar. Y aunque haya quien diga que ajustaban el año solar con el año lunar, le engañaron en la relación, porque, si supieran ajustarlos, fijaran los solsticios en los días de los meses que son y no tuvieran necesidad de hacer torres por mojoneras para mirarlos y ajustarlos por ellas con tanto trabajo y cuidado como cada día tenían, mirando el salir del Sol y el ponerse por derecho de las torres; las cuales dejé en pie el año de 1560, y si después acá no las han derribado, se podría verificar por ellas el lugar de donde miraban los Incas los solsticios, a ver si era de una torre que estaba en la casa del Sol y de otro lugar, que yo no lo pongo por no estar certificado de él.

También alcanzaron los equinoccios y los solemnizaron muy mucho. En el de marzo segaban los maizales del Cozco con gran fiesta y regocijo, particularmente el andén de Collcampata, que era como jardín del Sol. En el equinoccio de septiembre hacían una de las cuatro fiestas principales del Sol, que llamaban Citua Raymi, (r sencilla): quiere decir fiesta principal.

Celebrábase como en su lugar diremos. Para verificar el equinoccio tenían columnas de piedra riquísimamente labradas, puestas en los patios o plazas que había ante los templos del Sol. Los sacerdotes, cuando sentían que el equinoccio estaba cerca, tenían cuidado de mirar cada día la sombra que la columna hacia.

Tenían las columnas puestas en el centro de un cerco redondo muy grande, que tomaba todo el ancho de la plaza o del patio; por medio del cerco echaban por hilo, de oriente a poniente, una raya, que por larga experiencia sabían dónde había de poner el un punto y el otro. Por la sombra que la columna hacia sobre la raya veían que el equinoccio se iba acercando; y cuando la sombra tomaba la raya de medio a medio desde que salía el Sol hasta que se ponía y que a medio día bañaba la luz del Sol toda la columna en derredor, sin hacer sombra a parte alguna, decían que aquel día era el equinoccial. Entonces adornaban las columnas con todas las flores y yerbas olorosas que podían haber, y ponían sobre ellas la silla del Sol, y decían que aquel día se asentaba el Sol con toda su luz, de

lleno en lleno, sobre aquellas columnas. Por lo cual en particular adoraban al Sol aquel día con mayores ostentaciones de fiesta y regocijo, y le hacían grandes presentes de oro y plata y piedras preciosas y otras cosas de estima.

Y es de notar que los Reyes Incas y sus amautas, que eran los filósofos, así como iban ganando las provincias, así iban experimentando que, cuanto más se acercaban a la línea equinoccial, tanto menos sombra hacía la columna al mediodía, por lo cual fueron estimando más y más las columnas que estaban más cerca de la ciudad de Quitu; y sobre todas las otras estimaron las que pusieron en la misma ciudad y en su paraje, hasta la costa de la mar, donde, por estar el Sol a plomo (como dicen los albañiles), no había señal de sombra alguna a mediodía. Por esta razón las tuvieron en mayor veneración, porque decían que aquéllas eran asiento más agradable para el Sol, porque en ellas se asentaba derechamente y en las otras de lado. Estas simplezas y otras semejantes dijeron aquellas gentes en su Astrología, porque no pasaron con la imaginación más adelante de lo que veían materialmente con los ojos. Las columnas de Quitu y de toda aquella región derribó el gobernador Sebastián de Belalcázar muy acertadamente y las hizo pedazos, porque idolatraban los indios en ellas. Las demás que por todo el reino había fueron derribando los demás capitanes españoles como las fueron hallando.

XXIII. Tuvieron cuenta con los eclipses del Sol, y lo que hacían con los de la Luna.

Contaron los meses por lunas, de una luna nueva a otra, y así llaman al mes quilla, también como a la Luna. Dieron su nombre a cada mes; contaron los medios meses por la creciente y menguante de ella; contaron las semanas por los cuartos, aunque no tuvieron nombres para los días de la semana. Tuvieron cuenta con los eclipses del Sol y de la Luna, mas no alcanzaron las causas. Decían al eclipse solar que el Sol estaba enojado por algún delito que habían hecho contra él, pues mostraba su cara turbada como hombre airado, y pronosticaban (a semejanza de los astrólogos) que les había de venir algún grave castigo. Al eclipse de la Luna, viéndola ir negreciendo, decían que enfermaba la Luna, y que si acababa de oscurecerse había de morir y caerse del cielo y cogerlos a todos debajo y matarlos, y que se había de acabar el mundo. Por este miedo, en empezando a eclipsarse la Luna, tocaban trompetas, cornetas, caracoles y atabales y atambores y cuantos instrumentos podían haber que hiciesen ruido; ataban los perros grandes y chicos, dábanles muchos palos para que aullasen y llamasen la Luna, que, por cierta fábula que ellos contaban, decían que la Luna era aficionada a los perros, por cierto servicio que le habían hecho, y que, oyéndolos llorar, habría lástima de ellos y recordaría del sueño que la enfermedad le causaba.

Para las manchas de la Luna decían otra fábula más simple que la de los perros, que aun aquélla se podía añadir a las que la gentilidad antigua inventó y compuso a su Diana, haciéndola cazadora; mas la que se sigue es bestialísima: dicen que una zorra se enamoró de la Luna viéndola tan hermosa, y que, por visitarla, subió al cielo, y cuando quiso echar mano de ella, la Luna se abrazó con la zorra y la pegó a sí, y que de esto se le hicieron las manchas; por esta fábula tan simple y tan desordenada se podrá ver la simplicidad de aquella gente. Mandaban a los muchachos y niños que llorasen y diesen grandes voces y gritos llamándola Mama Quilla, que es madre Luna, rogándole que no se muriese, por que no pereciesen todos. Los hombres y las mujeres hacían lo mismo. Había un ruido y una confusión tan grande que no se puede encarecer.

Conforme al eclipse grande o pequeño, juzgaban que había sido la enfermedad de la Luna. Pero si llegaba a ser total, ya no había que juzgar sino que estaba muerta, y por momentos temían el caer la Luna y el perecer de ellos; entonces era más de veras el llorar y plañir, como gente que veía al ojo la muerte de todos y acabarse el mundo. Cuando veían que la Luna iba poco a poco volviendo a cobrar su luz, decían que convalecía de su enfermedad, porque el Pachacámac, que era el sustentador del universo, le había dado salud y mandádole que no muriese, porque no pereciese el mundo; y cuando acababa de estar del todo clara, le daban la norabuena de su salud y muchas gracias porque no se había caído. Todo esto de la Luna ví por mis ojos. Al día llamaron *púnchau* y a la noche *tuta*, al amanecer *pacari*; tuvieron nombres para significar el alba y las demás partes del día y de la noche, como media noche y medio día.

Tuvieron cuenta con el relámpago, trueno y rayo, y a todos tres en junto llamaron *illapa*. No los adoraron por dioses, sino que los honraban y estimaban por criados del Sol. Tuvieron que residían en el aire, mas no en el cielo.

El mismo acatamiento hicieron al arco del cielo, por la hermosura de sus colores y porque alcanzaron que procedía del Sol, y los Reyes Incas lo pusieron en sus armas y divisa. En la casa del Sol dieron aposento de por sí a cada cosa de éstas, como en su lugar diremos. En la vía que los astrólogos llaman Láctea, en unas manchas negras que van por ella a la larga, quisieron imaginar que había una figura de oveja con su cuerpo entero, que estaba amamantando un cordero. A mi me la querían mostrar, diciendo: "Ves allí la cabeza de la oveja, ves acullá la del cordero mamando, ves el cuerpo, brazos y piernas del uno y del otro". Mas yo no veía las figuras, sino las manchas, y debía de ser por no saberlas imaginar.

Empero no hacían caudal de aquellas figuras para su Astrología, más de quererlas pintar imaginándolas, ni echaban juicios ni pronósticos ordinarios por señales del Sol ni de la Luna ni de los cometas, sino para cosas muy raras y muy grandes, como muertes de Reyes o destrucción de reinos y provincias; adelante en sus lugares diremos de algunos cometas, si llegamos allá. Para las cosas comunes más aína hacían sus pronósticos y juicios de los sueños que soñaban y de los sacrificios que hacían, que no de las estrellas ni señales del aire. Y es cosa espantosa oír lo que decían y pronosticaban por los sueños, que, por no escandalizar al vulgo, no digo lo que en esto pudiéramos contar.

Acerca de la estrella Venus, que unas veces la veían al anochecer y otras al amanecer, decían que el Sol, como señor de todas las estrellas, mandaba que aquélla, por ser más hermosa que todas las demás, anduviese cerca de él, unas veces delante y otras atrás.

Cuando el Sol se ponía, viéndole trasponer por la mar (porque todo el Perú a la larga tiene la mar al poniente), decían que entraba en ella, y que con su fuego y calor secaba gran parte de las aguas de la mar, y que, como un gran nadador, daba una zambullida por debajo de la tierra para salir otro día al oriente, dando a entender que la tierra está sobre el agua. Del ponerse la Luna ni de las otras estrellas no dijeron nada. Todas estas boberías tuvieron en su Astrología los Incas, de donde se podrá ver cuán poco alcanzaron de ella, y baste esto de la Astrología de ellos: digamos la medicina que usaban en sus enfermedades.

XXIV. La medicina que alcanzaron y la manera de curarse

Es así que atinaron que era cosa provechosa, y aun necesaria, la evacuación por sangría y purga, y, por ende, se sangraban de brazos y piernas, sin saber aplicar las sangrías ni la disposición de las venas para tal o tal enfermedad, sino que abrían la que estaba más cerca del dolor que padecían. Cuando sentían mucho dolor de cabeza, se sangraban de la junta de las cejas, encima de las narices. La lanceta era una punta de pedernal que ponían en un palillo hendido y lo ataban por que no se cayese, y aquella punta ponían sobre la vena y encima le daban un papirote, y así abrían la vena con menos dolor que con las lancetas comunes. Para aplicar las purgas tampoco supieron conocer los humores por la orina, ni miraban en ella, ni supieron qué cosa era cólera, ni flema, ni melancolía.

Purgábanse de ordinario cuando se sentían apesgados y cargados, y era en salud más que no en enfermedad. Tomaban (sin otras yerbas que tienen para purgarse) unas raíces blancas que son como nabos pequeños. Dicen que de aquellas raíces hay macho y hembra; toman tanto de una como de otra, en cantidad de dos onzas, poco más o menos, y, molida, la dan en agua o en el brebaje que ellos beben, y habiéndola tomado, se echa[n] al sol para que su calor ayude a obrar. Pasada una hora o poco más, se sienten tan desconyuntados que no se pueden tener. Semejan a los que se marean cuando nuevamente entran en la mar; la cabeza siente grandes vaguidos y desvanecimientos; parece que por los brazos y piernas, venas y nervios y por todas las coyunturas del cuerpo andan hormigas; la evacuación casi siempre es por ambas vías de vómitos y cámaras. Mientras ella dura, está el paciente totalmente descoyuntado y mareado, de manera que quien no tuviere experiencia de los efectos de aquella raíz entenderá que se muere el purgado; no gusta de comer ni de beber, echa de sí cuantos humores tiene; a vueltas salen lombrices y gusanos y cuantas sabandijas allá dentro se crían. Acabada la obra, queda con tan buen aliento y tanta gana de comer que se comerá cuanto le dieren. A mí me purgaron dos veces por un dolor de estómago que en diversos tiempos tuve, y experimenté todo lo que he dicho.

Estas purgas y sangrías mandaban hacer los más experimentados en ellas, particularmente viejas (como acá las parteras) y grandes herbolarios, que los hubo muy famosos en tiempo de los Incas, que conocían la virtud de

muchas yerbas y por tradición las enseñaban a sus hijos, y éstos eran tenidos por médicos, no para curar a todos, sino a los Reyes y a los de su sangre y a los curacas y a sus parientes. La gente común se curaban unos a otros por lo que habían oído de medicamentos. A los niños de teta, cuando los sentían con alguna indisposición, particularmente si el mal era de calentura, los lavaban con orines por las mañanas para envolverlos, y, cuando podían haber de los orines del niño, le daban a beber algún trago. Cuando al nacer de los niños les cortaban el ombligo, dejaban la tripilla larga como un dedo, la cual después se le caía, guardaban con grandísimo cuidado y se la daban a chupar al niño en cualquiera indisposición que le sentían y para certificarse de la indisposición, le miraban la pala de la lengua, y, si la veían desblanquecida, decían que estaba enferma y entonces le daban la tripilla para que la chupase. Había de ser la propia, porque la ajena decían que no le aprovechaba.
Los secretos naturales de estas cosas ni me las dijeron ni yo las pregunté, mas de que las ví hacer. No supieron tomar el pulso y menos mirar la orina; la calentura conocían por el demasiado calor del cuerpo. Sus purgas y sangrías más eran en pie que después de caídos. Cuando se habían rendido a la enfermedad no hacían medicamento alguno; dejaban obrar la naturaleza y guardaban su dieta. No alcanzaron el uso común de la medicina que llaman purgadera, que es cristel, ni supieron aplicar emplastos ni unciones, sino muy pocas y de cosas muy comunes. La gente común y pobre se había en sus enfermedades poco menos que bestias. Al frío de la terciana o cuartana llaman *chucchu*, que es temblar; a la calentura llaman *rupa*, (r sencilla), que es quemarse: temían mucho estas tales enfermedades por los extremos, ya de frío, ya de calor.

XXV. Las yerbas medicinales que alcanzaron.

Alcanzaron la virtud de la leche y resina de un árbol que llaman mulli y los españoles *molle*; es cosa de grande admiración el efecto que hace en las heridas frescas, que parece obra sobrenatural. La yerba o mata que llaman chillca, calentada en una cazuela de barro, hace maravillosos efectos en las coyunturas donde ha entrado frío, y en los caballos desortijados de pie o mano. Una raíz, como raíz de grama, aunque mucho más gruesa, y los nudos más menudos y espesos, que no me acuerdo cómo la llamaban, servía para fortificar y encarnar los dientes y muelas. Asábanla al rescoldo y, cuando estaba asada, muy caliente, la partían a la larga con los dientes, y así hirviendo, ponían la una mitad en la una encía y la otra mitad en la otra, y allí la dejaban estar hasta que se enfriaba, y de esta manera andaban por todas las encías, con gran pena del paciente, porque se le asaba la boca. El mismo paciente se pone la raíz y hace todo el medicamento; hácenlo a prima noche; otro día amanecen las encías blancas como carne escaldada, y por dos o tres días no pueden comer cosa que se haya de mascar, sino manjares de cuchara. Al cabo de ellos se les cae la carne quemada de las encías y se descubre otra debajo, muy colorada y muy linda. De esta manera les vi muchas veces renovar sus encías, y yo sin necesidad lo probé a hacer, mas por no poder sufrir el quemarme con el calor y fuego de las raíces, lo dejé.
De la yerba o planta que los españoles llaman tabaco y los indios sayri, usaron mucho para muchas cosas. Tomaban los polvos por las narices para descargar la cabeza. De las virtudes de esta planta han experimentado muchas en España, y así le llaman por renombre la yerba sancta. Otra yerba alcanzaron admirabilísima para los ojos: llámanla matecllu, nace en arroyos pequeños; es de pie, y sobre cada pie tiene una hoja redonda y no más. Es como la que en España llaman oreja de abad, que nace de invierno en los tejados; los indios la comen cruda y es de buen gusto, la cual mascada y el zumo echado a prima noche en los ojos enfermos, y la misma yerba mascada puesta como emplasto sobre los párpados de los ojos y encima una venda por que no se caiga la yerba, gasta en una noche cualquier nube que los ojos tengan y mitiga cualquier dolor o accidente que sientan.
Yo se la puse a un muchacho que tenía un ojo para saltarle del casco *(el muchacho era Martín Leal, hijo de Pero Hernández el Leal, según lo aclara el Inca Garcilaso en la Segunda parte de los Comentarios o Historia General del Perú, Libro VII, capítulo 18.).* Estaba inflamado como un pimiento, sin divisarse lo blanco ni prieto del ojo, sino hecho una carne, y lo tenía ya medio caído sobre el carrillo, y la primera noche que le puse la yerba se restituyó el ojo a su lugar y la segunda quedó del todo sano y bueno. Después acá he visto el mozo en España y me ha dicho que ve más de aquel ojo que tuvo enfermo que del otro. A mí me dio noticia de ella un español que me juró se había visto totalmente ciego de nubes y que en dos noches cobró la vista mediante la virtud de la yerba. Donde quiera que la veía la abrazaba y besaba con grandísimo afecto y la ponía sobre los ojos y sobre la cabeza, en hacimiento de gracias del

beneficio que mediante ella le había hecho Nuestro Señor en restituirle la vista. De otras muchas yerbas usaban los indios mis parientes, de las cuales no me acuerdo.
Esta fue la medicina que comúnmente alcanzaron los indios Incas del Perú, que fue usar de yerbas simples y no de medicinas compuestas, y no pasaron adelante; y pues en cosas de tanta importancia como la salud estudiaron y supieron tan poco, de creer es que en cosas que les iba menos, como la Filosofía natural y la Astrología, supieron menos, y mucho menos de la Teología, porque no supieron levantar el entendimiento a cosas invisibles. Toda la Teología de los Incas se encerró en el nombre de Pachacámac. Después acá, los españoles han experimentado muchas cosas medicinales, principalmente del maíz, que llaman *zara*, y esto ha sido parte por el aviso que los indios les han dado de eso poco que alcanzaron de medicamentos y parte porque los mismos españoles han filosofado de lo que han visto, y así han hallado que el maíz, demás de ser mantenimiento de tanta sustancia, es de mucho provecho para mal de riñones, dolor de ijada, pasión de piedra, retención de orina, dolor de la vejiga y del caño; y esto le han sacado de ver que muy pocos indios o casi ninguno se halla que tenga estas pasiones, lo cual atribuyen a la común bebida de ellos, que es el brebaje del maíz, y así lo beben muchos españoles que tienen las semejantes enfermedades; también la aplican los indios en emplastos para otros muchos males.

Capítulo XXVI: De la Geometría, Geografía, Aritmética y Música que alcanzaron.

De la Geometría supieron mucho porque les fue necesario para medir sus tierras, para las ajustar y partir entre ellos, mas esto fue materialmente, no por altura de grados ni por otra cuenta especulativa, sino por sus cordeles y piedrecitas, por las cuales hacen sus cuentas y particiones, que, por no atreverme a darme a entender, dejaré de decir lo que supe de ellas. De la Geografía supieron bien para pintar y hacer cada nación el modelo y dibujo de sus pueblos y provincias, que era lo que habían visto; no se metían en las ajenas: era extremo lo que en este particular hacían. Yo vi el modelo del Cozco y parte de su comarca con sus cuatro caminos principales, hecho de barro y piedrezuelas y palillos, trazado por su cuenta y medida, con sus plazas chicas y grandes, con todas sus calles anchas y angostas, con sus barrios y casas, hasta las muy olvidadas, con los tres arroyos que por ella corren, que era admiración mirarlo.
Lo mismo era ver el campo con sus cerros altos y bajos, llanos y quebradas, ríos y arroyos, con sus vueltas y revueltas, que el mejor cosmógrafo del mundo no lo pudiera poner mejor. Hicieron este modelo para que lo viera un visitador que se llamaba Damián de la Vandera, que traía comisión de la Chancillería de los Reyes para saber cuántos pueblos y cuántos indios había en el distrito del Cozco; otros visitadores fueron a otras partes del reino a lo mismo. El modelo que digo que vi se hizo en Muyna, que los españoles llaman Mohina, cinco leguas al sur de la ciudad del Cozco; yo me hallé allí porque en aquella visita se visitaron parte de los pueblos e indios del repartimiento de Garcilaso de la Vega, mi señor.
De la Aritmética supieron mucho y por admirable manera, que por nudos dados en unos hilos de diversos colores daban cuenta de todo lo que en el reino del Inca había de tributos y contribuciones por cargo y descargo; sumaban, restaban y multiplicaban por aquellos nudos, y, para saber lo que cabía a cada pueblo, hacían las particiones con granos de maíz y piedrezuelas, de manera que les salía cierta su cuenta. Y como para cada cosa de paz o de guerra, de vasallos, de tributos, ganados, leyes, ceremonias y todo lo demás de que se daba cuenta, tuviesen contadores de por sí y éstos estudiasen en sus ministerios y en sus cuentas, las daban con facilidad, porque la cuenta de cada cosa de aquéllas estaba en hilos y madejas de por sí como cuadernos sueltos y aunque un indio tuviese cargo (como cantador mayor) de dos o tres o más cosas, las cuentas de cada casa estaban de por sí: adelante daremos más larga relación de la manera del contar y cómo se entendían por aquellos hilos y nudos.
De música alcanzaron algunas consecuencias, las cuales tenían los indios Collas, o de su distrito, en unos instrumentos hechos de cañutos de caña, cuatro o cinco cañutos atados a la par; cada cañuto tenía un punto más alto que el otro, a manera de órganos. Estos cañutos atados eran cuatro, diferentes unos de otros. Uno de ellos andaba en puntos bajos y otro en más altos y otro en más y más, como las cuatro voces naturales: tiple, tenor, contra alto y contra bajo. Cuando un indio tocaba un cañuto, respondía el otro en consonancia de quinta o de otra

cualquiera, y luego el otro en otra consonancia y el otro en otra, unas veces subiendo a los puntos altos y otras bajando a los bajos siempre en compás. No supieron echar glosa con puntos disminuidos; todos eran enteros de un compás. Los tañedores eran indios enseñados para dar música al Rey y a los señores vasallos, que, con ser tan rústica la música, no era común, sino que la aprendían y alcanzaban con su trabajo. Tuvieron flautas de cuatro o cinco puntos, como las de los pastores; no las tenían juntas en consonancia, sino cada una de por sí, porque no las supieron concertar; por ellas tañían sus cantares, compuestos en verso medido, los cuales por la mayor parte eran de pasiones amorosas, ya de placer, ya de pesar, de favores o disfavores de la dama.

Cada canción tenía su tonada conocida por sí, y no podían decir dos canciones diferentes por una tonada; y esto era porque el galán enamorado, dando música de noche con su flauta, por la tonada que tenía decía a la dama y a todo el mundo el contento o descontento de su ánimo, conforme al favor o disfavor que se le hacía; y si se dijeran dos cantares diferentes por una tonada, no se supiera cuál de ellos era el que quería decir el galán. De manera que se puede decir que hablaba por la flauta. Un español topó una noche a deshora en el Cozco una india que él conocía, y queriendo volverla a su posada, le dijo la india:

—Señor, déjame ir donde voy; sábete que aquella flauta que oyes en aquel otero me llama con mucha pasión y ternura, de manera que me fuerza a ir allá. Déjame, por tu vida, que no puedo dejar de ir allá, que el amor me lleva arrastrando para que yo sea su mujer y él mi marido.

Las canciones que componían de sus guerras y hazañas no las tañían, porque no se habían de cantar a las damas ni dar cuenta de ellas por sus flautas: cantábanlas en sus fiestas principales y en sus victorias y triunfos, en memoria de sus hechos hazañosos. Cuando yo salí del Perú, que fue el año de 1560, dejé en el Cozco cinco indios que tañían flautas diestrísimamente por cualquiera libro de canto de órgano que les pusiesen delante: eran de Juan Rodríguez de Villalobos, vecino que fue de aquella ciudad. En estos tiempos, que es ya el año de mil y seiscientos y dos, me dicen que hay tantos indios tan diestros en música para tañer instrumentos que dondequiera se hallan muchos. De las voces no usaban los indios en mis tiempos porque no las tenían buenas —debía de ser la causa que, no sabiendo cantar, no las ejercitaban—, y por el contrario había muchos mestizos de muy buenas voces

Capítulo XXVII: La poesia de los incas amautas, que son filosofos, y harauicus, que son poetas.

No les faltó habilidad a los amautas, que eran los filósofos, para componer comedias y tragedias, que en días y fiestas solemnes representaban delante de sus Reyes y de los señores que asistían en la corte. Los representantes no eran viles, sino Incas y gente noble, hijos de curacas y los mismos curacas y capitanes, hasta maeses de campo, porque los autos de las tragedias se representaban al propio, cuyas argumentos siempre eran de hechos militares, de triunfos y victorias, de las hazañas y grandezas de los Reyes pasados y de otros heroicos varones. Los argumentos de las comedias eran de agricultura, de hacienda, de cosas caseras y familiares. Los representantes, luego que se acababa la comedia, se sentaban en sus lugares conforme a su calidad y oficios. No hacían entremeses deshonestos, viles y bajos: todo era de cosas graves y honestas, con sentencias y donaires permitidos en tal lugar. A los que se aventajaban en la gracia del representar les daban joyas y favores de mucha estima.

De la poesía alcanzaron otra poca, porque supieron hacer versos cortos y largos, con medida de sílabas: en ellos ponían sus cantares amorosos con tonadas diferentes, como se ha dicho. También componían en verso las hazañas de sus Reyes y de otros famosos Incas y curacas principales, y los enseñaban a sus descendientes por tradición, para que se acordasen de los buenos hechos de sus pasados y los imitasen: los versos eran pocos, porque la memoria los guardase; empero muy compendiosos, como cifras. No usaron de consonante en los versos; todos eran sueltos. Por la mayor parte semejaban a la natural compostura española que llaman redondillas. Una canción amorosa compuesta en cuatro versos me ofrece la memoria; por ellos se verá el artificio de la compostura y la significación abreviada, compendiosa, de lo que en su rusticidad querían decir. Los versos amorosos hacían cortos, porque fuesen más 119 fáciles de tañer en la flauta. Holgara poner también la tonada en puntos de canto de órgano, para que se viera lo uno y lo otro, mas la impertinencia me escusa del trabajo.

La canción es la que se sigue y su traducción en castellano:

Caylla llapi		Al cántico
Puñunqui	*quiere decir:*	Dormirás
Chaupituta		Media noche
Samúsac		Yo vendré.

Y más propiamente dijera: veniré, sin el pronombre yo, haciendo tres sílabas del verbo, como las hace el indio, que no nombra la persona, sino que la incluye en el verbo, por la medida del verso. Otras muchas maneras de versos alcanzaron los Incas poetas, a los cuales llamaban haráuec, que en propia significación quiere decir inventador, En los papeles del Padre Blas Valera hallé otros versos que él llama spondaicos: todos son de a cuatro sílabas, a diferencia de estotros que son de a cuatro y a tres. Escríbelos en indio y en latín; son en materia de Astrología: los Incas poetas los compusieron filosofando las causas segundas que Dios puso en la región del aire, para los truenos, relámpagos y rayos, y para el granizar, nevar y llover, todo lo cual dan a entender en los versos, como se verá. Hiciéronlos conforme a una fábula que tuvieron, que es la que se sigue: Dicen que el Hacedor puso en el cielo una doncella, hija de un Rey, que tiene un cántaro lleno de agua, para derramarla cuando la tierra la ha menester, y que un hermano de ella lo quiebra a sus tiempos, y que del golpe se causan los truenos, relámpagos y rayos. Dicen que el hombre los causa, porque son hechos de hombres feroces y no de mujeres tiernas. Dicen que el granizar, llover y nevar lo hace la doncella, porque son hechos de más suavidad y blandura y de tanto provecho. Dicen que un Inca poeta y astrólogo hizo y dijo los versos, loando las excelencias y virtudes de la dama, y que Dios se las había dado para que con ellas hiciese bien a las criaturas de la tierra. La fábula y los versos, dice el Padre Blas Valera que halló en los nudos y cuentas de unos anales antiguos, que estaban en hilos de diversos colores, y que la tradición de los versos y de la fábula se la dijeron los indios contadores, que tenían cargo de los nudos y cuentas historiales, y que, admirado de que los amautas hubiesen alcanzado tanto, escribió los versos y los tomó de memoria para dar cuenta de ellos. Yo me acuerdo haber oído esta fábula en mi niñez con otras muchas que me contaban mis parientes, pero, como niño y muchacho, no les pedí la significación, ni ellos me la dieron. Para los que no entienden indio ni latín me atreví a traducir los versos en castellano, arrimándome más a la significación de la lengua que mamé en la leche que no a la ajena latina, porque lo poco que della sé lo aprendí en el mayor fuego de las guerras de mí tierra, entre armas y caballos, pólvora y arcabuces, de que supe más que de letras. El Padre Blas Valera imitó en su latín las cuatro sílabas del lenguaje indio en cada verso, y está muy bien imitado; yo salí de ellas porque en castellano no se pueden guardar, que, habiendo de declarar por entero la significación de las palabras indias, en unas son menester más sílabas y en otras menos. *Ñusta*, quiere decir doncella de sangre real, y no se interpreta con menos, que, para decir doncella de las comunes, dicen *tazque*; *china* llaman a la doncella muchacha de servicio. *Illapántac* es verbo; incluye en su significación la de tres verbos que son tronar, relampaguear y caer rayos, y así los puso en dos versos el Padre Maestro Blas Valera, porque el verso anterior, que es *Cunuñunun*, significa hacer estruendo, y no lo puso aquel autor por declarar las tres significaciones del verbo *illapántac*. *Unu* es agua, para es llover, chichi es granizar, *riti*, nevar. Pacha *Cámac* quiere decir el que hace con el universo lo que el alma con el cuerpo. *Viracocha* es nombre de un dios moderno que adoraban, cuya historia veremos adelante muy a la larga. *Chura* quiere decir poner, *cama* es dar alma, vida, ser y sustancia. Conforme a esto diremos lo menos mal que supiéremos, sin salir de la propia significación del lenguaje indio; los versos son los que se siguen, en las tres lenguas:

Súmac ñusta	Pulchra Nimpha	Hermosa doncella,
Toralláyquim	Frater tuus	Aquese tu hermano
Puyñuy quita	Urnam tuam	El tu cantarillo
Páquir cayan	Nunc infringit	Lo está quebrantando,
Hina mantara	Cuius ictus	Y de aquesta causa

Cunuñunun	Tonat fulget	Truena y relampaguea,
Illapántac	Fulminatque	También caen rayos.
Camri ñusta	Sed tu Ninpha	Tú, real doncella,
Unuyquita	Tuam limphan	Tus muy lindas aguas
Para munqui	Fundens pluis	Nos darás lloviendo;
May ñimpiri	Interdumque	También a las veces
Chichi munqui	Grandinem, seu	Granizar nos has,
Riti munqui	Nivem mittis	Nevarás asimesmo
Pacha rúrac	Mundi factor	El Hacedor del Mundo,
Pacha Cámac	Pacha camac	El Dios que le anima
Viracocha	Viracocha	El gran Viracocha,
Cay hinápac	Ad hoc munus	Para aqueste oficio
Churasunqui	Te sufficit	Ya te colocaron
Camasunqui	Ac praefecit	Y te dieron alma.

Esto puse aquí por enriquecer mi pobre historia, porque cierto, sin lisonja alguna, se puede decir que todo lo que el Padre Blas Valera tenía escrito eran perlas y piedras preciosas: no mereció mi tierra verse adornada de ellas.
Dícenme que en estos tiempos se dan mucho los mestizos a componer en indio estos versos, y otros de muchas maneras, así a lo divino como a lo humano. Dios les dé su gracia para que le sirvan en todo.
Tan tasada y tan cortamente como se ha visto sabían los Incas del Perú las ciencias que hemos dicho, aunque si tuvieran letras las pasaran adelante poco a poco, con la herencia de unos a otros, como hicieron los primeros filósofos y astrólogos. Sólo en la Filosofía moral se extremaron así en la enseñanza de ella como en usar las leyes y costumbres que guardaron, no sólo entre los vasallos, cómo se debían tratar unos a otros, conforme a ley natural, mas también cómo debían obedecer, servir y adorar al Rey y a los superiores y cómo debía el Rey gobernar y beneficiar a los curacas y a los demás vasallos y súbditos inferiores. En el ejercicio de esta ciencia se desvelaron tanto que ningún encarecimiento llega a ponerla en su punto, porque la experiencia de ella les hacía pasar adelante, perfeccionándola de día en día y de bien en mejor, la cual experiencia les faltó en las demás ciencias, porque no podían manejarlas tan materialmente como la moral ni ellos se daban a tanta especulación como aquéllas requieren, porque se contentaban con la vida y ley natural, como gente que de su naturaleza era más inclinada a no hacer mal que a saber bien. Mas con todo eso Pedro de Cieza de León, capítulo treinta y ocho, hablando de los Incas y de su gobierno, dice: "Hicieron tan grandes cosas y tuvieron tan buena gobernación que pocos en el mundo les hicieron ventaja", etc. Y el Padre Maestro Acosta, libro sexto, capítulo primero, dice lo que se sigue en favor de los Incas y de los mexicanos:
"Habiendo tratado lo que toca a la religión que usaban los indios, pretendo en este libro escribir sus costumbres y policía y gobierno para dos fines. El uno, deshacer la falsa opinión que comúnmente se tiene de ellos como de gente bruta y bestial y sin entendimiento, o tan corto que apenas merece ese nombre; del cual engaño se sigue hacerles muchos y muy notables agravios, sirviéndose de ellos poco menos que de animales y despreciando cualquiera género de respeto que se les tenga, que es tan vulgar y tan pernicioso engaño, como saben los que con algún celo y consideración han andado entre ellos y visto y sabido sus secretos y avisos, y juntamente el poco caso que de todos ellos hacen los que piensan que saben mucho, que son de ordinario los más necios y más confiados de si. Esta tan perjudicial opinión no veo medio con que pueda mejor deshacerse que con dar a entender el orden y modo de proceder que éstos tenían cuando vivían en su ley, en la cual, aunque tenían muchas cosas de bárbaros y sin fundamento, pero había también otras muchas dignas de admiración, por las cuales se deja bien entender que tienen natural capacidad para ser bien enseñados, y aun en gran parte hacen ventaja a muchas de nuestras repúblicas. Y no es de maravillar que se mezclasen yerros graves, pues en los más estirados de los legisladores y

filósofos, se hallan, aunque entren Licurgo y Platón en ellos. Y en las más sabias repúblicas, como fueron la romana y la ateniense, vemos ignorancias dignas de risa, que cierto que si las repúblicas de los mexicanos y de los Incas se refirieran en tiempo de romanos o griegos, fueran sus leyes y gobierno estimados. Mas como sin saber nada de esto entramos por la espada sin oírles ni entenderles, no nos parece que merecen reputación las casas de los indios, sino como de caza habida en el monte y traída para nuestro servicio y antojo. Los hombres más curiosos y sabios que han penetrado y alcanzada sus secretos, su estilo y gobierno antiguo, muy de otra suerte lo juzgan, maravillándose que hubiese tanta orden y razón entre ellos", etc.
Hasta aquí es del Padre Maestro Joseph de Acosta, cuya autoridad, pues es tan grande, valdrá para todo lo que hasta aquí hemos dicho y adelante diremos de los Incas, de sus leyes y gobierno y habilidad, que una de ellas fue que supieron componer en prosa, también como en verso, fábulas breves y compendiosas por vía de poesía, para encerrar en ellas doctrina moral o para guardar alguna tradición de su idolatría o de los hechos famosos de sus Reyes o de otros grandes varones, muchas de las cuales quieren los españoles que no sean fábulas, sino historias verdaderas, porque tienen alguna semejanza de verdad. De otras muchas hacen burla, por parecerles que son mentiras mal compuestas, porque no entienden la alegoría de ellas. Otras muchas hubo torpísimas, como algunas que hemos referido. Quizá en el discurso de la historia se nos ofrecerán algunas de las buenas que declaremos.

Capítulo XXVIII: Los pocos instrumentos que los indios alcanzaron para sus oficios

Ya que hemos dicho la habilidad y ciencias que los filósofos y poetas de aquella gentilidad alcanzaron, será bien digamos la inhabilidad que los oficiales mecánicos tuvieron en sus oficios, para que se vea con cuánta miseria y falta de las cosas necesarias vivían aquellas gentes. Y comenzando de los plateros, decimos que, con haber tanto número de ellos y con trabajar perpetuamente en su oficio, no supieron hacer yunque de hierro ni de otro metal: debió de ser porque no supieron sacar el hierro, aunque tuvieron minas de él; en el lenguaje llaman al hierro *quillay*. Servíanse para yunque de unas piedras durísimas, de color entre verde y amarillo; aplanaban y alisaban unas con otras; teníanlas en gran estima porque eran muy raras. No supieron hacer martillos con cabo de palo; labraban con unos instrumentos que hacen de cobre y latón, mezclado uno con otro; son de forma de dado, las esquinas muertas; unos son grandes, cuanto pueden abarcar con la mano para los golpes mayores; otros hay medianos y otros chicos y otros perlongados, para martillar en cóncavo; si traen aquellos sus martillos en la mano para golpear con ellos como si fueran guijarros. No supieron hacer limas ni buriles; no alcanzaron a hacer fuelles para fundir; fundían a poder de soplos con unos cañutos de cobre, largos de media braza más o menos, como era la fundición grande o chica; los cañutos cerraban por el un cabo; dejábanle un agujero pequeño, por do el aire saliese más recogido y más recio; juntábanse ocho, diez y doce, como eran menester para la fundición. Andaban al derredor del fuego soplando con los cañutos, y hoy se están en lo mismo, que no han querido mudar costumbre. Tampoco supieron hacer tenazas para sacar el metal del fuego: sacábanlo con unas varas de palo o de cobre, y echábanlo en un montoncillo de tierra humedecida que tenían cabe si, para templar el fuego del metal. Allí lo traían y revolcaban de un cabo a otro hasta que estaba para tomarlo en las manos. Con todas estas inhabilidades hacían obras maravillosas, principalmente en vaciar unas cosas por otras dejándolas huecas, sin otras admirables, como adelante veremos. También alcanzaron, con toda su simplicidad, que el humo de cualquiera metal era dañoso para la salud y así hacían sus fundiciones, grandes o chicas, al descubierto, en sus patios o corrales, y nunca sotechado.
No tuvieron más habilidad los carpinteros; antes parece que anduvieron más cortos, porque de cuantas herramientas usan los de por acá para sus oficios, no alcanzaron los del Perú más de la hacha y azuela, y ésas de cobre. No supieron hacer una sierra ni una barrena ni cepillo ni otro instrumento alguno para oficio de carpintería, y así no supieron hacer arcas ni puertas más de cortar la madera y blanquearla para los edificios. Para las hachas y azuelas y algunas pocas escardillas que hacían, servían los plateros en lugar de herreros, porque todo el herramental que labraban era de cobre y azófar. No usaron de clavazón, que cuanta madera ponían en sus edificios, toda era atada con sogas de esparto y no clavada. Los canteros, por el semejante, no tuvieron más instrumentos para labrar la piedra que unos guijarros negros que llamaban *hihuana*, con que las labran machucando más que no cortando. Para subir y bajar las piedras no tuvieron ingenio alguno; todo lo hacían a fuerza de brazos. Y con todo

eso hicieron obras tan grandes y de tanto artificio y policía que son increíbles, como lo encarecen los historiadores españoles y como se ve por las reliquias que de muchas de ellas han quedado. No supieron hacer unas tijeras ni agujas de metal; de unas espinas largas que allá nacen las hacían, y así era poco lo que cosían, que más era remendar que coser, como adelante diremos. De las mismas espinas hacían peines para peinarse: atábanlas entre dos cañuelas, que eran como el lomo del peine, y las espinas salían al un lado y al otro de las cañuelas en forma de peine. Los espejos en que se miraban las mujeres de la sangre real eran de plata muy bruñida, las comunes en azófar, porque no podían usar de la plata, como se dirá adelante. Los hombres nunca se miraban al espejo, que lo tenían por infamia, por ser cosa mujeril. De esta manera carecieron de otras muchas cosas necesarias para la vida humana: pasábanse con lo que no podían escusar, porque fueron poco o nada inventivos de suyo, y, por el contrario, son grandes imitadores de lo que ven hacer, como lo prueba la experiencia de lo que han aprendido de los españoles en todos los oficios que les han visto hacer, que en algunos se aventajan.

La misma habilidad muestran para las ciencias, si se las enseñasen como consta por las comedias que en diversas partes han representado, porque es así que algunos curiosos religiosos, de diversas religiones, principalmente de la Compañía de Jesús, por aficionar a los indios a los misterios de nuestra redención, han compuesto comedias para que las representen los indios, porque supieron que las representaban en tiempo de sus Reyes Incas y porque vieron que tenían habilidad e ingenio para lo que quisiesen enseñarles, y así un padre de la Compañía compuso una comedia en loor de Nuestra Señora la Virgen María y la escribió en lengua aimará, diferente de la lengua general del Perú. El argumento era sobre aquellas palabras del libro tercero del Génesis: "*Pondré enemistades entre ti y entre la mujer, etc... y ella misma quebrantará tu cabeza".* Representáronla indios muchachos y mozos en un pueblo llamado Sulli. Y en Potosí se recitó un diálogo de la fe, al cual se hallaron presentes más de doce mil indios. En el Cozco se representó otro diálogo del niño Jesús, donde se halló toda la grandeza de aquella ciudad. Otro se representó en la ciudad de Los Reyes, delante de la Cancillería y de toda la nobleza de la ciudad y de innumerables indios, cuyo argumento fue del Santísimo Sacramento, compuesto a pedazos en dos lenguas, en la española y en la general del Perú. Los muchachos indios representaron los diálogos en todas las cuatro partes con tanta gracia y donaire en el hablar, con tantos meneos y acciones honestas, que provocaban a contento y regocijo, y con tanta suavidad en los cantares que muchos españoles derramaron lágrimas de placer y alegría viendo la gracia y habilidad y buen ingenio de los indiezuelos; y trocaron en contra la opinión que hasta entonces tenían de que los indios eran torpes e inhábiles.

Los muchachos indios, para tomar de memoria los dichos que han de decir, que se los dan por escrito, se van a los españoles que saben leer, seglares o sacerdotes, aunque sean de los más principales, y les suplican que les lean cuatro o cinco veces el primer renglón, hasta que lo toman de memoria, y porque no se les vaya de ella, aunque son tenaces, repiten muchas veces cada palabra, señalándola con una piedrecita o con un grano de una semilla de diversos colores, que allá hay, del tamaño de garbanzos, que llaman *chuy*, y por aquellas señales se acuerdan de las palabras, y de esta manera van tomando sus dichos de memoria con facilidad y brevedad, por la mucha diligencia y cuidado que en ello ponen. Los españoles a quien los indiezuelos piden que les lean no se desdeñan ni se enfadan, por graves que sean antes les acarician y dan gusto, sabiendo para lo que es. De manera que los indios del Perú, ya que no fueron ingeniosos para inventar, son muy hábiles para imitar y aprender lo que les enseñan. Lo cual experimentó largamente el licenciado Juan [de] Cuéllar, natural de Medina del Campo, que fue canónigo de la Santa Iglesia del Cozco, el cual leyó gramática a los mestizos hijos de hombres nobles y ricos de aquella ciudad *(Juan de Cuéllar fue recibido en la Catedral del Cuzco el 4 de julio de 1552; o sea cuando el Inca Garcilaso, que entonces se llamaba Gómez Suárez de Figueroa, tenía trece años de edad. Garcilaso lo vuelve a recordar, como preceptor suyo en la Historia General del Perú. -Prólogo y Libro VII, cap. 22-)*. Movióse a hacerlo de caridad propia y por súplica de los mismos estudiantes, porque cinco preceptores que en veces antes habían tenido los habían desamparado a cinco o seis meses de estudio, pareciéndoles que por otras granjerías tendrían más ganancia, aunque es verdad que cada estudiante les daba cada mes diez pesos, que son doce ducados, mas todo se les hacía poco, porque los estudiantes eran pocos, que cuando más llegaron a docena y media. Entre ellos conocí un indio Inca llamado Felipe Inca, y era de un sacerdote rico y honrado que llamaban el Padre Pedro Sánchez, el cual, viendo el habilidad que el indio mostraba en leer y escribir, le dio estudio, donde daba tan buena cuenta de la gramática como el mejor estudiante de los mestizos. Los cuales, cuando el preceptor

los desamparaba, se volvían a la escuela hasta que venía otro, el cual enseñaba por diferentes principios que el pasado, y si algo se les había quedado de lo pasado, les decían que lo olvidasen porque no valía nada.
De esta manera anduvieron en mis tiempos los estudiantes descarriados de un preceptor en otro, sin aprovecharles ninguno hasta que el buen canónigo los recogió debajo de su capa y les leyó latinidad casi dos años entre armas y caballos, entre sangre y fuego de las guerras que entonces hubo de los levantamientos de don Sebastián de Castilla y de Francisco Hernández Girón, que apenas se había apagado el un fuego cuando se encendió el segundo que fue peor y duró más en apagarse. En aquel tiempo vio el canónigo Cuéllar la mucha habilidad que sus discípulos mostraban en la gramática y la agilidad que tenían para las demás ciencias, de las cuales carecían por la esterilidad de la tierra. Doliéndose de que se perdiesen aquellos buenos ingenios, les decía muchas veces: "¡Oh, hijos, qué lástima tengo no ver una docena de vosotros en aquella universidad de Salamanca!" Todo esto se ha referido por decir la habilidad que los indios tienen para lo que quisieren enseñarles, de la cual también participan los mestizos, como parientes de ellos. El canónigo Juan de Cuéllar tampoco dejó sus discípulos perfeccionados en latinidad porque no pudo llevar el trabajo que pasaba en leer cuatro lecciones cada día y acudir a las horas de su coro, y así quedaron imperfectos en la lengua latina. Los que ahora son deben dar muchas gracias a Dios porque les envió la Compañía de Jesús, con la cual hay tanta abundancia de todas ciencias y de toda buena enseñanza de ellas, como la que tienen y gozan. Y con esto será bien volvamos a dar cuenta de la sucesión de los Reyes Incas y de sus conquistas.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

Literatura indígena

Tragedia del fin de Atawallpa

Atau Wallpaj uchukakuyninpa wankan

Versión en español de Jesús Lara

Buenos Aires: Del Sol, 2005.

En 1955, luego de una afanosa búsqueda, llegó a manos de Jesús Lara –uno de los más importantes hombres de la cultura boliviana contemporánea– el texto aquí editado, fechado en Chayanta en 1871.
Era un manuscrito de 24 folios a doble columna, compuesto en vero y en un quechua limpio, austero, sin impostaciones, lo que hace suponer que fue redactado en los primeros tiempos de la colonia.
Se evidencia que los Incas conocieron en su teatro dos géneros perfectamente diferenciados: el wanka y el aránway.
Esta obra es un *wanka*, género eminentemente histórico, que habla de la vida de los monarcas y grandes personajes y guarda alguna relación con la tragedia. El protagonista debía ser un personaje que en la vida real había dejado de existir. No se permitía, por ley o por costumbre, llevar a escena hechos de personajes que aún vivían.
El género aránway disponía, por el contrario, de una temática más amplia, pues podía abordar cualquiera de los episodios relacionados con la vida ordinaria. La semejanza es que en ambos actúan personajes ilustres. En el wanka no concurren el acento trágico ni el desenlace funesto, imprescindibles en la tragedia. El wanka es una página de historia antes que exposición de grandes infortunios. El aránway era más aproximado a la comedia y se diferenciaba de ésta sólo en la admisión de la música y del canto. Música y canto, elementos ajenos a la comedia, gozaban de enorme prestigio no sólo en el aránway, sino asimismo en el wanka.
El espectáculo se desarrollaba por lo común en un espacio abierto denominado aranwa, en cuya parte céntrica se construía el mallki, que era un pequeño bosque artificial a manera de escenario. Los actores aparecían reunidos a

un extremo del mallki y allí permanecían hasta el final. El diálogo se efectuaba en el centro del escenario, adonde se dirigían solamente aquellos a quienes tocaba intervenir en la acción. El público asistía agrupado en círculo alrededor de los actores, a cierta distancia del mallki.
Más que de un rey, esta obra nos habla del destino trágico de una magnífica civilización que, en un lugar de enfrentar al invasor creyó en sus buenos propósitos; por ello tuvo un destino de muerte y esclavitud.

Incas

Inca Atau Wallpa
Inca Waylla Wisa
Inca Sairi Tupaj
Inca Challkuchima
Inca Khishkis
Inkaj Churin (Hijo del Inca)
Ñust´akuna (Princesas)
Qhora Chinpu
Qúyllur T´ika

Enemigos de barba

Pizarro
España
Almagro
Padre Valverde
Felipillo

Atau Wallpa

Adorables y tiernas,
princesas mías
mi corazón se sume en honda pena,
una extraña ansiedad mi ser devora,
la razón me abandona.
He amanecido acongojado.
Por qué será que dos noches seguidas
el mismo sueño infausto
ha venido a turbarme.
Ambas veces he visto al Sol,
purificador Padre nuestro,
oculto en negro y denso humo,
y toda la extensión del cielo
y las montañas todas
ardiendo con el mismo rojo
que hay en el pecho de los pillkus.
Quizá la muerte está cerca.
Quizá el Sol y la Luna,
Nuestros depuradores Padres,
de su presencia nos apartarán.
Ay, mi adorable
Qhora Chinpu,
ay, mi dilecta,
Qúyllur T´ika,
tiernas princesas mías,
nos anega la pena,
amanecemos a la angustia.
Así se torna nuestra vida

Qhora Chinpu

Amado y único señor,
Atau Wallpa, Inca mío,
dinos, pues, si en tu sueño
repetido en dos noches
viste algo más.

Atau Wallpa

Ay, mi adorable
Qhora Chinpu,
ay, mi dilecta,
Qúyllur T´ika,
tiernas princesas mías,
me ha dado un wak´a un negro augurio,
dos veces me ha embrujado,
me ha mostrado en mis sueños
una escena increíble,
difícil de ser admitida,
imposible de ser narrada.
Tal vez sea evidente que hombres
vestidos de agresivo hierro
han de venir a nuestra tierra
a demoler nuestras viviendas,
a arrebatarme mi dominio,
Qhora Chinpu, princesa mía.

Qhora Chinpu

Amado y único señor,
Atau Wallpa, Inca mío,
fuera acaso veraz tu sueño.
Qué suerte entonces
qué suerte nos aguardaría
a tus criaturas.
Convoca, pues, al sumo sacerdote,
tu primo hermano,
señor que sabe presagiar durmiendo,
a fin de que en su sueño aclare
debidamente lo que tú has soñado.
Si el albur se confirma,

llamarás a todos tus hijos
y a tus primos hermanos
para que ellos convoquen
a todos tus vasallos.
Y entonces sin ceder nuestros guerreros
el rigor de sus hondas
arrojarán a los osados.
Eso te digo, único señor,
Atau Wallpa, Inca mío.
Qué hermoso fuera si el Sol, nuestro Padre
que purifica y es lumbra del mundo,
quisiera que así sea, que así sea.

Atau Wallpa

Muy amado Inca Waylla Wisa,
señor que sabe dormir, dónde
están mis dos serpientes de oro,
dónde mi hacha de oro;
dónde está, Inca Waylla Wisa,
mi dócil y fiero anutara,
dónde está mi honda de oro
de invencible poder.
Dónde están mis vasallos todos,
por qué no vienen a inquirir
por su Inca, Waylla Wisa.

Waylla Wisa

Venerado señor y poderoso
Atau Wallpa, Inca mío,
el Sol excelso, nuestro Padre,
que alumbra al mundo, bien te guarde.

Atau Wallpa

Igual te guarde a ti también,
gran sacerdote que durmiendo agora,
mi primo hermano.

Waylla Wisa

Tus dos serpientes de oro
tienes aquí,
tienes también aquí tu hacha de oro,
también tu honda de oro
de invencible poder,
aquí también está tu dócil
y feroz anutara.

Atau Wallpa

Waylla Wisa, Inca que durmiendo agora,
mi primo hermano,
tú residiste solitario
antaño en las montañas
para hallarte más cerca
del Sol, nuestro Padre que lava.
Tú sabes lo que hablan
esas montañas.
Tú escuchas de la boca
áspera de las chullpas
lo que nadie ha escuchado.
Acércate ahora, y óyeme.
Dos noches sucesivas en mis sueños,
no he visto nada lisonjero.
Al despertar, una turbia zozobra,
una ansiedad horrible me ha invadido.
Durante los dos sueños
hombres cubiertos de irritante hierro
innumerables han brotado
como las entrañas de la tierra,
han arrasado con nuestras casas
y han saqueado codiciosos
los templos de oro
de todos nuestros dioses,
y el cielo y las montañas
han ardido con llamas rojas,
rojas como el pecho del pillku.
Ve, Inca Waylla Wisa,
ve y duerme un poco
en tu morada de oro.
Puede ser que durmiendo,
llegues mi sueño a descifrar.
Anda, pues, Inca Waylla Wisa,
mi primo hermano.

Waylla Wisa

Bien, mi poderoso señor,
bien, mi Inca, el que me ordena,
cumpliré tu mandato.
Tal vez durmiendo un poco,
me sea dado interpretar tu sueño.
Iré con el volar del waychu,
señor poderoso, Inca mío.

Atau Wallpa

Padre sempiterno de todos,
el misericordioso Qhápaj Manko
hijo del Sol que purifica fue,
honrado y venerado.
Y fue de él descendiente
Wiraqucha, Inca poderoso.
Fue él quien vio en su desdicha
enemigos de férreas vestiduras,
y así supo él, ya en aquel tiempo,
que a nuestra tierra ellos vendrían.
Y yo soy Atau Wallpa,

hijo del Inca Wayna Qhápaj.
Ahora con mi recio poderío
mil lagos de sangre
verteré por doquiera.
Por qué vienen a hollar mi tierra,
mis dominios aquellos hombres
vestidos de agresivo hierro.
Si habrá razón para pensar que es cierto
que han venido por mí
enemigos de barba roja
que sólo saben de victorias.
Quizás ellos piensen adueñarse
de nuestra tierra
después de darnos muerte.
Luego veremos, y sabremos
si el Sol que purifica y luz da al mundo,
nuestro Padre, querrá alejarse
de nosotros y abandonarnos,
o si al contrario, sin remedio
convertirá en ceniza
a aquellos que han venido codiciosos
de nuestro oro y nuestra plata.

Waylla Wisa

Venerables antepasados,
mis Incas siempre recordados,
tengo transido el corazón.
Francamente no sé lo que presagio.
Temo que el sueño de nuestro señor
vaya a volverse realidad.
Iré a casa de mi único señor
y a él le informaré…
Ay soberano mío,
dilecto y poderoso,
mi corazón se ha ensombrecido.
Algún grave peligro
se ha de cernir sobre nosotros.
Posible es que veamos
en realidad tu sueño convertido.

Atau Wallpa

Ay, Waylla Wisa, viejo mago,
tú que durmiendo agoras, primo hermano,
en qué triste lenguaje me hablas,
Cuéntame lo que has visto.

Waylla Wisa

Ay, soberano mío,
dilecto y poderoso
he visto cosas muy aciagas
y ninguna agradable.
Hombres de larga barba,
todos rojos, venían
por encima del mar
en navíos de hierro.

Atau Wallpa

Ay, Inca Waylla Wisa,
mi primo hermano,
qué cosa triste has visto,
qué cruel pronóstico me traes.
Anda, regresa, ve a saber
si es cierto que han de penetrar
en nuestro hogar, en nuestra tierra.
Ve, coge un anutara
y de sobre su lomo
observa un lado y otro lado,
observa todos los contornos.
Ve si es cierto que vienen
esos adversarios con barba.

Waylla Wisa

Bien, mi señor, el que me manda,
cumpliré tu mandato,
volveré, iré e indagaré
con el más digno empeño.

Muy querida anutara,
mi anutaria, tú sabías.
desde las cimas de los montes,
bajar detrás de mí.
Tú que abarcas la lejanía
deja que mire tus ojos.
Por qué será que pienso
que hacia este sitio se dirigen
adversarios desconocidos
con cantos jamás escuchados,
golpeando grandes tambores
y soplando flautas de hierro.
Mas, observo por este lado
tampoco se ve nada;
miro por aquel lado,
y no hay nada que pueda verse.
Miro por todos los costados,
pero no se descubre nada;
ni el frío siquiera, ni el viento,
nada hay que se aproxime.
Una vez más he de dormir.
Quizá así podré ver algo.

Ñust´akuna (Las princesas)

Habían llegado adversarios,

Inca mío,
Por encima del mar,
Inca mío,
a agrisar viene nuestros días,
Inca mío
Ay, mi dilecto Waylla Wisa,
Inca mío
Hasta cuándo vas a dormir,
Inca mío
Mi muy amado Sairi Túpaj,
Inca mío
despiértalo, que se levante,
Inca mío.

Sairi Túpaj

Ay de mí, mi dilecto
Waylla Wisa, ingenioso mago,
ya has dormido de sobra.
Despierta, pues, y escúchame
y avísame lo que has podido
ver en tu sueño.
No es dable que sigas durmiendo
cuando el peligro acecha.

Waylla Wisa

¡Qué hay, qué es esto, dónde es esto!
Creo que ciertamente están viniendo
hombres barbudos y agresivos
por encima del mar.
Vienen en roja muchedumbre.
He de dormir aún una vez
a fin de ver más claramente.

Ñust´akuna (Las princesas)

Ay, mi dilecto Waylla Wisa,
Inca mío,
hasta cuándo vas a dormir,
Inca mío,
Qué nube de pena es aquélla
Inca mío
que ennegreciéndose se acerca,
Inca mío
que fatal desventura,
Inca mío
nos trae en su calígine,
Inca mío
Mi muy amado Challkuchima
Inca mío.
rojo turbión inunda nuestra puerta,
Inca mío.
Ven, tal vez tú pudieras,
Inca mío.
Despertar a este sacerdote,
Inca mío.

Challkuchima

Waylla Wisa, ingenioso mago,
hasta cuándo piensas dormir.
Abre los ojos de una vez
y mueve ya los labios
y sin demora avísanos
qué nos estás trayendo.
Despierta, pues, levántate.
Muy amado Inca Khishkis,
mi primo hermano,
tan profundo es su sueño
que no me escucha.
Acércate tú cuando puedas
quizá consigas despertarle.

Khishkis

Me aproximaré entonces
a ver si a mí es dado
de su sueño arrancarle.
Ay de mí, mi dilecto
Waylla Wisa, señor que duerme,
mi carísimo Inca,
a qué extremo te amarra el sueño.
Nuestro corazón se ha nublado,
la adversidad está sobre nosotros.
Despierta, pues, levántate,
avísanos aquello
que en tus sueños has visto.

Waylla Wisa

¡Qué hay, qué es esto, dónde es esto!
Evidente es que están viniendo
hombres barbudos y agresivos
por encima del mar
en grandes navíos de hierro.
Vienen en roja muchedumbre.
Llevan tres cuernos puntiagudos
igual que los venados,
y tienen los cabellos
con blanca harina polvoreados,
y en las mandíbulas ostentan
barbas del todo rojas, semejantes
a largas vedijas de lana,
y llevan en las manos
hondas de hierro extraordinarias,
cuyo poder oculto
en vez de lanzar piedras

vomita fuego llameante,
y luego en los pies tienen
extrañas estrellas de hierro
que en resplandores se deshacen…

¡Ay de mí! Iré por este lado.
¡Ay de mí! Iré por aquel otro lado.
Se me entorpece todo el cuerpo,
y los pies se me enredan
y se me ata la lengua.
Iré volando, informaré
a mi solo señor, a mi Inca,
a mi dilecto soberano.
Aunque no he visto nada,
una voz interior me dice
que hacia este sitio se dirigen
esos hombres barbudos y agresivos,
aquellos que en grandes navíos
encima de agua vinieron…

Amado y único señor,
Atau Wallpa, Inca mío,
era evidente que llegaban
hombres barbudos y agresivos.
Extendíanse en roja muchedumbre.
Llevaban tres cuernos agudos
igual que los venados,
la cabellera enharinada,
la barba, roja vedija de lana,
hondas de hierro entre las manos
y en el extremo de sus hondas
fuego deshecho en llamas,
y en los pies claras estrellas de hierro.

Atau Wallpa

¡Ay de mí, Waylla Wisa,
hábil mago, mi primo hermano,
qué amarguras me traes,
qué adversidad me anuncias!
Mas, tú n te atribules.
Siempre podremos más los íncas.
Vé tú al encuentro
de esos enemigos de barba,
pregúntales a qué han venido
y con qué fin me buscan.

Waylla Wisa

Muy bien, mi solo señor, mi inca,
muy bien, conductor mío,
cumpliré tu mandato.
Iré al encuentro
de esos enemigos de barba,
indagaré el objeto
con que buscarte vienen
y qué es lo que contigo quieren…
¡Hombres rojos, barbudos adversarios,
qué os trae a esta tierra,
con qué motivo a mi señor,
a mi Inca le buscáis!

Almagro

(Sólo mueve los labios)

Felipillo

Waylla Wisa, señor que duerme,
este rubio señor te dice:
<<Por el señor más poderos
del mundo venimos enviados.
Todos los hombres a él le deben
ciega obediencia.
Mensajero, dime quién es
el Inca que a ti te gobierna>>.

Waylla Wisa

¿Acaso tú no sabes
que es Atau Wallpa, el único señor,
el señor poderoso?
¿Acaso tú no sabes
que las montañas y los árboles
y todos los seres vivientes
su voluntad atacan?
¿Acaso tú no sabes
que con su fiero y dócil anutara
suele hacer devorar
muchedumbres enteras?
El con tu invencible honda de oro
heriría inclusive a las estrellas.

Almagro

(Sólo mueve los labios)

Felipillo

Este forastero te dice
<<No hables más de la cuenta
Ni digas palabras insulsas.
sábelo bien, el miedo es algo
Que nosotros no conocemos>>.

Waylla Wisa

Barbudo enemigo, hombre rojo,
¡qué oscuro torbellino
pudo haberte traído
a nuestro país, a nuestra tierra!

Almagro
(Sólo mueve los labios)
Felipillo
Este fuerte señor te dice
<<Nosotros hemos venido
en busca de oro y plata>>.
Padre Valverde
(Grita)
Felipillo
Dice este sacerdote:
<<No. Nosotros venimos
a hacer que conozcáis
al verdadero Dios>>.
Waylla Wisa
El Sol, que es nuestro Padre,
es de oro refulgente
y la Luna, que es nuestra Madre,
es de radiante plata,
y en Quirkancha ambos están.
Para acercarse ellos
hay que besar antes la tierra.
Padre Valverde
(Solo mueve los labios)
Felipillo
Dice este sabio sacerdote:
Nosotros tan sólo en presencia
De Nuestro Señor Jesucristo,
de la Virgen María, nuestra Madre,
y de los santos
nos ponemos de hinojos.
Waylla Wisa
Antes de que me ponga a voltear
ésta mi honda de oro
piérdete, regresa a tu tierra,
hombre rojo que ardes como el fuego.
Almagro
(Solo mueve los labios)
Felipillo
Este fuerte señor te dice:
No te propongas provocar
pelea con nosotros.
Mejor será que vayas a entregar
a tu señor este mensaje.
Waylla Wisa
Adversario barbudo, hombre rojo,
qué chala blanca es ésta.
Aguárdame un momento,
iré a casa de mi señor,
y a él le mostraré esta chala
que has traído…

Amado y único señor,
Atau Wallpa, Inca mío,
Esta chala me han entregado
esos hombres barbudos y agresivos.
Atau Wallpa
Waylla Wisa, señor que duerme,
esta chala que has traído
no me dice nada.
Waylla Wisa
Dámela, dilectísimo
y único señor, Inca mío,
a fin de yo lo interrogue.
Quién sabe qué dirá esta chala.
Es posible que nunca
llegue a saberlo yo.
Vista de costado
es un hervidero de hormigas.
La miro desde este otro costado
Y se me antojan las huellas que dejan
las patas de los pájaros
en las lodosas orillas del río.
Vista así, se parece a los venados
puestos de cabeza abajo
y las patas arriba.
Y si sólo así la miramos
es semejante a llamas cabizbajas
y cuernos de venado.
Quién comprender esto pudiera.
No no, me es imposible,
mi señor, penetrarlo.
Atau Wallpa
Hermano mío, Waylla Wisa,
volando si es posible como el viento
ve y entrega
esta chala
al Inca Sairi Túpaj,
nuestro primo hermano.
Pregúntale, tal vez él sepa
lo que esta chala avisa.
Waylla Wisa
Bien, mi señor, el que me ordena,
he de llevarle entonces
volando como el viento
al Inca Sairi Túpaj,
nuestro primo hermano…

Dilectísimo Sairi Túpaj,
mi primo hermano,
el Sol que purifica y la luz da al mundo,
nuestro Padre, te guarde.

Sairi Túpaj

A ti lo mismo, Waylla Wisa,
máximo sacerdote,
padre mío, padre mío.

Waylla Wisa

Nuestro señor te manda aquí esta chala
que los guerreros de barba le enviaron,
a fin de que tú puedas
desentrañar lo que ella dice.

Sairi Túpaj

Waylla Wisa, señor que duerme,
qué chala blanca es ésa.
Dámela, tal vez pueda
saber lo que ella avisa.
No; no alcanzo a entender
lo que quiere decir.
No puede decir nada bueno
En mis sueños he visto a Túkuy Jallp´a
y he oído de sus labios que ella quiere
a esos barbudos enemigos.
Por si acaso lleva esta chala
a nuestro Inca Challkuchima;
puede ser que él alcance a descifrarla.

Waylla Wisa

Le llevaré también entonces
a nuestro Inca Challkuchima…
Mi amado Inca Challkuchima,
el Sol que lava, claridad del mundo,
nuestro Padre, su luz te otorgue.

Challkuchima

Te dé su luz a ti igualmente,
Waylla Wisa, Inca mío.

Waylla Wisa

El Inca Sairi Túpaj
esta chala te envía
viendo que le es difícil penetrar
esa escritura de los enemigos.

Challkuchima

Dámela, pues, entonces.
Pero qué chala blanca
me alcanzas, Inca mío.
Y esto con qué negrura
está pintarrajeado y rasguñado.
Me hallo incapaz de descifrarlo.
Llévale, pues, al Inca Khishkis,
nuestro primo hermano.
Tal vez podrá él saber qué dice aquí.

Waylla Wisa

Le he de llevar también entonces
a nuestro Inca Khishkis,
el Sol que purifica y luz da al mundo,
nuestro Padre, su luz otorgue.

Khishkis

Te dé su luz a ti igualmente,
Waylla Wisa, señor que duerme,
padre mío, padre mío.

Waylla Wisa

Nuestro Inca Challkuchima es quien te dice:
<<Que el descifre esta chala
que el barbudo enemigo
le remitió a nuestro señor>>.

Khishkis

Waylla Wisa, hechicero,
cómo hemos de poder interpretar
esto que se nos muestra impenetrable.
Pero tal vez, si nuestra Madre Luna
me iluminase, alcanzaría
a comprender lo que esta charla encierra.
Yo ya sabía que debían
venir los enemigos.
Hace ya más de cuatro meses
Nuestra Madre Luna, en mis sueños,
por tres veces me dijo
que la existencia de nuestro señor
estaba cerca de su fin,
que iba a quedar pronto concluida.
No tengo para qué ver esta chala.
Todo mi ser está abatido
y destrozado tengo el corazón.
Ya cae la aflicción sobre nosotros,
nos llega el día de la desventura.
Señor que duerme, Inca, padre mío,
lleva, pues, esta chala
al hijo de nuestro Inca.
Tal vez podrá interpretarla.

Waylla Wisa

La he de llevar también entonces
y se la daré al hijo de nuestro Inca.
Mi muy amado hijo del Inca,
el Sol que lava, claridad del mundo,
nuestro Padre, su luz te otorgue.

Inca Chuin (Hijo del Inca)

Te dé luz a ti igualmente,
Waylla Wisa, señor que duerme,
padre mío. ¿Por qué caminas
por un lado y por otro?
No te demores en decírmelo,
acaso pueda yo escucharte.

Waylla Wisa

Nuestro Inca Khishkis cree
que tal vez tú lograras
descifrar esta chala blanca
que le enviaron los enemigos
a nuestro Inca, único señor.

Inkaj Churin

Waylla Wisa, hombre mago,
dámela pues, acaso
pudiera yo desentrañarla.
¡Ay de mí! qué es, dónde es esto,
con qué negrura está rociada
y rasguñada la chala esta.
Quién hay capaz de comprenderlo.
Anda, pues, y devuelve
a nuestro Inca, único señor,
y avísale que todos nuestros incas
se han mostrado incapaces
de entender esta chala.

Waylla Wisa

Le llevaré de nuevo entonces
a nuestro Inca único señor…

Pero quiero llevarle antes
a mi Inca Sairi Túpaj…

Mi muy amado Sairi Túpaj,
mi primo hermano,
los incas no han podido
descifrar esta chala.

Sairi Túpaj

Waylla Wisa, hombre mago,
es menester que la devuelvas
a nuestro Inca, único señor.

Waylla Wisa

Sairi Túpaj, Inca mío,
ayúdame tú a devolverla.

Sairi Túpaj

Bien, Waylla Wisa, sumo sacerdote,
así sea. Camina, pues…

Mi amado y único señor
hijo de nuestro Padre Sol,
me visitó en mis sueños anteanoche
Túkuy Jallp´a, tu madre,
y en mis sueños me dijo:
<<Yo quiero a ese Pizarro
mi enemigo de barba roja>>.
Acaso tu palabra
en esta chala está, pero no quiere
manifestársenos.
Ordena a Waylla Wisa,
señor que duerme, nuestro amauta,
que nos revele qué infortunio
ha de caer sobre nosotros.

Atau Wallpa

Waylla Wisa, sumo sacerdote,
mi primo hermano,
te ordeno que nos digas
lo que ha de suceder.

Waylla Wisa

Dilectísimo y único señor,
Atau Wallpa, Inca mío,
aquel que tu sueño ha de volverse
un hecho claro y cierto.
Qué desventura es ésta,
qué ha de ser de nosotros
los incas todos,
y de los hijos tuyos
y de los nietos nuestros.
Así será que nuestro término
ha de llegarnos.

Atau Wallpa

Waylla Wisa, señor que duerme,
puede ser que así no suceda.
Convendría que duermas otra vez,
quizá entonces aclarar lograras
lo que ha de acontecer.

Waylla Wisa

Bien, Inca mío, el que me manda…
cumpliré tu mandato…

Atau Wallpa

Waylla Wisa, hechicero,
¿hasta cuándo vas a dormir?
Amado Sairi Túpaj,
Inca mío, mi primo hermano,
haz que despierte
este mortal, señor del sueño.

Sairi Túpaj

Waylla Wisa, gran sacerdote,

levántate , levántate,
mira que todos esperamos
tu serena palabra.
Waylla Wisa, hombre mago,
¿hasta cuándo vas a dormir?

Atau Wallpa

Mi muy amado Challkuchima,
capitán de capitanes,
tal vez a ti te fuera dado
hacer que este mago despierte.

Challkuchima

Waylla Wisa, hombre mago,
con qué corazón duermes,
¿acaso tú no ves que nuestro Padre
el Sol, que sabe depurar, se envuelve
en nube de tristeza?
Waylla Wisa, señor que duerme
¿hasta cuándo vas a dormir?

Atau Wallpa

Mi dilecto Inca Khishkis,
sin par en el combate,
acércate, tal vez tu llamada
este hombre mago despertara.

Khishkis

Mi dilecto señor que duerme,
hombre mago, Inca Waylla Wisa,
¿por qué, por qué es que tanto duermes?
Levántate, lavántate,
estamos esperando tu palabra.
¿Acaso tú no adviertes
que el infortunio se derrama
sobre nosotros cual ceniza?
Waylla Wisa, hombre mago,
¿hasta cuándo vas a dormir?

Atau Wallpa

Renuevo mi vida,
muy amado hijo mío
aproxímate tú también, quién sabe
hacer pudieras que despierte
este hombre hechicero que duerme.

Incaj Churin (Hijo del Inca)

Mi dilecto señor que duerme,
padre mío, padre mío,
¿por qué de esta manera con el sueño
te dejas dominar?
¿Hasta cuándo hemos de esperar
tu palabra veraz?
¿Acaso tú no escuchas el sollozo
del viento de la pena en las techumbres
y en el ramaje de los árboles?
Waylla Wisa, mi padre,
¿hasta cuándo vas a dormir?

Atau Wallpa

Mi muy amado Waylla Wisa,
mi primo hermano,
camina, pues, y un poco,
un poco acércate.
Y escucha mi mandato.

Waylla Wisa

Dilectísimo y único señor,
Atau Wallpa, Inca mío,
aquí me tienes, aquí vengo,
ordéname, ordéname.

Atau Wallpa

Ve, pues, volando a casa
de Sairi Túpaj, nuestro primo hermano,
y dile que yo ordeno
que él, como hombre arrojado vaya a verse
con los enemigos barbudos
y hable con ellos el lenguaje digno
y les pregunte
qué es lo que en nuestra tierra quieren.

Waylla Wisa

Bien, mi señor, el que me manda,
cumpliré tu mandato,
iré volando,
volando iré a llamarle
a nuestro primo hermano
el Inca Sairi Túpaj…

Mi muy amado Inca Sairi Túpaj,
mi primo hermano,
es nuestro Inca quien me envía
a decirte que a verle te aproximes.

Sairi Túpaj

Waylla Wisa, señor que duerme,
padre mío,
te pido que me digas sin tardanza
el motivo de su llamada.

Waylla Wisa

Nuestro único señor el Inca
te dice: «El, como hombre arrojado
vaya a hablar en lenguaje decoroso
con los enemigos de barba».

Sairi Túpaj

Entonces iré, volaré,

me aproximaré a su palacio.

Mi venerado y único señor,
Atau Wallpa, Inca mío,
el Sol que purifica y luz da al mundo,
nuestro padre, te guarde.

Atau Wallpa

Te preservaré igualmente
a ti, Inca Sairi Túpaj,
mi primo hermano.
He aquí tu clava de oro
y tus serpientes de oro
de invencible poder
y tu anutara bravo y obediente.
Eres tú quien debe ir a verse,
como el más fuerte entre los fuertes,
con los enemigos de barba;
anda, pues, a saber lo que hacen
en nuestra tierra,
ve, pues, a preguntarles
con qué objeto me buscan.

Sairi Túpaj

Bien, mi señor, el que me ordena,
cumpliré tu honroso mandato.
Partiré, sin descanso
andaré hasta encontrarme
con los enemigos de barba…

¿Dónde, por dónde andáis,
rústicos hombres rojos?
¿Dónde, por dónde andáis,
enemigos de barba?
¿Dónde, por dónde andáis, vosotros
que buscáis a mi único señor?

Pizarro

(Sólo mueve los labios)

Sairi Túpaj

Barbudo adversario, hombre rojo,
¿por qué tan sólo a mi señor,
a mi Inca le andas buscando?
¿No sabes que Atau Wallpa
es Inca y único señor?
¿Acaso ignoras
que dueño es de esta clava de oro?
¿Acaso ignoras que estas
dos serpientes de oro
son de su propiedad?
Antes de que levante
ésta su clava de oro,
antes de que vayan a devorarte
estas serpientes de oro,
piérdete, regresa a tu tierra,
barbudo enemigo, hombre rojo.

Pizarro

(Sólo mueve los labios)

Sairi Túpaj

Hombre rojo que ardes como el fuego
y en la quijada llevas densa lana,
me resulta imposible
comprender tu extraño lenguaje.
Yo no sé qué me dices, no lo puedo
saber de ningún modo.
Antes de que mi solo señor, mi Inca
monte en cólera, vete piérdete.

Pizarro

(Sólo mueve los labios)

Felipillo

Sairi Túpaj, Inca que manda,
este rubio señor te dice:
<<¿Qué necedades vienes
A decirme, pobre salvaje?
Me es imposible comprender
tu oscuro idioma.
Pero yo te pregunto
dónde se halla tu señor Inca.
Yo vengo en busca de él
y me propongo conducirlo:
si no, obtendré siquiera su cabeza
o bien su insignia real, para que vea
el poderoso señor, rey de España.
Eso te dice este guerrero,
Sairi Túpaj, Inca que manda>>.

Sairi Túpaj

Barbudo enemigo, hombre rojo,
tampoco yo a entender alcanzo
ése tu idioma. A la morada
de mi señor acércate,
acaso él pueda comprenderte.
Encuéntrate con él y con él habla
como quien más potestad posee.

Felipillo

(Le parlotea a Pizarro)

Sairi Túpaj

¡Ay, ay, mi muy amado
Atau Wallpa, Inca mío!

Me es imposible descifrar
el lenguaje del enemigo.
Me infunde miedo el deslumbrar
de su honda de hierro.
Te toca a ti, solo señor, mi Inca,
como a poderoso que eres,
verte y hablar de igual a igual con él;
acaso tú desentrañar pudieras
ése su atronador idioma.
Yo no he podido comprenderlo
de ninguna manera.
He aquí tu clava de oro.
He aquí también tus dos serpientes,
he aquí también tu feroz anutara,
he aquí tu honda de oro
de invencible poder.

Atau Wallpa

Nada hay que hacer entonces.
Mis muy amados incas,
todos vosotros competid
sea con la honda o con la clava;
hacedlos volver a su tierra;
por el sitio donde aparecieron,
por ahí mismo que regresen.
No os dejéis derrotar
con los enemigos de barba.

Waylla Wisa

Mis muy amados incas,
acudid sin tardanza.
Vamos a competir todos en uno
con los barbudos enemigos.
Los venceremos y los echaremos
hasta su pueblo, hasta su patria.

Warma

Solo señor que a todos miedo infunde,
que vence a todos y gobierna,
Atau Wallpa, Inca mío,
hombres barbudos y agresivos
manchando de rojo el trayecto
hacia aquí se dirigen.

Atau Wallpa

Barbudo enemigo, hombre rojo,
¿de dónde llegas extraviado?,
¿a qué has venido?,
¿qué viento te ha traído?,
¿qué es lo quieres
aquí en mi casa, aquí en mi tierra?
¿En la ruta que has recorrido,
no te abrasó el fuego del sol,
y el frío no te atravesó,
y el monte, retirándose a tu paso,
no te aplastó bajo sus peñas,
y, abriéndose a tus pies, la tierra
no pudo sepultarte,
y el océano, envolviéndote,
no te hizo desaparecer?
¿De qué modo has venido
y qué quieres conmigo?
Vete, regresa a tu país
antes de que levante ésta mi clava
de oro y vaya contigo.
Enemigo barbudo, ya te he dicho
que a tu tierra te vayas.

Pizarro

(Vocifera furioso ademanes)

Felipillo

Señor Inca Atau Wallpa,
te dice este señor que manda:
<<Es inútil que digas cualquier cosa
y te desates en palabras
que no se pueden comprender.
Yo soy un hombre pertinaz
y todos ante mí se humillan.
Te concedo un instante
a fin de que te alistes
y te despidas
de esos prójimos tuyos.
Prepárate, que has de partir
junto conmigo a llamada
ciudad de Barcelona.
Del mismo modo que en tus manos
humillaste a tu hermano
el Inca Wáscar, asimismo
ante mí te doblegarás.>>.

Sairi Túpaj

Barbudo enemigo, ¿por qué
al Inca mi único señor,
tan rudamente le maniatas?
El nació libre y suelto
igual que el venado,
él es tan fuerte como el puma.
Otro hombre tan notable
y generoso como él, no existe.

Pizarro

(Sólo mueve los labios)

Felipillo

Sairi Túpaj, señor que manda,
este rubio señor te dice:
<<Ya dije a qué he venido a esta tierra:
tengo que conducir
a este señor a la presencia
de mi señor omnipotente.
Y no he de decirlo otra vez.>>.

Atau Wallpa

¡Ay de mí!, mi amadísimo señor
a Wiraqocha parecido,
ya me encuentro en tus manos,
¿por qué te encolerizas ya?
Quizás te sientes fatigado,
descansa un poco;
acaso vienes por el sol vencido,
toma un poco de sombra
debajo de éste árbol de oro.
Ya me hallo doblegado
a tus pies, bajo tu dominio.

Ñust´akuna (Las princesas)

Único señor, Atau Wallpa,
Inca mío,
el barbudo enemigo te encadena,
Inca mío,
para acabar con tu existencia,
Inca mío
para usurparte tus dominios,
Inca mío.
El barbudo enemigo tiene,
Inca mío
el corazón ansioso de oro y plata,
Inca mío.
Si oro y plata demanda,
Inca mío,
le entregaremos al instante,
Inca mío.

Pizarro

(Sólo mueve los labios)

Felipillo

Único Inca Atau Wallpa,
este fuerte señor te dice:
<<Hoy día mismo partirás
a donde yo te diga>>.

Atau Wallpa

Ay, señor wiraqocha,
no muestres ese continente.
Si oro y plata deseas
te los pondré inmediatamente
hasta cubrir todo el paraje
que abarque el tiro de mi honda.

Pizarro

(Sólo mueve los labios)

Felipillo

Solo señor, Inca Atau Wallpa,
este fuerte señor te dice:
<<Deseo que recubran
esta llanura de oro y plata>>.

Sairi Túpaj

Mi muy amado y único señor,
Atau Wallpa Inca mío,
iremos corriendo, volando
igual que el waychu
y para estos barbudos enemigos
traeremos oro y plata
hasta cubrir esta llanura.

Pizarro

(Mueve los labios)

Felipillo

Solo señor, Inca Atau Wallpa,
este fuerte señor te dice:
<<Yo vengo con el fin irremisible
de llevar tu cabeza
o por lo menos tu imperial insignia
para que mi soberano lo vea>>.

Atau Wallpa

Ay, barbudo enemigo, wiraqocha,
en nuestra entrevista de ayer
pudiste verme en medio
de mis innúmeros vasallos,
honrado, viéndome a tus plantas
humillado,
me hablas con arrogancia.
¿Pero acaso tú ignoras
que de mi voluntad depende todo,
que la plata y el oro
a mi mandato están subordinados?
Pídeme aquello
que llevarte deseas,
te lo alcanzaré con mis manos.
He aquí mi llaut´u de oro,
he aquí también mi clava de oro,
he aquí también mi honda de oro.
Te lo daré también todo eso.
No me quites, pues, la existencia,
poderoso señor.

Ñust´akuna (Las princesas)

Tocó a su fin nuestra ventura,
la desdicha está con nosotros,
se ha ensombrecido nuestro día,
no hay más que llanto en nuestros ojos.
En adelante sólo la tristeza
se impondrá en nuestros corazones
y en medio de un desierto
nuestra existencia languidecerá.

Poderoso enemigo, no le quites
la vida a nuestro Inca;
si oro y plata deseas
te lo daremos al instante.

Pizarro

(Sólo mueve los labios)

Felipillo

Señor Inca Atau Wallpa,
este fuerte señor te dice:
<<No es por tu condición de poderoso,
no es buscando oro y plata que he venido,
sino a conducir tu persona;
pero si te resistes
a partir en mi compañía,
hoy mismo todo acabará,
y tu cabeza o tu imperial insignia
mi regio señor le llevaré>>.

Atau Wallpa

¡Ay de mí!, wiraqocha mío,
mi señor, en tal caso
espérame un momento,
lamentaré aún mi tragedia,
y después de esto a donde quieras
conducirme podrás.
Hombres barbudos, enemigos,
de hoy en adelante
mucho tendréis que padecer:
el oro y la plata que hubiere
escóndase en la entraña de la piedra,
y si sobrase un algo
conviértase en ceniza.
Ocúltate, opulencia,
pobreza, hazte presente.
Aquel que oro ambicione
que lo halle con su esfuerzo,
haciendo fluir su sudor de esclavos.

Pizarro

(Solo mueve sus labios)

Felipillo

Unico Inca Atau Wallpa,
este fuerte señor te dice

Felipillo

Solo señor, Inca Atau Wallpa,
este fuerte señor te dice:
<<Te esperaré un momento
hasta que puedas despedirte
de tus amigos>>.

Atau Wallpa

Ay, mi amada y tierna princesa,
es en verdad que quieren
arrebatarme la existencia
estos barbudos enemigos
¿Y qué recuerdo he de dejarte ahora?
Te dejaré mi llautu de oro.
A él toda su tristeza
le has de contar. El te dará
su protección en todo instante.

Ñust´akuna (Las princesas)

Con qué ánimo he de recibirte
éste tu llautu de oro.
Cómo pondremos en el olvido
tu inefable ternura.

Atau Wallpa

Ay, tú, mi otra tiernísima princesa,
Tú, preferida de mi corazón
deleite de mis ojos,
¿y ahora a ti, princesa mía,
qué he de poder dejarte?
Te dejaré ésta mi honda de oro.
Si te ves en algún conflicto
te has de quejar tan sólo a ella.
En mi lugar, en todo instante
ella te asistirá.

Ñust´akuna (Las princesas)

Con qué ánimo he de recibirte
ésta tu honda de oro.
Cómo no he de tener presente
tu inestable encargo.

Atau Wallpa

Mi muy amado Sairi Túpaj,
mi primo hermano,
y ahora a ti, Inca,
¿qué puedo dejar?
Será esta clava de oro.
De todo le darás conocimiento
y en mi lugar en todo
ella te asistirá.

Sairi Túpaj

Ay, mi dilecto
Atau Wallpa, Inca mío,
con qué ánimo he de recibirte
ésta tu clava de oro.
Cómo podré olvidarte
a ti, Inca y único señor.
Ahora tendré que refugiarme
en el seno de la montaña
acompañado de tu clava de oro.

Atau Wallpa

Muy amado Inca Khishkis,
mi primo hermano,
¿y a ti qué he de dejarte?
Tendré que dejarte éstas
mis dos serpientes de oro.
Cuídalas con ternura
y recuerda siempre que fueron
por tu Inca y señor domesticadas.
Has de contarle cuando te suceda
y en el lugar mío
te han de asistir ellas en todo.

Khishkis

Ay de mí, dilectísimo
señor que rige a todos,
Atau Wallpa, Inca mío,
cómo hemos de quedar
los incas, hijos tuyos,
cuando haya de extinguirse tu existencia,
cuando tu mando haya concluido, cuando
en manos de los enemigos
barbudos nos hallemos, cuando veamos
que nuestra tierra y nuestro hogar gobiernan ellos

Así será que el término
de tu existencia está ya cerca.
Reconociendo tus cuidados
nos alejaremos de aquí
y nos iremos a lo más lejano
de nuestras tierras, conduciendo
a la totalidad de nuestros vasallos,
y allí conservaremos la memoria
de tu poder, el modo como acabas
y las palabras que de ti escuchamos
en el momento de tu muerte.

Challkuchima

Mi muy amado y único señor,
Atau Wallpa, Inca mío, el Sol
que purifica y luz da al mundo,
nuestro Padre, te guarde.

Atau Wallpa

Así también a ti te guarde,
mi muy amado Challkuchima,
el primero entre todos mis vasallos,
el que jamás cae vencido.
El que nunca se humilla,
tú que siempre a vencer llegabas.
Fue por vosotros,
por vuestra condición de fuertes,
por vuestro invencible poder
que conseguí llevar mi señorío
de un territorio a otro.
Y todo esto reconociendo,
¿a ti, Inca, qué puedo
qué puedo yo dejarte?
Será mi rodela de oro.
La tristeza que tengas
cuéntale a ella, y ella en todo
podrá velar por ti.
Cuando te veas en peligro
con tu pesar vuelve los ojos a ella
diciendo: «Es la rodela de oro
que el Inca, mi único señor,
déjome al ver la muerte cerca».

Challkuchima

Mi muy amado y único señor,
Atau Wallpa, Inca mío,
qué doloroso es que me entregues
tu rodela de oro;
con qué angustia mi mano
te la recibe.
¿Acabará siendo evidente
que los barbudos enemigo
te han de quitar la vida?
¿Cómo hemos de vivir
privados de ti, nuestro padre?
Será así que debemos refugiarnos
en el seno de la montaña,
guardando tu rodela de oro
y recordando que por mi Inca
y mi padre Atau Wallpa fui criado

Atau Wallpa

Mi muy amado y tierno Inca,
hijo que crié con todo mi cariño,
¿dónde te encuentra, por dónde andas?
Ven, acércate a mi presencia.

Inkaj Churin (Hijo del Inca)
Mi muy amado y único señor,
padre mío, Atau Wallpa, el Sol,
que purifica, claridad del mundo,
nuestro Padre, te guarde.

Atau Wallpa
Así también a ti te guarde,
mi hijo mimado y único.
¿En qué trance nos vemos?,
¿realidad o sueño es esto?
Nos desampara nuestro Padre Sol
y permite la ruina
de todos nuestros súbditos.
Ya casi nada de vida me resta,
he de acabarme sin remedio;
ya todo el ser me quebranta
y el corazón se me destroza;
desapareceré por siempre
abandonando ésta mi tierra
y a los incas, mis hijos,
los dispensaré en mi tristeza.
Y sólo los barbudos enemigos
quedarán en mi tierra
sojuzgando a mis hijos.
Pero mis hijos, los que vengan,
en el futuro recordando
que éste fue el país de Atau Wallpa,
su Inca, su padre y único señor,
arrojarán de aquí,
conseguirán que vuelva a su tierra
cuantos barbudos enemigos hayan
venido codiciosos
de nuestro oro y de nuestra plata.

Inkaj Churin (Hijo del Inca)
Padre mío, Inca, Inca mío,
¿qué es esto que hablas?
En qué abandono hemos de vernos
si nos falta tu sombra.
A dónde me he de dirigir entonces,
a quién he de acercarme,
qué compañía ha de tener mi vida,
con qué guía he de caminar.
Como hijo sin padre
iré de tierra en tierra,
sin dirección ni término,
Ay, padre mío, el que me manda,
así será que encontraremos
nuestro final todos los incas,
y será para siempre.
Si no ha de ser así, junto contigo
moriremos
a fin de que vayamos a morar
con el Sol, nuestro Padre,
igual que los antiguos incas.
¡Ay de mí, padre mío, padre mío!

Atau Wallpa
¡Ay, hijo mío! ¿y qué
voy a dejarte a ti?
Te dejaré este claro,
este luminoso diamante.
Llevándolo contigo
aléjate de aquí
y refugiáte en Willkapanpa
acompañado de los incas,
tus primos hermanos,
y de todos tus súbditos,
sin consentir a ningún enemigo
de barba cerca de tu residencia.
Ser él pudiera
quien te quitase la existencia.

Inca Churin (Hijo del Inca)
Dilectísimo padre mío,
solo señor, mi Inca,
con qué ánimo he de recibirte
este claro diamante,
tan bello y luminoso.
Cómo voy a olvidar
A mi único Inca Atau Wallpa.
Cumpliré tu mandato.
Me alejaré de aquí
y me iré a Willkapanpa
y los incas, tus hijos,
y mis primos hermanos,
y todos tus vasallos
se irán contigo.
Así iremos errando
hasta que nuestra existencia se acabe.
Ay, señor, Inca mío,
padre mío, padre mío.

Atau Wallpa
Mi muy amado Waylla Wisa,
mimado primo hermano mío,
¿y a ti qué he de dejarte?
A nuestro Padre Sol será
y a nuestra Madre Luna.
En medio de tu pena

has de recurrir a ellos.
Cuando se acabe tu existencia
te sumergirás en el seño
del mar junto a ellos.

Waylla Wisa

Mi muy amado y único señor,
Atau Wallpa, Inca mío,
cómo voy a olvidarte
cuando, árbol corpulento, caigas.
A quién he de acudir,
a quién he de volver
los ojos,
a qué puerta me ha de acercar,
a quién he de contar mis penas.
Ahora, para qué ya vivo.
Junto con nuestro Padre Sol
y nuetra Madre Luna
tendré que refugiarme
en el seno del mar.

Pizarro

(Mueve los labios)

Felipillo

Solo señor, Inca Atau Wallpa,
este fuerte señor te dice:
<<Ya se han cansado mis oídos
oyendo todo lo que este Inca
ha estado hablando.
No me es posible ya
una vez más oírle>>.

Maldición del Inca

Enemigo barbudo, wiraqocha,
yo no he ido a ninguna parte,
yo no acostumbro a presagiar
la desgracia con nadie.
En este memorable día
me arrebatas la vida;
mas viviré en tu pensamiento;
llevarás la mancilla de mi sangre
eternamente.
Jamás podrán mis súbditos
posar en ti los ojos.
¿Y todas mis criaturas
encontrarán bien lo que has hecho?
Y aun el ave que no tiene
sentimiento, doquiera
te augurará desgracias.
Y caminarás sin reposo,
y adversarios feroces
te destrozarán con sus manos,
y has de tener que maldecir
la condición inconmovible
de mi poder, eternamente.

Pizarro

(Mueve los labios)

Felipillo

Poderoso Inca Atau Wallpa,
este fuerte señor te dice:
<<Hablar con este necio
es simplemente perder tiempo.
Quiere tal vez
Adormecerme
a fin de hacerme presa de algún juego.
Ya no quiero escucharle
ni una sola palabra>>.

Padre Valverde

(Mueve los labios)

Felipillo

Solo señor, Inca Atau Wallpa,
te dice este prudente sacerdote:
<<Inca de todos los mortales,
te está esperando una luz nueva.
Reniega de tus ídolos
y cree en nuestro Padre,
adora a Dios omnipotente;
pide que te echen con el agua
bendita y redentora del bautismo
a fin de que no vayas a sufrir
eternamente
el fuego ardiente del infierno.
Inca de todos los mortales,
también confiesa ahora
la totalidad de tus culpas.
No conviene que mueras
sin haber lavado tus culpas.
Por mi intermedio el señor Jesucristo,
nuestro clemente Padre,
te perdonará tus pecados
y luego él en persona
te alcanzará la gloria eterna.
Inca de todos los mortales,
parece que tú no comprendes
las palabras que yo te digo.
Toma conocimiento entonces
a la Biblia escuchando.
Mejor que yo y más claro
te ha de hablar de ella>>.

Atau Wallpa
No me dice absolutamente nada.
Padre Valverde
(Mueve los labios)
Felipillo
Este prudente sacerdote dice:
<<¡Hijos del Todopoderoso,
acercaos y prestadme auxilio!
¡Este hombre necio ha blasfemado!
¡Castigadle! ¡No debe
quedar impune de pecado!>>.
Pizarro
(Sólo mueve los labios)
Felipillo
Dice este señor poderoso:
<<Padre mío, Padre mío,
rocía, pues, sobre su cuero
siquiera la postrera absolución>>.
Pizarro
(Sólo mueve los labios)
Felipillo
Este prudente sacerdote dice:
<<Así, entonces, que queden
todas tus culpas perdonadas
por la intercesión del bautismo>>.
Pizarro
(Sólo mueve los labios)
Felipillo
Dice este señor poderoso:
<<Ay, augusta María,
mi Madre sin mancilla, Reina mía,
dame valor para que pueda
cortarle a este hombre la cabeza
Negro salvaje, en este mismo instante
con ésta férrea espada
te daré muerte>>.
Ñust´akuna (Las princesas)
Inca mío, mi solo señor,
qué infortunio graniza,
Inca mío, mi solo señor.
Se ha reclinado el árbol grande,
Inca mío, mi solo señor.
Era a tu sombra que vivíamos
Inca mío, mi solo señor,
fuiste tú nuestro día,
Inca mío, mi solo señor.
Ese tu hermoso llautu de oro,
Inca mío, mi solo señor,
los enemigos te han robado,
Inca mío, mi solo señor.
Viento tu llautu de oro,
Inca mío, mi solo señor,
tu majestad y tu poder.
Inca mío, mi solo señor,
a la memoria nos venían,
Inca mío, mi solo señor.
No hay corazón para olvidarte,
Inca mío, mi solo señor,
a ti, nuestro Inca idolatrado,
Inca mío, mi solo señor.
En qué angustia nos hemos visto,
Inca mío, mi solo señor,
con qué corazón viviremos,
Inca mío, mi solo señor,
sin la protección de tu sombra,
Inca mío, mi solo señor,
portentoso árbol derribado,
Inca mío, mi solo señor.
Ya no volveremos nunca más,
Inca mío, mi solo señor,
ése tu hermoso llautu de oro,
Inca mío, mi solo señor.
Todo, todo se entenebrece,
Inca mío, mi solo señor,
como nube de tempestad,
Inca mío, mi solo señor.
El torbellino se desata.
Inca mío, mi solo señor,
se desmoronan las montañas,
Inca mío, mi solo señor,
hay sangre en el agua del río,
Inca mío, mi solo señor,
y la diafanidad del cielo,
Inca mío, mi solo señor,
está vistiéndose de luto,
Inca mío, mi solo señor.
Qué mano habrá que ha de empuñar,
Inca mío, mi solo señor,
tu imperial cetro de oro,
Inca mío, mi solo señor.
Tu noble y varonil acento,
Inca mío, mi solo señor,
estremecía al mundo entero,
Inca mío, mi solo señor,
tu inigualable poderío,
Inca mío, mi solo señor,

hacía hablar hasta los montes,
Inca mío, mi solo señor.
Cómo nos has abandonado,
Inca mío, mi solo señor,
a quién hemos de dirigir,
Inca mío, mi solo señor,
nuestros ojos llenos de lágrimas,
Inca mío, mi solo señor.

Khishkis

Venados de los páramos,
cóndores de alto vuelo,
ríos y roquedales,
venid y llorad con nosotros.
Nuestro padre y señor el Inca
nos ha dejado solos,
en honda congoja consumidos.
¿Qué sombra vamos a buscar
y quién hemos de recurrir?
¿En qué martirio viviremos
y en qué lágrimas nos anegaremos?
Atau Wallpa, Inca mío,
quizás debamos refugiarnos
en las entrañas de la tierra.
Padre mío, Inkaj Churin,
acércate, camina
ayúdanos a conducir
a nuestro Inca y único señor,
no nos mires indiferente.
Se han perdido el oro y la plata.
La grandeza de nuestro
Inca y solo señor llegó a su término.
Nuestro Inca poderoso murió en manos
de los enemigos de barba.

Ñust´akuna (Las princesas)

Enemigos de barba,
muerte habéis dado a mi señor
con vuestras espadas de hierro.
Así también vosotros moriréis.
Habéis aniquilado a nuestro padre
con el ardiente fuego de esos hierros.
Empero en ese mismo fuego
habréis de arder mejor vosotros.
Inca mío, tu poder ínclito
mando ejercía en todo el mundo;
ahora, de qué modo
como la nube se oscurece.

Inkaj Churin (Hijo del Inca)

Inca mío, mi señor,
¿en qué manos me dejas ahora
a mí, rapaz sin experiencia?
¿Por dónde voy a guiar mis pasos,
qué ansiedades voy a sufrir,
en qué cuevas voy a caer,
en qué sombra he de guarecerme?
¿Con qué objeto ya vivo ahora?
Ay, Inca mío, padre mío,
de qué manera he de olvidarte
a ti, Inca mío, mi único señor.
Tu alentadora y preciada palabra
se ha extinguido,
tu omnipotente majestad
se ha disipado.

Sol venerado y perdurable,
depuradora luz del mundo,
Padre mío, Padre mío,
¿por qué permites que a nuestro señor
nos arrebaten?
¿Acaso él no cumplía diligente
tu loada voluntad?
¿Acaso preservar no supo
tus sagrados preceptos?

¡Ay de mí, que mi padre
ya no me escucha!
Ensombreciendo las pupilas
de mi prescinde.
¡Ay de mí!, dilectísimos
primos hermanos míos,
¿a quién nos hemos de acercar ahora?
Poned los ojos en nuestro Inca.
Ya él no nos ve
y su aliento ya se extinguió.
Y el Sol que purifica, Padre nuestro,
de nosotros se aparta.

Ñust´akuna (Las princesas)

Cómo vamos a subsistir
sin el Inca, nuestro señor.
¿Es verdad o sólo en sueños
que el gran árbol se ha reclinado?
¡Ay, tú, Pizarro, wiraqocha,
de plata y oro codicioso,
que muerte diste a nuestro Inca,
has de morir de triste muerte!
Que tu poderosa grandeza
se desvanezca para siempre.

Enemigo de barba, wiraqocha,
vivirás presa del remordimiento.
Qué hemos de hacer ahora
sin nuestro Inca poderoso.
Todo se va entenebreciendo
como una nube de tormenta.

Pizarro

Venerable señor de España.
vengo de haber ejecutado
tu real voluntad.
Aquí te traigo la cabeza
y el llautu de ese Inca.

España

¿Qué me dices, Pizarro?

Pizarro

Mi poderoso y único señor,
tu justo y real mandato
ya está cumplido y consumado.
Aquí está la cabeza y aquí el llautu
de ese Inca ignorante.

España

¿Qué me dices, Pizarro?
¡Atónito me dejas!
¿Cómo has ido a hacer eso?
Ese rostro que me has traído
es igual a mi rostro.
¿Cuándo te mandé yo
a dar muerte a ese Inca?
Ahora serás ajusticiado.

Pizarro

¡Ay de mí, ay de mí, Jehová!
¡Ay de mí, a de mí, señor de Israel!
De tal manera he delinquido,
he escarnecido el cielo
y a ti también te he escarnecido.
Fui con mis propios pies
a tejer las intrigas más sutiles
para apoyar la muerte
de ese animoso y noble Inca.
Con ésta mi maldita espada
llegué a verter la sangre
de ese Inca de conciencia.
Maldito sea el día, el día aquel
que tan aciago vino para mí.

España

¡Ay de mí, excelsa Madre mía,
qué visión tengo ante los ojos!
¿No había habido entonces ya
ni creencia, ni justicia,
ni bienaventuranza?
¡Ay, de este pecador desenfrenado,
este hombre envenenado por el oro
ya se está desplomando.
¡Ay, Pizarro, Pizarro,
cómo eres tan abyecto traidor!
¡Corazón nacido al pillaje!
¿Por qué t fuiste a cortarle
a este Inca la cabeza?
¿Acaso tú no viste
que en su país gobernaba
a sus innumerables súbditos
en medio de la dicha y la alegría
y la más sólida concordia,
con su palabra siempre afable?
¿Tú no escuchaste acaso
el acento siempre reposado?
Era como una canción de alegría.
¿Acaso tú no viste
su palacio exonerado de oro?
Allí clareaba el día para el Inca,
en medio de árboles floridos,
por los pájaros arrullando.
Ocupaba su trono de oro,
venerado por sus vasallos.
Nunca a ningún hermano
contra su hermano puso en guerra,
daba su aprecio a los que merecían
y castigaba a los culpables.
¿Dónde están mis guardianes?

Almagro

Mi noble y único señor,
aquí, a tus pies me tienes.

España

Pues, mira a este vasallo.
Paréceme que está ya muerto

Almagro

Mi noble y único señor,
ciertamente está muerto ya.

España

Llaváoslo si es así.
Id a entregarlo al fuego y que perezca
y con él su descendencia toda.
Y haced que destruyan su casa.
De ese guerrero infame
no debe quedar nada.
Esto es cuanto yo ordeno.

Lo barroco y lo maravilloso – Alejo Carpentier

Selección de fragmentos de la conferencia dictada en el Ateneo de Caracas el 22 de mayo de 1975. En *Ensayo cubano del siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.

SEÑORA VICEPRESIDENTA del Ateneo, señores de la directiva del Ateneo, señoras y señores:
Ustedes conocen el titulo de la charla que me he propuesto ofrecerles hoy, sobre dos elementos que intervienen, a mi juicio, decisivamente en la caracterización, la significación, diríamos, del arte de América Latina, de esta América Latina, América mestiza, como la llamaba José Martí, que acaba de volver en las palabras de la vicepresidenta de este ateneo: "Lo barroco y lo real maravilloso".
Antes de entrar a hablar del barroco, cabe dirimir una querella del lenguaje: ¿qué es el barroco?
Vamos al *Diccionario de la Real Academia*. Del barroco se nos dice: "Estilo de ornamentación caracterizado por la profusión de volutas, roleos y otros adornos en los que predomina la línea curva. Se aplica también a las obras de pintura y escultura donde son excesivos el movimiento de las figuras y el partido de los paños". Francamente, no podían haber hallado, los señores académicos de la Real Academia Española, una definición más pobre.
También se ha tratado de definir el barroco como un estilo, se le ha querido encerrar en un ámbito determinado, el ámbito un estilo. Eugenio D´Ors, que no siempre me convence enteramente con sus teorías artísticas, nos dice en un ensayo famoso que en realidad lo que hay que ver en el barroco es una suerte de pulsión creadora, que vuelve cíclicamente a través de toda la historia en las manifestaciones del arte, tanto literarias, como plásticas, arquitectónicas o musicales.
Lo clásico es lo académico y todo lo académico es conservador, observante, obediente de reglas; luego enemigo de toda innovación, de todo lo que rompe con las reglas y formas.
En este tipo de arquitectura como Versalles, como El Escorial, como el Partenón, hay algo que es muy importante y es que la presencia de los espacios vacíos, de los espacios desnudos, de los espacios sin ornamentación son valores en sí tan importantes como los espacios adornados.
Tenemos, en cambio, el barroco, constante de espíritu, que se caracteriza por el horror al vacío, a la superficie desnuda, a la armonía lineal-geométrica. Es decir, es un arte en movimiento, un arte de pulsión, en arte que va de un centro hacia afuera y va rompiendo, en cierto modo, sus propios márgenes; un ejemplo típico del barroco lo tenemos en la Catedral de San Pedro de Bernini, en Roma. Cada vez que pienso en esa explosión de formas, esa explosión de volutas, esa suerte de luminaria estática que surge del suelo, que parece romper el marco que la envuelve, pienso en unos cuadros de Chirico en que había unos soles enjaulados, unos soles metidos en jaulas. Para mí, la Catedral de San Pedro es eso: un sol enjaulado, un sol que hace estallar, por su expansión, las columnas compuestas que lo circunscriben y pretenden delimitarlo y que desaparecen literalmente ante tal riqueza.
EL barroco se manifiesta donde hay transformación, mutación, innovación.
América, continente de simbiosis, mutaciones, de vibraciones, de mestizajes, fue barroca desde siempre: las cosmogonías americanas, ahí está el *Popol Vuh*, ahí están los libros de *Chilam Balam*, ahí está todo lo que se ha descubierto. Todo lo que se refiere a la cosmogonía americana –siempre es grande América– está dentro de lo barroco.
La escultura azteca jamás podrá ser vista como escultura clásica, por cuanto la escultura azteca –piensen ustedes en las grandes cabezas de Quetzacóatl, que están en San Juan de Teotihuacán; piensen ustedes en la ornamentación de los templos– es barroca, desde luego que es barroca, usando igualmente de lo geométrico como de lo curvo, en una especie de temor a la superficie vacía. Casi nunca hay un metro de superficie vacía en un templo azteca. En Teotihuacán descubrieron los arqueólogos recientemente, haciendo unas excavaciones de dos años a esta parte, unas deliciosas residencias de señores aztecas anteriores a la Conquista, y cuál no sería la sorpresa de los arqueólogos al ver que las paredes estaban cubiertas de finísimas pinturas que representaban la vida cotidiana de los años: sus albercas, sus jardines, sus deportes, sus banquetes, los juegos de los niños, sus entretenimientos, la

vida de las mujeres, la vida cotidiana, todo eso representado en una serie de figuras que únicamente pueden ser calificadas de barrocas porque pertenecen al espíritu barroco más auténtico.
El *Popol Vuh*, vuelvo a decirlo (los que lo han leído lo saben), es un monumento al barroquismo, la poesía náhuatl, que era desconocida hace todavía treinta años y fue sacada a la luz por los trabajos de Garibay, nos presenta once poetas de primera magnitud anteriores a la Conquista, con una obra copiosísima que llena dos gruesos tomos, y es la poesía más barroca, más encendidamente barroca que pueda imaginarse, por la policromía de imágenes, por elementos que intervienen, que se entremezclan, y por la riqueza del lenguaje. *La diosa de la muerte* del Museo de México es un monumento del barroquismo, figura bifemenina que a la vez está cubierta con figuras de serpientes enroscadas.
A América no llegaron ni el románico ni el gótico, es decir, dos *estilos históricos* que desempeñaron un papel capital en el desarrollo de la cultura plástica del viejo continente y que nosotros ignoramos completamente.
¡Ah!, pero llega el parentesco español en las naves de la Conquista ¿y qué encuentra el arquitecto que conoce los secretos del parentesco español? Una mano de obra india que de por sí, con su espíritu barroco, añade el barroquismo de sus materiales, el barroquismo de su invención, el barroquismo de los motivos zoológicos, de los motivos vegetales, de los motivos florales del nuevo mundo, al parentesco español. El ejemplo más prodigioso son la iglesia de Tepozotlán en México (donde una cúpula central, piramidal, muy alta, nos muestra la acumulación más enorme de células proliferantes que pueda imaginarse, donde se juega también con la luz como en la Catedral de Toledo), la fachada de San Francisco de Ecatepec en Cholula, donde al barroco de las formas se le añade el barroco de los materiales, de los colores, de los azulejos, los mosaicos; la capilla famosa de Puebla, barroco en blanco y oro, donde aparece un concierto celestial en que los ángeles aparece un concierto celestial en que los ángeles aparecen tocando la tiorba, tocando las arpas, los regales. Y luego, todo lo que encontramos de barroco en Ecuador, Perú; incluso en una forma mucho más modesta en la fachada de la Catedral de La Habana que es una de las más lindas fachadas barrocas que puedan verse en el Nuevo Mundo.
¿Y por qué es América Latina la tierra de elección del barroco? Porque toda simbiosis, todo mestizaje, engendra un barroquismo. El barroquismo americano se acrece con la criolledad, con el sentido del criollo, con la conciencia de ser otra cosa, de ser una cosa nueva, de ser una simbiosis, de ser un criollo; y el espíritu criollo de por sí es un espíritu barroco. Y, al efecto, quiero recordar la gracia con que Simón Rodríguez, que veía genialmente esas realidades, en un fragmento de sus escritos nos recuerda lo siguiente: que al lado de hombres que hablan español sin ser ya españoles, puesto que son criollos –dice Simón Rodríguez–, "tenemos huasos, chinos y bárbaros, gauchos, cholos y guachinangos, negros, prietos y gentiles, serranos, calentanos, indígenas, gente de color y de ruana, morenos, mulatos y zambos, blancos porfiados y patas amarillas y un mundo de cruzados: terceros, cuartetones, quinterones, y salta atrás". Con tales elementos en presencia, aportándoles cada cual su barroquismo, entroncamos directamente con lo que yo he llamado lo "**real maravilloso**":
Y aquí se plantea una nueva querella del lenguaje. La palabra "maravilloso" ha perdido con el tiempo y con el uso su verdadero sentido, y lo ha perdido hasta tal punto que se produce, con la palabra "maravilloso", lo "maravilloso", una confusión de tipo conceptual tan grande como la que se forma con la palabra "barroco" o con la palabra "clasicismo". Los diccionarios nos dicen que lo maravilloso es lo que causa admiración, por ser extraordinario, excelente, admirable. Y a ello se une en el acto la noción de que todo lo maravilloso ha de ser bello, hermoso y amable. Cuando lo único que debiera ser recordado de la definición de los diccionarios es lo que se refiere a lo *extraordinario*. Lo extraordinario no es bello ni hermoso por fuerza.
Todo lo **insólito** es maravilloso.
Muchas personas me dicen a veces: "Pero en fin, hay una cosa que se ha llamado realismo mágico: ¿qué diferencia hay entre el ***realismo mágico*** y lo ***real maravilloso***? Esto se explica muy fácilmente. El término *realismo mágico* fue acuñado en los alrededores del año 1924 o 1925 por un crítico de arte alemán llamado Franz Roth en un libro publicado por la *Revista de Occidente*, que se titula *El realismo mágico*. Lo que él llamaba realismo mágico era sencillamente una pintura donde se combinan formas reales de una manera no conforme a la realidad cotidiana.

Consideraba que el realismo mágico era representado por la figura de Chagall, donde se veían vacas volando en el cielo, burros sobre los techos de las casas, personajes con la cabeza para abajo, músicos entre nubes, es decir, **elementos de la realidad pero llevados a una atmósfera de sueño, una atmósfera onírica**.
Lo real maravilloso, en cambio, que yo defiendo, y es lo real maravilloso nuestro, es el que encontramos en estado bruto, latente, omnipresente en todo lo latinoamericano. Aquí lo insólito es cotidiano, siempre fue cotidiano. Los conquistadores vieron muy claramente el aspecto real maravilloso en las cosas de América.
La conquista de México se produce en 1521. Cuando Bernal Díaz de Castillo se asomó por primera vez a panorama de la ciudad de Tenochtitlán, la capital de México, el imperio de Moctezuma, tenía un área urbana de cien kilómetros cuadrados –cuando París, en esa misma época, tenía trece–. Y maravillados por lo visto se encuentran los conquistadores con un problema que vamos a confrontar nosotros, los escritores de América, muchos siglos más tarde. Y es la búsqueda del vocabulario para traducir aquello.
Lo barroco que ustedes conocen, la novela contemporánea latinoamericana, la que se ha dado en llamar la "**nueva novela" latinoamericana**, la que llaman algunos la del ***boom*** –y el *boom*, ya lo he dicho, ni es una concreta ni define nada–, es debida a una generación de novelistas en pie hoy en día, que están produciendo obras que traducen el ámbito americano, tanto ciudadano como el de la selva o el de los campos, de modo totalmente barroco.
En cuanto lo real maravilloso, sólo tenemos que alargar las manos para alcanzarlo. Nuestra historia contemporánea nos presenta cada día insólitos acontecimientos.
Pero ante los futuros hechos insólitos de ese mundo de lo real maravilloso que nos esperan, no habremos de decir ya, como Hernán Cortés a su monarca: "Por no saber poner los nombres de las cosas no las expreso". Hoy conocemos los nombres de las cosas, las formas de las cosas, la textura de las cosas nuestras; sabemos dónde están nuestros enemigos internos y externos; nos hemos forjado un lenguaje apto para expresar nuestras realidades, y el acontecimiento que nos venga al encuentro hallará en nosotros, novelistas de América Latina, los testigos, los cronistas e intérpretes de nuestra gran realidad latinoamericana. Para eso nos hemos preparado, para eso hemos estudiado nuestros clásicos, nuestros autores, nuestra historia, y para expresar nuestro tiempo de América hemos buscado y hallado nuestra madurez. Somos los clásicos de un enorme mundo barroco que aún nos reserva, y reserva al mundo, las más extraordinarias sorpresas.
Muchas gracias.

Nueva narrativa latinoamericana

- GUATEMALA

Una historia cualquiera" — Ronald Flores

Publicado en *El futuro no es nuestro. Nueva narrativa Latinoamericana*, Santa Cruz de la Sierra: La mancha, 2009.

Llegó a la capital meses después de su primera sangre. Quería salir del pueblo, superarse, llegar a ser alguien. Ya la rondaban los muchachos. Era cuestión de días antes que uno de ellos le llevara un atado de leña hasta la puerta de su rancho y ella no andaba para casarse todavía. Sabía que si se quedaba más tiempo su destino sería al costado de un comal, echando las tortillas, pariendo hijos hasta que se le secara el cuerpo, velando borracheras y aguantando golpes. Además, otras patojas ya habían hecho lo que ella anhelaba. No era como si fuera a abrir

brecha. Ni le dieron permiso, ni se escapó. Su familia sabía que ella marcharía y ella que ellos no pretendían impedirlo. De todos modos, se largó.

En la ciudad, vivía su prima, que trabajaba de sirvienta en casa de una familia pudiente. Al llegar, fue visitarla para pedirle trabajo, pero no había. Que consiguiera algo por sus propios medios, le recomendó la prima; que buscara algo rápido para no quedarse sin dinero, que ella con gusto pero no tenía ni dónde alojarla.

Le recomendó una casa donde alquilaban cuartos, ella misma había vivido ahí un tiempo. Preguntando, la encontró. La casa estaba ubicada por la línea del ferrocarril, cerca del centro, en un sector peligroso. A pocas cuadras, quedaba la aduana y la famosa calle de las prostitutas para los albañiles, los borrachos y los ladrones de poca monta. Le alquilaron un cuarto pequeño, de paredes de adobe y techo de lámina. Compartía la cocina y un solo baño con las más de treinta personas que vivían como inquilinos en la docena de cuartos de alquiler de ese palomar. Pagaba ciento cincuenta al mes, cuota que no incluía agua y luz, tarifas que se repartían entre todos, sin importar el consumo individual. Se asentó y se puso a busca trabajo. Pasó un par de semanas saliendo temprano y regresando tarde, con las manos vacías y los pies hinchados, comiendo un solo tiempo para ahorrar los pocos centavos que tenía y que cada vez eran menos.

Al fin, logró que la aceptaran en una maquiladora porque estaban contratando, urgentemente, operarios sin experiencia. Ofrecían pagar el salario mínimo y las prestaciones de ley. El horario era de siete de la mañana a seis de la tarde, si cumplían la cuota.

Se presentó a su primer día de trabajo minutos antes de la hora indicada. La dejaron entrar. Unos hombres le hicieron formarse en una fila junto con otros empleados; el capataz le asignó un lugar y una tarea. Le indicó que ésta consistía en pegar a los zapatos los ojetes de metal, por donde pasan las correas, a los zapatos. Cuatro por "pieza", sesenta pares de zapatos diarios: la cuota. No tenía posibilidad de equivocarse. Si echaba a perder uno solo de los ojetes tendría que pagarlo. Si lo pegaba mal y echaba a perder la pieza, tendría que pagarla íntegra. Así era la cosa. Valía más hacerlo con cuidado y paciencia, con exactitud y precisión.

El capataz le indicó que tenía veinticinco minutos al mediodía para almorzar y para usar el sanitario, que no tendría tiempo para refaccionar y no habría ningún descanso hasta terminar la cuota. El capataz le explicó a cada una de las nuevas empleadas en qué consistía su tarea. Al concluir, salió del recinto y le echó llave. Advirtió que no volvería hasta la hora de almuerzo y que si alguien sentía necesidad de ir al baño, tendría que aguantarse.

Trabajó con esmero las cinco horas siguientes, sin desprender la atención de su labor, sin separarse de la máquina que operaba. Básicamente su tarea consistía en trabar debidamente el ojete en una especie de clavo, colocar la pieza a la altura en que éste caía sobre la mesa, sostenerla de manera fija y tensa para que no fuera se moviera al impacto y quedara bien la abertura, apuntar y pisar un pedal para que el artefacto funcionara, cayera el clavo sobre la pieza prensándole el ojete. Lo más rápido posible. El pedal era duro, quizá estaba poco aceitado.

Cuando llegó la hora del almuerzo, se desprendió de su mesa de trabajo con dificultad, estuvo a punto de caerse al separarse de su mesa de trabajo. Sus piernas estaban dormidas y los músculos de los hombros engarrotados. Llevaba veinte pares de zapatos listos; le faltaban cuarenta pares, el resto de la tarde. A la hora de salida, no había

terminado más que treinta, mitad de la cuota. El capataz les dijo que estaba bien por ser el primer día pero que entonces les pagarían la mitad del jornal pues sólo realizaron la mitad del trabajo, que comprendieran. Aceptó, no tenía otra. Le costó caminar. Tenía las piernas hinchadas de golpear el pedal que fijaba el ojete con necesidad primero, rabia después, hastío por último.

Al día siguiente, se presentó a pesar de tener las piernas inflamadas y un dolor en la espalda baja que le punzaba al doblarse hacia delante, como si se fuera a partir como una rama seca. Trabajó con esmero, dedicación, pretendió hacerlo con rapidez, para cumplir con la cuota. Fue inútil. No logró más que los treinta pares otra vez.

Así les sucedió a las recién contratadas durante los primeros siete días. A la siguiente semana, el capataz les advirtió que tendrían que realizar un mayor esfuerzo, pues de lo contrario se verían obligados a despedirlas, que si no terminaban a la hora de salida se quedarían hasta lograrlo porque no había otra manera de cumplir con el pedido que tenía la empresa. Además, les recordó que siempre había que presentarse a las siete de la mañana en punto, so pena de despedido no importando a la hora en que se retiraran.

Esa jornada concluyó a la dos de la madrugada y minutos. Caminó el trayecto entre la maquila y la casa, a pie, sola, temiendo cada sombra, sospechando cada ruido. La mañana siguiente, a la hora en punto, se presentó con el desvelo haciéndole lagrimar los ojos, bostezando, sintiendo que se caía del sueño. Cumplió con su cuota unos minutos antes que la noche anterior.

Toda esa semana, ese fue su horario. A la siguiente, debido a la experiencia y práctica acumuladas, logró retirarse un poco más temprano: alrededor de la media noche. Para motivarlas, el capataz les ponía música de los Broncos o de los Bukis cuando pasaba la "hora de salida" y, llegadas las once, les servían un vaso de atol. Además, les anunció una excursión, a cuenta de la empresa, planificada para fin de mes.

Aunque parecía un sueño inalcanzable, convertido en pesadilla, cumplió su primer mes de trabajo. Recibió su primer salario y lo usó para pagar su cuarto y las deudas que había contraído, especialmente con su prima, con quien se reunía los días domingos.

Se realizó la excursión. Montaron a los empleados en dos buses y se los llevaron a la playa. No conocía el mar y verlo le produjo una alegría enorme. Estaba emocionada. Se metió al agua como acostumbraba a hacerlo en el río de su pueblo: en sostén y calzón, casi desnuda. Lució su piel morena, sus piernas endurecidas por el trabajo, sus senos redondos y rebosantes debajo del sostén que le quedaba apretado. Bonita, no era; pero era agraciada. Más que todo era joven. Le gustó al capataz, que la veía de lejos, desde el rancho donde estaba bebiendo.

Para regresar, no montó ninguno de los buses. El capataz le pidió a su segundo que le dijera que se viniera con ellos en el carro de la empresa. Ingenua, temerosa, sin saber por qué, accedió. Se marcharon sus compañeros. Ella estaba poniéndose su vestido en un rancho cuando el capataz se le acercó. La tumbó. Le arrancó el sostén, le quitó el calzón. La agarró de las muñecas. La forzó. No había conocido hombre y se asustó. Temblaba. Cuando el capataz se la montó encima, apretó los dientes. Sintió un dolor fuerte, indescriptible. No supo más de sí, y, si lo hizo, prefiere no recordar.

Ya en la ciudad, de nuevo en la rutina, cuando terminaba la jornada, el capataz o su segundo le ofrecían irla a dejar en carro. No había manera de que terminara su cuota antes de las diez, aunque quisiera salir a la hora, no la dejaban, las puertas tenían cadena. La hacían quedarse ahí, hasta que terminara. Si no aceptaba el jalón en carro, la seguían por las calles desoladas, desiertas. En algún lugar oscuro, la subían a la fuerza, le hacían lo que se les antojara. La amenazaron: si se quejaba, si renunciaba, si decía algo… Hubo más excursiones. Pasaron los meses. Quedó embarazada. La despidieron.

—Por puta— le dijo el capataz mientras le tiraba la puerta de la maquiladora en la cara.

No quería regresar al pueblo. No cumplía los quince, ya estaba embarazada y no sabía de quién, si del capataz o de su segundo. Su familia jamás la aceptaría de vuelta así. Tenía que hacerle frente sola. No había otra. Se puso triste. Dejó de comer. Estaba desempleada y con esa panza, le dijeron, no la iban a contratar en ningún lado. Tenía algún dinero ahorrado. Le serviría para pagar un par de meses de comida y de alquiler, más no.

Se encerró en su cuarto. Pasaba el día acostada. A veces, de la cólera, de la culpa, de lo sucia que se sentía, se golpeaba la barriga con los puños, se lanzaba en contra de la pared. Hasta que pasó en el sanitario toda la mañana, sangrando. Una de las inquilinas la llevó a la emergencia del Hospital General. Se quedó internada. A las horas, le informaron que había sufrido una pérdida. Para ella, eso era un gran gozo, no un sufrimiento.

El domingo, día de descanso, llegó su prima a verla. Lloraron. Su prima le contó que se casaba y que regresaría al pueblo. Al despedirse, ella le pidió un último favor.

—Si te preguntan por mí, deciles que no me has visto, que me tragó la ciudad, invéntales una historia cualquiera.

- BOLIVIA

Figuritas fosforescentes — Giovanna Rivero Santa Cruz

Publicado en *Ayny. Antología del Cuento Boliviano Contemporáneo.*
Córdoba: La Sofía cartonera, 2003.

Uno es lo que hace. Si usted hubiera trabajado despedazando las cosas, las orejotas de Micky Mouse, la mallita que usa el Hombre Araña para que no se le enganchen las pelotas cuando se la tiene que bardear, me entendería. Yo mismo no me di cuenta de mi transformación parecía cansancio nomás, estrés le dicen. Llegaba a la casa, me tumbaba en el catre y cerraba los ojos. Pero seguía viendo al Hombre Araña y a Mickey Mouse hechos pedacitos, la oreja o la mano huérfana separadas por algún borde curvo o filoso, según el olde que les haya tocado. Entonces apretaba más los ojos, más y más, hasta que dolían y sólo veía estrellas, espirales, unas figuritas fosforescentes de distintos contornos, ¿se da cuenta? Debí cambiar de trabajo ahí nomás, pero es que ya venía dejando dos trabajos y yo quería, quiero ser un hombre consecuente. Antes, me dedicaba a hechar fuego por la boca. "El dragón de la Grigotá" me decían, porque me paraba en esa rotonda para hacer el show. Usted agarra un palo de escoba y le ata en la punta un trapito humedecido con kerosén para armar su antorcha, su instrumento de trabajo. Cuando paran los vehículos usted se mete a la boca un buchecito de kerosén y se acerca

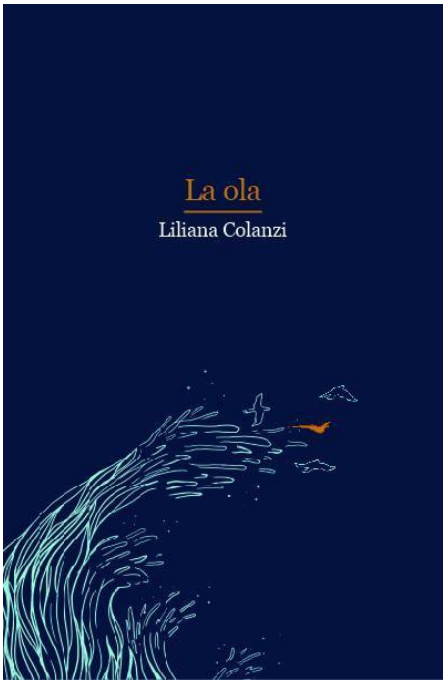
la antorcha. Hay que tener cuidado de escupir inmediatamente el líquido, ahí nomás aparece la llamarada y la gente piensa que uno echa fuego, igualingo a los dragones. Mi show era superior a Drácula porque yo lo aderezaba con unos gritos al estilo Jackie Chang, ¿ha visto usted esas películas? Buenísimas. Y a veces hasta me animaba a levantar la pierna como karateka. Lo malo fue la acidez, quieras o no la gasolina se va entrando al organismo hasta que a uno se le jode la garganta y el estómago. Noches enteringas me las pasaba sentado, eructando kerosén, una maldición. Yo no me acercaba a Lola para no asquearla con mi tufo; al final, tuve que dejar el negocio. Pero más temprano que tarde apareció la pega de reidor. Cerca del Cuarto Anillo hay una peña donde se le ofrece al cliente toda clase de números, es un programa bien surtido, música en vivo, striptease, bingo, y lo mejor de todo, lo chistes. Fue ahí que me "descubrieron" como se dice. Yo había ido a olvidar mis penas, que nunca han sido pocas, ya ve usted, y me reí como si tuviera un millón de dólares en el bolsillo. La gente que estaba en mi mesa se reía todavía más al escucharme a mí, así que esa misma noche me controlaron. La pega consistía en pararme al lado del humorista, un enano maldito para la mímica, y hacerle la coreografía con mis carcajadas. Era bonito al principio, pero después, cuando me aprendí de memoria todingos los chistes, tenía que hacer un esfuerzo enorme para reírme; llegaba a la casa con la cara dolorida, los cachetes macurados, mi mandíbula batiente hecha polvo, con decirle que no podía cepillarme las muelas, así que la dentadura se empezó a cariar, tuve que hacerme ponerme estas dos coronas de oro delanteras. No sabía yo que a alguna gente el oro le da asco, figúrese. Me echaron de la pega. Pero nada sería eso, sino que se me quedó la mañana de andar riendo, como si fuera, pues, mi obligación. Y yo creo que ahí empezó todo, este malentendido que tuve con Lola, mi mujer. Porque no crea que con haber aceptado el tercer trabajo me olvidé de reír. Fíjese que hasta en pleno velorio, por llorar, río, y no es que no tenga sentimiento, me duele en el alma, se me estruja el corazón, lo tengo hecho añicos, un dolor intenso, más ácido que la acidez del kerosén, un dolor que ya le cuento; pero claro, en vez de llorar, río, río y río, un problema…Nunca acepte reir por plata, se lo aconsejo.

Y le digo más, uno es lo que hace. En el tercer trabajo, nada del otro mundo, yo sólo tenía que pasar las cartulinas con la imagen del Hombre Araña o de Mickey Mouse bajo la gillotina, siguiendo el molde que correspondía. Luego plastificaba y el rompecabezas estaba listo. Usted debe creer que un trabajo así es de lo más simple, nada peligroso, un producto para niños, ¿no? El problema, le hago el recuerdo, es que uno se cansa de ver la realidad en pedacitos; usted aprieta sus jos y la sigue viendo, y después se mezcla, la orejotas de Mickey Mouse con las manos tarantulosas del Hombre Araña. Todo, todingo se mezcla, la risa, y las espirales fosforescentes, los sapos y las culebras con rayos y centellas. Y el reclamo de Lola. Que yo no era lo suficiente hombre para ella, dijo, porque llegaba agotado y enseguida me dormía, sin cumplirle, y que se iba a buscar otro. ¿Otro? No pues, Lolita, si yo te amo, le dije, todo lo hago por vos, hasta he dejado mis trabajos nocturnos para estar a tu lado, pero te prometo que mañana voy a llegar chalinga. Entonces ella dijo que no se iba a buscar otro, porque ya lo tenía, que era un teniente, dijo, imagínse, y que ¡a llorar al río!, remató. Yo de verdad quise llorarle, le juro, no sólo para enternecerla, sino porque así lo sentía en mi pecho, apretándome ese nudo ciego. Lolita, Lolita, tormento mío, perfecta, Lola de mi corazón, por favor… Y, claro, en vez de llanto, me salió la risa, maldita risa. Lola se puso

furiosa, se abrió la blusa y me mostró dos chupones, de vampiro, mirá dijo, mirá bien, pa´que sepas que ya no te necesito en mi cama.

¿Ha visto usted la película del Hombre Lobo que se amarra a un tronco en la luna llena? Me pasó igual. Yo hubiera querido que alguien me atara esa mano, pero no, ahí sólo estábamos Lolay yo, acabando de cenar. Agarré el cortaplumas con que pelábamos las naranjas y se lo chanqué. Se lo chanqué con dolor, dolor inmenso que no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Sin verle la cara, porque sólo se me parecían figuritas fosforescentes. El cortaplumas entrando ciego, casi sin esfuerzo, en su cuerpo blando, y yo riendo, cuando quería gritar, riendo, riendo, riendo, veía al Hombre Araa hecho jiras, los rompecabezas para chicos, el guante de cuatro dedos del maldito ratón, y la fui destrozando a mi Lola, tormento mío, destrozando, viera usted cuánto horror, el crujir de algo dentro de ella que se tronchaba para siempre, y yo imaginando a Mickey Mouse, a su carcajadas.

Por eso, a su pregunta, sólo puedo decir en mi defensa que uno es lo que hace para obtener el pan de cada día, señor Juez. Sé que a usted le parecerá estúpido que yo lo llame a esto "accidente de trabajo", pero ¿qué otra cosa es? A ver, dígame, usted que sabe.



Alfredito— Liliana Colanzi

Publicado en *La ola*.
Montacerdos: Santiago, 2015.

Una vez, cuando era niña, vi matar a un chancho. Era verano. Las moscas se lanzaban contra los cristales. Me gustaba masticar hielo, y en las tardes subía al balcón con un vaso rasante de cubitos a observar al vecino, don Casiano, serruchar muebles viejos en su patio. Pero no ese día. Apenas me apoyé en la baranda un chillido me golpeó de frente. Don Casiano machacaba al bicho a martillazos. El chancho aullaba —¿o gruñía? ¿o bramaba?— y corría por su vida, la mitad de la cara destrozada, pero estaba atado por el cuello al carambolo y la soga solo le permitía dar vueltas frené- ticas y cada vez más cortas alrededor del árbol. Don Casiano se paraba de vez en cuando para limpiarse el sudor con la manga de la camisa y darle una nueva calada al pucho que le asomaba entre los labios. Solo tenía que esperar a que el chancho pasara corriendo a su lado para rematarlo con otro martillazo en el lomo o la cabeza, y entonces el chancho tropezaba y caía sobre sus patas y volvía a levantarse gimiendo y arañando el suelo. Según mi nana Elsa, que sabía de estas cosas, debió de haber sido en ese momento cuando se me metió el susto, la ñaña, la cosa mala, porque desde entonces me convertí en una criatura nerviosa, llorona, impresionable. Dicen que con el susto a veces también viene un don: la clarividencia, por ejemplo, el ver sin haber visto. Pero todo eso estaba ahí desde antes. Lo que es, vuelve, solía decir mi nana. Yo creo más bien que todo comenzó con la muerte de Alfredito.

Mi nana Elsa era la nieta de una india ayorea. Mi abuela se había encargado de sacar a Elsa del monte cuando era jovencita, pero años de vida en la ciudad no habían podido sacar al monte de adentro de mi nana. Una de las costumbres que había heredado de sus antepasados nómadas era el gusto por masticar los piojos que extraía de mi

cabeza cada vez que yo era víctima de una nueva epidemia en el colegio. ¡Qué torazo!, gritaba muerta de delicia cada vez que encontraba un macho alfa en mis cabellos, y sus dedos ágiles y fuertes apresaban al intruso para colocarlo entre sus dientes, donde lo reventaba de un golpe de mandíbula. Mi madre aborrecía estas prácticas.

Precisamente el día en que me enteré de la muerte de Alfredito, mi nana Elsa me estaba limpiando la cabeza de piojos y yo me quejaba a los gritos. Mamá apareció en la puerta de la cocina, precedida por el clic clac de sus tacos.

¡Elsa me está lastimando!, chillé, deseando que mamá la reteara, pero ella no me hizo caso. Tenía la vista clavada en el piso, como si se avergonzara de algo.

Alfredito se murió, dijo mamá, y solo entonces las manos gruesas de Elsa aflojaron los mechones de mi cabello. Me reí, mareada, porque era la primera vez que alguien me traía noticias de un muerto, y porque el nombre no admitía equívocos.

¿Alfredito Parada Chávez?, pregunté, como si hubiera otro.

Alfredito era el más chiquito de la clase. El profesor de música lo adoraba porque tocaba el piano de maravilla; en todas las otras materias estaba a punto de aplazarse. La semana anterior, cuando la Vaca, la profesora de lenguaje, pasó lista de asistencia con su voz rasposa («Parada Chávez, Alfredo»), Alfredito había contestado «Presente y parada, profesora». Yo no entendí el chiste, pero a Alfredito lo mandaron —¡una vez más!— a la Dirección a hablar con el hermano Vicente. Alfredito debía conocer de memoria esa oficina.

Le dio un ataque de asma anoche, dijo mamá. Dicen que estuvo jugando hasta tarde en el patio, con semejante aguacero, y se fue a dormir mojado. Nadie se dio cuenta en su casa. Tita lo encontró en la madrugada, boqueando. Morado. Cuando lo llevaron a la clínica ya no respiraba. Se murió esta mañana.

Me largué a llorar. Elsa me abrazó.

El velorio es a las siete, dijo mamá. Y dirigiéndose a Elsa: Que se bañe y se cambie, yo voy a pasar a recogerla a las siete menos cuarto. Si llama Cuculis, decile que me fui donde Michiko.

Cuculis era mi tía; Michiko, la peluquera japonesa. Elsa subió conmigo al cuarto.

Ay, Señor, qué maldad tan grande la tuya, suspiró. Apenas un niñito.

Yo ya me había olvidado de que estaba llorando, y mi imaginación se esforzaba por capturar la enormidad de lo sucedido. ¿Dónde podría estar Alfredito? ¿En el cielo o en el infierno, o acaso su espíritu vagaba por el mundo? ¿Lo sabría ya el hermano Vicente? ¿Y la Vaca? Elsa encendió la ducha: ráfagas de vapor huyeron flotando por encima de la cortina. Me quité la ropa y la arrojé al piso. Apenas me encontré desnuda, un miedo repentino hizo que corriera a cubrirme con la toalla. Ahora que había muerto, ¿era posible que Alfredito pudiera escurrirse hasta mi cuarto y observarme? No hay secretos para los fantasmas y no quería que Alfredito —que tenía la costumbre de espiar a las chicas de intermedio en los vestidores del colegio— me viera chuta, por más que fuera un fantasma bueno.

¿Qué juéee…?, dijo Elsa.

Nada, respondí, porque todo era de pronto muy difícil de explicar, y tirando la toalla salté bajo el agua que caía.

En algún lugar, en ese mismo momento, el cuerpo de Alfredito —demasiado pequeño incluso para sus diez años: un cadáver de alasitas— comenzaba a descomponerse, a agusanarse. Hacía apenas un mes, durante la excursión que hicimos los de quinto a Samaipata, Alfredito sacó de la mochila una botella de licor de frutilla que había robado en el pueblo. La bebimos a escondidas mientras el viento aullaba en los cerros. Cubierto con un pasamontañas, el guardia de las ruinas nos mostró el lugar donde los incas hacían sacrificios humanos. Las almas de las víctimas todavía sobrevolaban

las piedras. Algunas noches bajan hasta acá naves espaciales, dijo el guardia, señalando el cielo azul metálico. La Vaca opinó que solo la gente ignorante y vulgar creía en esas cosas. El licor nos había dejado a los chicos las bocas manchadas de rojo, pero no sentíamos nada de lo prometido. Den vueltas, ordenó Alfredito cuando bajamos hasta la planicie donde estaba el esqueleto de la avioneta abandonada, y nos pusimos a girar en medio de los remolinos de viento. Entonces el licor de frutilla disparó algo en mi cerebro, me hinchó el pecho y la garganta, y el cielo se abrió de repente en una espiral gigante. Reía. Todos reíamos. ¿Ven, cojudos?, decía Alfredito corriendo a lo loco en dirección contraria al viento con los brazos abiertos. Claro que veíamos. Esa noche, espoleada por el licor, Yeni trepó hasta mi cama y, aprovechando que la Vaca roncaba con la boca abierta unos metros más allá, me dio un beso torpe y húmedo en los labios, mi primer beso. Después explotamos en risas…

Y ahora tenía que acostumbrarme a la idea monstruosa del cadáver de Alfredito listo para ocupar su lugar en el cementerio, donde comenzaría su lento viaje hacia la podredumbre. Alfredito, me daba cuenta, había dejado de ser el niño corriendo en el campo con los brazos abiertos; ya era otra cosa. Sus padres, ¿tendrían miedo del cadáver de Alfredito? ¿Serían capaces de tocarlo, de besarlo?

Elsa abrió la cortina un par de veces para asegurarse de que me lavara bien la cabeza; en casa habían descubierto mi aversión hacia el champú y decían que esa era una de las razones por las que la epidemia de piojos no se me curaba nunca. Elsa lo había probado todo, desde peinarme con un peine de hueso de dientes apretados hasta bañarme la cabeza con vinagre. Era igual: cada día encontraba en mis cabellos nuevos huevitos translúcidos que reventaba entre sus dientes.

Elsa, le pregunté mientras me trenzaba el pelo, ¿adónde se van los muertos?

Los muertos nunca se van, me contestó con la boca llena de grampos.

Iba a hacer más preguntas pero justo nos interrumpió mamá, que llegaba olorosa a peluquería. Camino al velorio, mamá me advirtió que había faltado a su cena de señoras por mi culpa. Pero esto es importante, dijo. Luego me contó que Alfredito había nacido con un defecto en el corazón y que era un milagro que hubiera llegado a los diez años. Sus padres sabían que podían perderlo en cualquier momento y por eso lo habían consentido tanto.

¿Y Alfredito sabía que se iba a morir?, pregunté, desconfiada, porque Alfredito era el bromista de la clase, el que nos había puesto los apodos por los que ahora nos conocían, y de ninguna manera podía entender que alguien fuera riendo hacia su propia muerte.

Él era un niño, dijo mamá, como si esa fuera una respuesta.

Llegamos al velorio. Costaba creer que el cadáver de Alfredito fuera capaz de convocar a tanta gente. En el salón vi al hermano Vicente rascándose la narizanga, irreconocible con la barba recién afeitada y sin los tirantes que le sujetaban la panza, y a las madres de casi todos los de quinto. En el centro de la sala, bajo un crucifijo que derramaba su luz de neón hacia nosotros, estaba el ataúd de Alfredito disimulado entre los ramos de flores. Era un cajón blanco y pequeño, hecho a su medida, casi un barquito. El olor maduro de las flores lo anegaba todo y daba un poco de asco.

Mamá buscó las sillas del fondo del salón. Escuché a alguien contar en susurros que la madre de Alfredito estaba todavía en el hospital, recuperándose de la impresión. Unas filas más adelante vi a Yeni, sentada junto a su madre, la costurera coja a la que le decíamos la Tullida. Yeni llevaba cintas violetas en el cabello húmedo y un vestido de pechera cuadrada que seguramente le había hecho la Tullida. Cuando me vio me hizo señas para que nos encontráramos en la calle. Afuera descubrimos a Pupa y Felipe sentados en los escalones de una fotocopiadora. La muerte de Alfredito nos daba un aire de

suspenso y algo parecido al entusiasmo, como si esperáramos la sorpresa en una fiesta de cumpleaños. Había algo chocante y raro en estar reunidos un día de semana a esa hora, vestidos como para una fiesta, rodeados de adultos y crucifijos, y por causa de Alfredito.

Hace poco llegó la Vaca, dijo Felipe. Estaba con su marido.

¿La Vaca tiene marido?, gritamos nosotras al unísono.

Tiene, dijo Felipe. Es un petiso que no le llega ni a los hombros. Y en vez de decirle Magda le debe decir Muuuuugda, dijo Yeni, y todos nos reímos.

Ese era un chiste de Alfredito. Nos gustaban los chistes.

¿Qué le dice un jaguar a otro jaguar cuando se encuentran en la selva?, siguió Yeni. *Jaguar you.*

Felipe y yo nos reímos, pero Pupa parecía ausente. A Pupa la habían encontrado encaramada en el confesionario con Alfredito, besándose. Los habían suspendido por una semana, y a Pupa el incidente le había dejado una fama que la hacía repulsiva y misteriosa por partes iguales. Tenía la voz ronca y unos ojos castaños maravillosos. Sus padres se habían divorciado en una época en la que nadie se divorciaba, y la gente decía que a la madre de Pupa le gustaba la pichicata. A mí nadie me quería explicar lo que era la pichicata, así que llegué por cuenta propia a la conclusión de que se trataba de un juego de mesa, como la loba o el cacho, de esos que hacían que las mujeres regresaran a la casa trasnochadas y con el aliento a whisky.

¿Lo entendiste?, le pregunté a Pupa.

¿Qué…?

El chiste, sonsa, reprochó Felipe.

Anoche se me apareció Alfredito, dijo Pupa de repente.

Qué hablás…, dijo Felipe.

Es verdad, insistió Pupa. Vino en sueños. Yo no sabía que se había muerto. Tenía los ojos rojos y la cara hinchada. Daba miedo.

No se juega con esas cosas, Pupi, dijo Yeni, de pronto muy seria.

Pero no es juego. Yo lo vi. Quería decirme algo. Estaba sufriendo. «¿Qué tenés?», le pregunté. «No me gusta acá, no se puede respirar», me dijo, y se agarró la garganta. «Decile a los otros que me esperen porque voy a volver».

Mentirosa, dijo Yeni, enojándose.

Estaba por añadir algo cuando vimos frenar en seco un Fiat negro a la puerta de la funeraria. De su interior bajó una mujer alta, imponente, arrasadora. La madre de Alfredito. Tenía la cara de alguien que se ha detenido a contemplar por mucho tiempo una visión destructora, y en su dolor había algo salvaje y vivo. Una señora gorda emergió de la otra puerta del auto e intentó arrullarla, pero la madre de Alfredito la apartó de un empujón y corrió hacia el interior de la funeraria. Escuchamos su grito desde la calle: de sus pulmones salió el chillido de un halcón.

Entonces corrimos hacia el interior de la sala como persiguiendo una tormenta. La madre de Alfredito había caído de rodillas frente al ataúd, en medio de las flores nauseabundas. Un hombre calvo y triste que debía ser el padre de Alfredito se inclinó sobre ella y, sujetándola por la espalda, la obligó a levantarse y se la llevó casi a rastras.

Vamos a ver a Alfredito, me susurró Felipe, señalando la pequeña procesión de gente que se había detenido a contemplar la escena y que ahora esperaba su turno para desfilar frente al ataúd. Eran casi todos vejestorios que se persignaban cuando les tocaba el turno de orarle al difuntito. Me puse en la cola detrás de Pupa. Su cabello olía a

champú BubbleGummers. ¿Podríamos ver el cuerpo de Alfredito? Me acordé de la historia que mi nana Elsa me había contado una vez, 65 ALFREDITO sobre un tío al que se lo llevó el diablo en cuerpo y alma. El tío de Elsa había vendido su alma al diablo a cambio de una casa para su madre, que era anciana. El diablo le dio poderes. El tío de mi nana podía despertar en otras partes del mundo con solo desearlo. También sabía hacer trucos. ¿Querés comer?, le decía a mi nana, y metía una piedra en una bolsa vacía de yute. Cuando Elsa abría la bolsa, la encontraba rebosante de papas o camotes. ¿Querés ver una víbora?, le decía, y arrojaba el cinturón al suelo, y apenas tocar la superficie se convertía en una culebra que huía ondulando de la habitación. Un día se murió de una enfermedad fulminante. Cuando los parientes alzaron el ataúd para llevárselo, se dieron cuenta de que estaba liviano como una cáscara. Entonces lo abrieron y se encontraron con que en el interior solo había unas cuantas piedritas negras. A mí la historia me había causado pesadillas y mamá había amenazado a Elsa con botarla de la casa si seguía inventando disparates.

Ahora, en el velorio de Alfredito, haciendo fila para verlo, me pregunté si su ataúd estaría vacío o si encontraríamos ahí al cadáver. Si yo me muriera, pensé, no me gustaría nada que vinieran a espiarme. Presentí que a Alfredito tampoco le gustaría lo que estábamos haciendo, pero también supe que él entendería. Necesitábamos verlo. Cuando llegó nuestro turno, nos persignamos frente al ataúd y fingimos rezar un Padrenuestro. Pero lo que en realidad queríamos era acercarnos lo más posible al cajón para comprobar si Alfredito estaba muerto de verdad. La llama de un cirio temblequeaba en el piso de cerámica. Los ramos de flores estiraban hacia nosotros sus brazos vegetales. El ataúd tenía una ventanita en la parte superior, como si el muerto precisara echarle un último vistazo al mundo que se le clausuraba, y esa ventanita estaba abierta para que la gente pudiera asomarse a la cara del difunto. La luz de neón del crucifijo refractaba sobre el cristal, pero entre los reflejos distinguí la fina nariz de Alfredito. Sus fosas nasales estaban taponadas por dos gruesas bolas de algodón. Me pareció ver que las aletas de su nariz se inflaban y desinflaban, como si se esforzara por respirar a pesar de las dos gruesas bolas de algodón que taponaban sus fosas nasales. Pupa me pegó un codazo y me miró con esos enormes ojos suyos, desmesurados. Yeni y Felipe observaban el vidrio con la boca abierta. El ataúd vibraba y se estremecía con la respiración rítmica y profunda de Alfredito.

Alfredito, ¿dormís?, dijo Pupa.

En ese momento la cruz de neón centelleó sobre nosotros con la intensidad de un diamante. El salón, la gente, el ataúd, las flores, nuestros propios cuerpos asombrados: todo levitó en un solo haz de luz iridiscente. Era como si la vida nos abandonara para luego relumbrar en una visión que nos dejó rebosantes, inundados.

Un momento más tarde un par de ancianas impacientes, vestidas con el hábito violeta del Señor de los Milagros, nos hacía a un lado llorando sobre sus rosarios. Nos miramos unos a otros con la bruma de lo que habíamos visto estallando en los ojos, y entonces supimos que Alfredito iba a volver.

Fragmento de entrevista a Liliana Colanzi: "Una de las constantes en los relatos de Nuestro mundo muerto es la presencia de lo indígena, con personajes, prácticas y hasta mitologías. En "Cuento con pájaro" recoges incluso unos testimonios de ayoreos, publicados en un estudio antropológico. ¿A qué obedece este interés por apelar a figuras y voces del mundo indígena, el cual ha cobrado un inusual protagonismo en la historia reciente del país?
Santa Cruz repite el mito del mestizaje feliz. Pero debajo de ese mito están las historias de varios grupos indígenas y de sus circunstancias de explotación y expropiación. Celebramos el mestizaje para no tener que hacernos cargo de esa historia, una historia que, a diferencia tal vez de la aimara y quechua, no tiene quién la reclame. Me interesó que la voz indígena se colara en mis cuentos como recordatorio de esa tarea pendiente, pero que lo hiciera de manera lateral, como fantasma que regresa a incomodar. "
http://www.opinion.com.bo/opinion/ramona/2017/0122/suplementos.php?id=10868

Cine y literatura

Literatura y cine son artes narrativas y, en consecuencia, un pretexto para contar historias ya desde las primeras transmisiones orales o *El regador regado* (1896). Es obvio que el lenguaje literario y el lenguaje cinematográfico son dos sistemas de comunicación diferentes y específicos, aunque compartan estructuras y tengan zonas de convergencia. El primero utiliza palabras y el segundo imágenes pero la meta es la misma: la historia contada, que trasciende al lenguaje para convertirse en fuente de emociones y de sentimientos. No hay una contraposición obligada entre el arte de la imagen, de la luz y de la plástica y el arte de la palabra. Es más, el guión cinematográfico en sí mismo no es más que la materialización de la relación literatura/cine o cine /literatura. Per se el guión es literatura, una literatura "especial", pensada en imágenes y, en este sentido, en toda película las palabras son la piedra angular de la imagen. Además sin palabra no hay cine (el cine, mudo en sus comienzos, fue concebido como sonoro pero chocó con problemas técnicos e incluso en él hay palabra, comunicación) y que sin espacio físico, sin imagen, no hay literatura. De alguna forma en el cine las historias se ven con los ojos abiertos y en la literatura con los ojos cerrados.

Pero, no debemos engañarnos, las diferencias de lenguaje son reales y, aparte de definir a la literatura y al cine, son fundamentales no sólo en la génesis, en la concepción de una adaptación literaria sino también en la calidad del resultado final, en la "perfección" de la película. No se trata de "calcar" la historia reemplazando las palabras por imágenes, sino de realizar una interpretación de la historia, una traslación de la esencia del texto literario a la narración fílmica de forma que se reconozca "el sello de fábrica" pero dejando que la película cobre vida propia. La adaptación no es un asunto de fidelidad -entendida como literalidad- o traición a una obra literaria. Recapacitemos: ¿Todos opinamos lo mismo de El Quijote, Rayuela, El túnel, Cien años de soledad, El árbol de la Ciencia o la Montaña mágica? ¿Todos leemos el mismo libro? ¿Es mejor "mi lectura" que la de los demás? ¿Todos haríamos la misma película si fuéramos directores de cine? En otro terreno más gráfico, más visual, ¿pierde genialidad Picasso al interpretar, al adaptar al cubismo Las meninas de Velázquez? ¿Pierde algo Velázquez al ser interpretado por Picasso? Cambian las técnicas, los lenguajes y posiblemente las afectividades pero es imposible sustraerse a lo bello, a lo genial y ambas obras tienen cabida en ese universo.

Además no podemos sustraernos a la tiranía de la técnica de la adaptación. El paso del texto literario al texto fílmico supone la transformación del espacio y del tiempo literarios en espacio y tiempo fílmicos. Y, algo tan banal en términos de calidad como la extensión se convierte en un tema de vital importancia que obliga a seleccionar, condensar, agrupar, suprimir o unificar, eso sí respetando el orden y la sucesión de lo expresado en la obra original. Dice Miguel Delibes: "Adaptar al cine, convertir en una película de extensión normal una novela de paginación normal obliga inevitablemente a sintetizar, porque la imagen es incapaz de absorber la riqueza de vida y matices que el narrador ha puesto en su libro".

Hasta aquí, por lo menos en teoría, estamos de acuerdo. Todos aceptamos la legitimidad del director como lector pero, ¿aceptamos que "nos imponga" su lectura? En la mayoría de las ocasiones, no y ello obedece básicamente a que a la hora de juzgar una adaptación, todos o casi todos hacemos la lectura desde la literatura y ahí estriba el gran error ya que juzgamos la narración cinematográfica desde una perspectiva literaria (¿estamos capacitados?). Cada vez que se estrena una película basada en una obra literaria, sobre todo si es

considerada una cumbre de la Literatura Universal, se repiten los ataques, la decepción y los lugares comunes (pérdida de matices y de caracteres, inexactitudes…). Todos nos sentimos autorizados a establecer comparaciones perdiendo de vista, en la mayoría de las ocasiones, que adaptación no es sinónimo de traslación. Porque, ¿hay algo que comparar? ¿Qué sentido tiene comparar? ¿Existen las adaptaciones perfectas? ¿Por qué una adaptación es, en principio, y desde nuestro prisma, buena o mala? ¿Es determinante en nuestra percepción de la calidad de una adaptación el que coincida con "nuestra" lectura, con "nuestra" interpretación? …

Una película, desde un punto de vista estético, no comercial, es buena o mala en sí, con independencia del material que le ha servido de base. Unos buenos pilares son, sin lugar a dudas, importantes (Lo bueno no se alcanza nunca si no es por medio de lo mejor, Victor Hugo) aunque en ocasiones la calidad del original puede ser un "caramelo envenenado" sobre todo hablando en términos de fidelidad. Ante una obra maestra de la literatura el anhelo, la ambición suele ser la fidelidad y cualquier intento de adaptación puede ser vano o desastroso. En cambio, la adaptación de una obra mediocre permite al director jugar con el texto original mejorándolo hasta lograr una obra maestra. Dice Pere Gimferrer: ...la historia de las adaptaciones cinematográficas de novelas amorosas ofrece un elocuente muestrario de fidelidades estériles y de infidelidades –y aún traiciones- fecundas.

TIPOS DE PLANOS

Plano de detalle. Muestra algún rasgo del rostro del personaje o algún objeto a una distancia muy corta.

Primer plano. La cabeza o cabezas de los personajes ocupan prácticamente todo el espacio de la viñeta.

Primer medio. Muestra el busto de los personajes hasta la cintura.

Plano americano. El Plano americano, o también denominado 3/4, recorta la figura por la rodilla aproximadamente. Recibe el nombre de "americano" debido a que este plano apareció ante la necesidad de mostrar a los personajes junto con sus revólveres en los westerns americanos.

Plano entero. El personaje o personajes aparecen de cuerpo entero.

Plano general. El protagonista es el entorno (paisaje exterior -playa- o interior -habitación-), que puede aparecer con o sin personajes. Tiene una función descriptiva.

DETALLE

PRIMER PLANO

PLANO AMERICANO

PLANO ENTERO

PLANO GENERAL

TIPOS DE ANGULACIONES

La angulación es la inclinación desde la que se representa o dibuja la realidad. El dibujante adopta diferentes puntos de vista, como si tuviera en sus manos una cámara.

Frontal. La cámara o los ojos del espectador se sitúan a la altura de la cabeza de los personajes.

Picado. La cámara se sitúa por encima del objeto o del personaje, de manera que éste se ve desde arriba.

Contrapicado. La cámara se sitúa por debajo del objeto o del personaje. El eje óptico de la supuesta cámara apunta hacia arriba.

Cenital: la cámara se sitúa completamente por encima del personaje, en un ángulo también perpendicular.

Supina: la cámara se sitúa completamente por debajo del personaje, en un ángulo perpendicular al suelo.

PICADO

CONTRAPICADO

Cuentos negreros de Marcelino Freire

Biografía

Marcelino Freire nació en 1967 en Sertânia, Pernambuco, en el Nordeste de Brasil. Vive en San Pablo y es uno de los principales escritores de la nueva generación de artistas brasileños. Autor, entre otros, de los libros de cuentos *Angu de Sangue* y *BaléRalé*, ambos publicados por la editorial Ateliê, de San Pablo. Creó la Balada Literária, uno de los más importantes eventos culturales de Brasil que se realiza, desde 2006, en el barrio paulista de Vila Madalena. Es uno de los integrantes del colectivo EDITH, con el que publicó, en el 2011, el libro de cuentos *Amar É Crime*. Prepara para este año el lanzamiento de su primera novela Só o Pó, que va a ser publicada por Editorial Record.
Cuentos Negreros (Editorial Record) fue publicada en 2005 y recibió el Premio Jabuti al Mejor Libro de Cuentos del año.

Canto II
Solar de los príncipes

CUATRO NEGROS y una negra frenaron en la entrada de este edificio.

El primer mensaje del portero fue: "¡Dios!". El segudo: "¿Qué quieren?"o "¿Qué piso?" o "¿Por qué todavía no arreglaron al ascensor de servicio?".

"Estamos haciendo una película", respondimos.

Caroline aclaró: "Un documental". No tengo ni idea qué es eso, qué se yo, no sé. Que cada uno de nosotros muestre sus documentos de identidad y listo.

"Estamos filmando"

¿Filmando? ¿espiando? Los ladrones hacen eso cuando quieren secuestrar. Acompañan el día a día, las costumbres, los horarios en que la víctima se va a trabajar. En el edificio hay gerentes de banco, médicos, abogados. Menos el administrador. El administrador nunca está.

—¿De dónde son ustedes?

— Del Moroo do Pavão.

— Vinimos a grabar un largometraje.

— ¿Un metra qué?

Metralladora, caño largo, granada, negros armados hasta las encías ¿No le dije? Voy a salir corriendo. Los nordestinos son hombres ¿Los porteros son o no son hombres? Caroline decidió iniciar un diálogo así: "La idea es entrar a un departamento del edificio, de sopetón, y filmar, hacerle una entrevista al que vive ahí".

El portero: "Entrar un departamento?".

El portero: "No".

El pensamiento: "Estoy jodido".

Fue mía la idea, lo confieso. Las personas viven subiendo al moro para hacer películas. Les abrimos nuestras puertas, les mostramos nuestras cacerolas, mierda.

Así fue: compré una cámara de tercera mano, nos pusimos a de acuerdo, ensayamos unos días. Imágenes exclusiva, tomadas de la vida de clase media.

Caroline: "Querido, por favor, cariño". Caroline le mostró el micrófono, de lejos. Con sus labios le llamó la atención, no sé.

¿Van a golpearme con el micrófono? El micrófono nos lo prestó un pai-de-santo, que nos patrocinó.

El portero llamó a los departamentos 101, 102, 108. Fue pasando por todos los pisos. Me están asaltando, presionando, llamen al 190, qué se yo.

La gracia era que nadie se enterara. Se pierde la espontaneidad del testimonio. Que los vecinos cuenten cómo es vivir con autos en el garaje, con cuenta corriente, con piscina, con computadoras modernas. Fama y dinero. Festival de Brasilia. Festival de Gramado. Mostrar la película en el barrio y también ahí en el salón de fiestas del edificio.

No.

Nosotros no solamente oímos samba. No solamente oímos balas. Este portero no parece negro, al dejarnos encerrados del lado de afuera. El morro está ahí, abierto las 24hs. Nosotros les damos la bienvenida de brazos abiertos. Los malandros entran, investigan sobre nuestro pasado. Nosotros nos desahogamos como loros. Hablamos demasiado, ofrecemos hasta lo que no tenemos, agua, café, coca-cola.

La mierda del portero no nos deja empezar. Qué cagada. Domingo, hoy es domingo. Solo queremos saber cómo almuerzan las familias. Si hacen la misma fiesta que nosotros. Platos, feijoada, servilletas. Carajo, no hacía falta el administrador. Escuche. Vamos a sacar la cámara del bolso. Le mostramos que somos buenos, que solo mejorar, eso, nuestra fama. Hacer cine. Cine. Piense en la gran dama Fernanda Montenegro, casi se gana un Oscar.

—Fernanda Montenegro, no, ella no vive acá.

Y nos advirtió: "Voy a llamar a la policía".

Nosotros: "¿Llamar a la policía".

A nadie le gusta la policía. No queremos ese tipo de noticias. Hicimos todo esto con un esfuerzo del carajo. Nicholson dejó de ir a vender churros. Caroline faltó al boliche. Yo dejé a mi esposa, mi perra y mi hijo. No es un largo, es un corto. La alegría de los pobres es dura y dura poco. ¿Qué? Les di la orden: filmen

Empezamos a filmar todo. Algunos vecinos posando la cara por los balcones. El tránsito transitado. La sirena de la policía. ¿Eh? La sirena de la policía. Toda película tiene sirenas de policía. Muchos tipos.

En cámara violenta. Mierda, Johnattan saltó el portón de hierro. El portero se encerró detrás del vidrio. Aterrador. Aparecieron personas de todo tipo. Y esa no era la idea. Tuvimos que improvisar.

No hay problema, todo bien.

Pedimos que lo corten al editar.

Canto III

No me hagas caso

Todo camión celular tiene un poco
De navío negrero
MARCELO YUKA

VIOLENCIA es que un autazo frene a nuestros pies y cierre la ventanilla de vidrio polarizado y no nos deje la chance de ver la cara del payaso de corbata que para no llegar tarde mira el tiempo perdido en su rolex dorado.

Violencia es que nosotros estemos en este sol y el tip ahí adentro con el aire acondicionado una dos tres horas cuatro esperando la mejor oportunidad para que le encajemos el revólver en la cara al tipo plac.

Violencia es que se asuste porque somos negros o porque nos acercamos así nerviosos hechos una bala escupiendo gritándole que nos dé la billetera que nos dé el reloj mientras las bocas putean desesperadas.

Violencia son esos bocinazos y ese humo y el tránsito parado y el otro auto que no entiende que si fue por nosotros el robo no tardaría esta eternidad trabando el movimiento de la ciudad.

Violencia es que pienses que todo salió bien y nada salió bien porque cuando prestás atención hay un policía cerca y otro policía cerca y otro policía cerca queriendo salvar el patrimonio del ricachón aputándote una 38 en la cabeza.

Violencia es que terminen con nuestra esperanza de volver a nuestra casilla a besar a nuestros hijos y prender la televisión para ver la discusión que no avanza ladrón que le roba a un ladrón la aprobación del salario mínimo quedó pendiente para la próxima semana.

Violencia es que nos dejen con las manos levantas la cabeza baja frente a una multitud y después nos metan en el camión celular rojos de humillación y bofetadas y que llegando a la comisaría un tipo agarre nuestro legajo y nos digan que otra vez va a arruinarnos la vida.

Violencia es que nos pateen la cara y el culo cuando nos aplastan en esas celdas inmundas llenas de gente y más gente y más gente y más gente pensando lo bueno que estaría tener el autazo del año y ese reloj rólex dorado pero eso queda para después para más tarde.

No me hagas caso.

Canto XI

Totonha

¿EL PASTO sabe leer? ¿Escribir? ¿Ya viste algún perro científico, que sepa escribir ¿Viste algún juicio de valor? ¿De qué? No quiero aprender, no me interesa.

Dejáselo a los jóvenes. Que todavía tienen ganas de ser doctores. De hablar bien. De salvarle la vida a los pobres. Los pobres solo necesitamos ser pobres. Y no necesitamos nada más. Déjeme acá, en mi rincón. Al lado de la hornalla me quedo. Estoy bien. ¿Vio alguna vez que el fuego persiga a una sílaba?

Que el gobierno me dé el de dinero de la feria. Los dientes el presidente. Y el vale por dulce y vale por chorizos. Quiero ser muy ignorante. Aprender con el viento, ¿me entiende? Demente como un mosquito. En la bosta, ahí, del cabrito. Nadie más que yo loe tiene tanto respeto a la bosta. La química.

¿Hay algo más bonito? ¿La geografía del río aunque esté seco o descuidado? ¿Eh? De qué me sirve ese manual? ¿Número?

¿Solo para que el prefecto diga que valió la pena el esfuerzo? ¿Hay esfuerzo más esfuerzo que mi esfuerzo? Todos los días, hace tanto tiempo, en este olvido Despertando con el sol. ¿Existe mejor abecedario? ¿Deletrear si se acerca la lluvia? ¿Si no viene?

Morir ya sé. Comer también. De vez en cuando, perseguir una rata, un cuis. Roer el hueso del tatú. Adivinar cuándo la picazón es solo picazón, no una enfermedad. ¡Santa paciencia!

¿Acaso necesito garabatear mi nombre? ¿Dibujarlo solo para que la jovencita se quede contenta? Doña profesora, ¿qué valor tiene mi nombre en una hoja de papel? Dígame honestamente. Un nombre así es una cosa sin vida, sin gente. ¿El que está detrás del nombre no cuenta?

En el papel, soy menos nadie que acá, en el Valle de Jequitinhonha. Por lo menos acá todo el mundo me conoce. Lo gritan, me ponen apodos. Me llaman Totonha. Casi no me cambio la ropa, casi no me muevo de lugar. Soy la misma persona siempre. Que vuela.

Para mí, la sabiduría más grande es mirar a la persona a la cara. El hocico de quien sea. No le tengo miedo a un lenguaje superior. Fue Dios el que me lo enseñó. Solo quiero que me dejen sola. Yo y mi forma de hablar, sí, que solo los pajaritos la entienden, ¿entiende?

Yo no necesito leer, joven. Que aprenda las señoritas. Que aprenda el prefecto. El doctor. El presidente es el que necesita leer lo que firmó. No voy a ser yo quien baje la cabeza para escribir.

No, yo no.

ANEXO GRAMATICAL

CONECTORES

Pero, aunque y sino

Se utilizan para unir expresiones coordinadas, añadiendo un significado de oposición o contradicción.
Compare estos ejemplos:

a. Es una novela extensa *pero* muy entretenida.
b. Es una novela extensa *y* muy entretenida.

Aunque en algunos casos equivale a *pero*: Es interesante, aunque algo pesado
Sino se utiliza después de una negación: no quiero agua, sino vino

Y, pero, sin embargo

Cualquiera de estas conjunciones se utilizan para conectar dos oraciones o dos párrafos. En el caso de y, cuando encabeza un párrafo puede ser coordinante, pero también enfática, es decir, no unir dos proposiciones sino añadir énfasis:

Y pensar que la quise tanto.
Y no de creerse por esto…
Sin embargo puede usarse al comienzo, en el medio o al final de la oración, cuando se emplea para marcar una oposición entre una oración y otra. Si no existe tal oposición o contradicción, o si no se la quiere marcar con fuerza, y solamente se quiere añadir una información o punto de vista distinto sobre el mismo asunto, deben usarse expresiones del tipo de: *por otra parte, ahora bien*. Por ejemplo:

> La última película de Gordard es mala y tediosa, y todo el mundo estuvo de acuerdo con esto. *Ahora bien,* si la comparamos con las demás películas presentadas en el festival, admitiremos que por lo menos la película de Godard no puede defraudar a sus admiradores, que lo siguen por nostalgia.

Ahora bien llama la atención sobre lo que va a decir el hablante, que contrasta con lo anterior, ofreciendo una nueva perspectiva.

Ya que, puesto que
Se refieren, por lo general, a causas evidentes o que atribuimos al lector o a todo el mundo:
Ya que estamos estudiando las conjunciones vamos a ver también algunos ejemplos de uso.

ORGANIZADORES TEXTUALES

Expresiones adverbiales o nominales que sirven para organizar tanto el contenido como la interacción que propone el texto con su lector.
Compare las siguientes oraciones:

a. El monto de las becas no les alcanza para vivir. Los estudiantes se quejan. En enero aumentarán las matrículas.
b. El monto de las becas no les alcanza para vivir, *y por eso* los estudiantes se quejan. *Además* en enero aumentarán las matrículas.

además	no obstante	en segundo lugar
aún más	con todo	a continuación
encima	más bien	en seguida
por tanto	en cambio	luego
por eso	pues bien	finalmente
de todas maneras	de hecho	en resumen
en todo caso	en realidad	en fin
igualmente	en principio	a propósito
por añadidura	ante todo	por cierto
aun así	antes que nada	es que
en parte	para comenzar	es decir
ahora bien	de un lado, de otro lado	en otras palabras
por el contrario	en primer lugar	brevemente